
3 1761 09546727 0





RAMÓN PÉREZ DE AYALA

OBRAS

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES. Novela, publicada bajo el pseudónimo de Plotino Cuevas.

A. M. D. G. (La vida en un Colegio de Jesuítas.) Novela, 4.ª edición.

LA PATA DE LA RAPOSA. Novela.

TROTERAS Y DANZADERAS. Novela.

LA PAZ DEL SENDERO. EL SENDERO INNUMERABLE. Poemas.

PROMETEO. LUZ DE DOMINGO. LA CAÍDA DE LOS LIMONES. Tres novelas poemáticas de la vida española.

LAS MÁSCARAS. Ensayos de crítica teatral. Volumen I. Galdós. Benavente. Los Quinteros. Arniches. Villaespesa. Morano.

HERMAN ENCADENADO

NOTAS DE UN VIAJE A LOS FRENTES DEL ISONZO LA CARNIA Y EL TRENTINO

POR RAMON PEREZ DE AYALA

MADRID
AÑO MCMXVII

MADRID.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10. Teléf. 4430

EN MEMORIA

DE LAS VÍCTIMAS INNOMINADAS E INNUMERABLES

QUE EN LAS SEDIENTAS ROCAS DEL CARSO

Y EN LAS CRESTAS ESQUIVAS

DE CARNIA Y TRENTINO

DERRAMARON LA FÉRTIL SANGRE

Y DIERON LA VIDA GENEROSA

POR LA REDENCIÓN DE LAS FRATERNAS TIERRAS

Y POR LA LIBERTAD CIVIL DEL MUNDO

DEDICO ESTAS PÁGINAS

DE AMOR DEVOTO

Como se advierte en el subtitulo del presente libro, las páginas que siguen están constituídas por simples notas de viaje. Me he limitado a trasladar al papel los datos de los sentidos, señaladamente de los ojos, algunas ideas de esas que, bajo la impresión del momento, se esbozan fugitivas en la superficie de la conciencia, como las arrugas que el viento dibuja en la epidermis de las aguas, y un sentimiento permanente y hondo, de tan hondo casi inefable, mi amor a Italia, amor añejo que se ha robustecido en estos instantes de dolor y heroísmo.



LEGO A MÓDENA, ciudad fronteriza de Francia, en una lluviosa mañana de septiembre. Por tercera vez en mi vida piso la tierra sagrada de Italia. Addison decía que solamente se podía vivir de asiento en dos países: en Inglaterra, por ser el país de la libertad, y en Italia, por ser el país de la belleza. Es verdad que la emoción primordial que se recibe al penetrar en Italia, emoción que persevera tanto tiempo como en ella se vive, es el goce íntegro, aplaciente y perfecto de la belleza, goce como de eternidad, a manera de liberación; que tal es la naturaleza y esencia del goce estético, una libertad absoluta. Luego Italia, por ser el país de la belleza, es al propio tiempo el país de la libertad. Merced a esta noble e inalienable libertad interior, Italia ha podido soportar, sin mengua de su acervo espiritual, largos y onerosos siglos de cautiverio. Como el majestuoso río Alfeo, que corre gran parte de su curso bajo tierra, en seguimiento de la ninfa Aretusa, símbolo gracioso de la belleza libre o de la bella libertad, así también la historia de Italia, en cuanto unidad política, desaparece de la vista de los hombres en edades medias, y no brota a la luz sino en los tiempos modernísimos; pero seguía entretanto su curso profundo y soterrado, acaso por eso mismo más fértil, siempre a la zaga de la suma libertad y de la belleza suma. Y cuando, luego de afanes y vicisitudes sin cuento, se anuncia el advenimiento del nuevo reino de Italia en el cónclave de las naciones, nadie ve en él un Estado mozo e imberbe, novicio en los

grandes tráfagos del mundo, sino un pueblo de milenario abolengo y de ascendencia la más rancia e ilustre de la tierra.

Italia es algo más que la historia reciente de la casa de Saboya. Italia es como la arteria aorta de la historia de la civilización occidental. La historia de Italia es la historia de las repúblicas italianas; repúblicas mercantiles, repúblicas marítimas, repúblicas artísticas, repúblicas republicanas. Es la historia de la aristocracia más linajuda y es la historia de la más pura democracia. La aristocracia más antigua de Europa es la aristocracia veneciana. Nuestros ideales democráticos de hoy son en el fondo los mismos de un florentino del siglo XIII. Es la historia de las artes y la historia del comercio, de la industria y de la navegación. Los patrones o arquetipos de las artes en nuestros días vamos a mendigarlos de las obras de los artistas italianos del XV. El crédito, concepto sutil y mágico, por cuya virtud el comercio ha alcanzado desarrollo fabuloso, es un concepto de origen italiano. Los primeros Bancos se crearon en Venecia, Génova y Florencia. Y el nombre que en todas partes lleva esta institución es una palabra italiana. Las primeras ciudades de tipo industrial en el orden del tiempo fueron Florencia y Venecia. Los pescadores de Amalfi fueron los primeros en emplear la brújula, allá en el siglo VI. La historia de Italia es sutura viva y centro de gravedad entre el Extremo Oriente y el Extremo Occidente. Los aventureros venecianos fueron los primeros en explorar los misterios del Asia y sus Indias. A través de Venecia, el alma del Oriente se filtraba y destilaba sobre la cultura europea, en medida ponderada y armoniosa. Y un ginovés, prohijado por España, descubrió las Indias occidentales. La historia de Italia es la historia del misticismo seráfico y del misticismo ardiente; Francisco de Asís y Savonarola, del racionalismo científico y del libre examen; Gali-

leo y Nicolás de Cusa. La ciudad de Florencia dió, en solo un siglo, más varones esclarecidos y geniales que cualquiera otra nación en un golpe de centurias. La historia de Italia es la historia de la Iglesia. La sede de la conciencia católica del mundo reside en Roma, ciudad eterna. Eterna como Roma es Italia, y la historia de Italia es también la historia de Roma; de la Roma de los papas, la de los emperadores y la de los cónsules. La historia de Italia es la historia de la Roma cristiana, cabeza visible de la autoridad divina, vértice y solio adonde convergen todas las jerarquías del orbe, y de la Roma clásica, cuna de las libertades humanas, definidora del Derecho y madre de pueblos y lenguas.

Desde que nacemos hasta que morimos, más aún, desde antes de nacer hasta después de habernos muerto, nuestra llegada a la vida, nuestra salida de ella, y todos nuestros actos del uno al otro cabo, lo mismo en los negocios públicos que en los asuntos privados, están sometidos a las leyes jurídicas que formularon los jurisconsultos romanos, leyes tan sabias que parecen eternas. Cuando permanecemos bajo la patria potestad, cuando entramos en la mayoría de edad, cuando estipulamos el contrato de matrimonio, cuando inscribimos un hijo en el registro, cuando hacemos testamento, cuando compramos o vendemos, cuando pleiteamos, cuando elegimos un magistrado, en todos los instantes de las relaciones humanas, somos, a la vuelta de siglos y sin echarlo de ver, ciudadanos de Roma.

En todas las lenguas del mundo, cuando se quiere significar una forma de gobierno absolutamente libre, se acude por necesidad a una palabra romana, *República*, cosa pública, porque en Roma adquirieron por primera vez forma cabal las libertades públicas.

En todos los países del mundo, en épocas en que se luchó por las libertades públicas, se tomaron, por nece-

sidad, de la Roma clásica: lemas que proclamar, en las arengas de sus tribunos; héroes que emular y reverenciar, en sus repúblicos; emblemas que enarbolar, en las insignias de lictores y legionarios, y hasta la moda imitó la severidad de las togas y vestiduras, el pergenio de los tocados y la traza y gesto del rostro. Cinco naciones del continente europeo y veinte del americano, son nacidas de las entrañas inmortales de Roma. El idioma del Latio conserva todavía el eco de su número y prestancia en el idioma de más de media humanidad. Y hasta las lenguas de otra casta son tributarias de él. Si en el idioma inglés se suprimieran de pronto las voces latinas, los ingleses se verían imposibilitados de expresar la mayor parte de sus ideas y hasta de valerse en los menesteres cotidianos de la vida.

Esto es Italia, desde Rómulo hasta Víctor Manuel III. Jamás en la historia de los particularismos nacionales hubo frase de tan orgullosa dignidad y de tan patriótica altivez como aquellas tres sobrias palabras: *Cives romanus sum.* «Soy ciudadano de Roma», valía entonces tanto como «soy ciudadano del mundo». Hoy, cuando un hombre, venga de donde viniere, se siente propiamente y se afirma ciudadano del mundo, vale tanto como si se declarase en alguna manera ciudadano consciente de la Roma antigua.

En sazón que Addison escribía su sentencia, hallábase Italia escindida y aherrojada en sus miembros, aunque no en su alma. El escritor inglés no vió sino las apariencias del momento. Dijo de Italia, país de la belleza; y no erraba. Sólo que Italia es algo más. El goce estético, con que desde luego Italia nos hiere, libera al espíritu de la esclavitud de la hora actual y del espacio concreto, y ya ágil y desembarazado en el seno de la inactualidad, contempla como de presente todos los tiempos que fueron, y todas las glorias que pasaron, recolecta y acarrea

con la imaginación los frutos vivos de la simiente arcaica, esparcidos por todo el haz de la ancha tierra, y así abarca, en un acto de unidad y omnipresencia, infinito enjambre de emociones y de visiones en una sola emoción de éxtasis y amor: ¡Italia!

Tampoco erró Addison en lo que toca a Inglaterra, el país de la libertad. Pero añado que yo tengo a Inglaterra por el más poderoso país latino de la hora presente. Se me atajará con que es grande desatino. Respondo que el origen de un pueblo poco influye en su naturaleza. La promiscuidad y confusión de las razas europeas son tales que apenas si cuenta el origen étnico de los pueblos. A ninguno le es lícito alardear de limpieza de sangre. No cuenta el origen de un pueblo: lo que cuenta son las normas por que se conduce, y el fin hacia donde las endereza. Conforme este criterio, fuerza es considerar el imperio británico como trasunto fiel e intencional del imperio romano. Emerson observó que los ingleses son los romanos de nuestros días, hasta en el perfil del rostro. Y en 1849, Lord Palmerston hizo inglesa la frase ritual del patrio orgullo romano, en un famoso discurso que en los fastos parlamentarios británicos, y en los anales del derecho internacional, se conoce por «el discurso del *cives romanus sum*».

La historia de Italia es historia verdadera y por antonomasia, porque no está urdida con hechos que pasaron, sino engendrada por realidades fecundas que todavía perduran en realidades presentes.

Roma dominó a todos los pueblos occidentales, menos a uno. El espíritu de Roma penetró en todos los pueblos occidentales, menos en uno. Este pueblo hostil, refractario y contumaz a la cultura latina, es Germania

En el gran conflicto europeo, unos pretenden que el más hondo antagonismo es entre el imperio germánico moderno e Inglaterra; otros que entre Alemania y Fran-

cia. Otro antagonismo que tiene dilatadas raíces es entre Austria, o sea el imperio germánico de la Edad Media, e Italia. ¿Qué más da? Todo es uno y lo mismo. Germania odia a Roma. En el año 9 de nuestra era, el emperador Augusto envió al procónsul Quintilius Varus a guerrear contra los germanos, capitaneados por Arminius (1). El general romano fué derrotado, y Roma perdió para siempre la esperanza de domeñar Germania. Al cabo de veinte siglos, Quintilius Varus consigue su desquite contra Arminius, redivivo, lo subyuga y lo encadena para siempre.



(1) Arminius es la forma latinizada de Herman, o German, Germano, nombre que significa, «hombre de guerra».



URÍN, PRIMERA ciudad italiana en donde me detengo. Italia ha conservado, tanto como cualquiera otra nación, si no más que todas, la tradición romana antigua de la ciudadanía. Los italianos emplean a menudo en sus discursos y pláticas la palabra *civiltà*. En Italia existe una variedad del lirismo, o desconocida o exótica en otras literaturas, la poesía cívica, que agitó con los más elevados y vehementes acentos la inspirada lengua de Giosué Carducci, en el siglo pasado, y contrae en nuestros días los labios sonoros y magistrales de Gabriel D'Annunzio. Para fijar la ascendencia de estos dos poetas, virilmente políticos, es menester retraerse hasta el florentino Dante y el griego Tirtéo:

Civiltà, como quiera que traduzcamos el vocablo, sea civilidad, ciudadanía, civismo, politicismo, urbanidad, siempre significa un concepto invariable, es a saber: aquel ideal, humano y apacible en su naturaleza, de vivir libremente en ciudades, bajo la tutela de las leyes. *Civitas, urbs, polis*, son tres voces que quieren decir «ciudad». La vida común en la ciudad impone la sociable blandura, la igualdad del trato y el cultivo del ingenio. El espíritu de la ciudad es el espíritu de la libertad. *Urbanitas*, en latín, tiene todas estas acepciones: «la vida urbana, las cosas de la ciudad, urbanidad, civilidad, cortesanía, elegancia, cultura, sal, chiste, gracia», y Tácito la emplea en el sentido de «burla chistosa»

Lo contrario de lo ciudadano es lo rural. Lo contrario

de lo urbano, lo rústico. Lo contrario de lo cívico, lo militar. Así como todo lo que alude a la ciudad se resuelve, en último término, en esencia de libertad, así también todo lo que se refiere al campo entraña un modo de servidumbre. Los ciudadanos romanos no iban al campo sino durante la dulce estación del año, a gozar de ocio filosófico y contemplativo sosiego en sus «villas» y fundos. Hallaban belleza en las faenas agrarias para cumplidas por esclavos y contempladas, a manera de espectáculo, por hombres libres, por ciudadanos. No pienso que sean susceptibles de otra interpretación las geórgicas de Virgilio, la oda horaciana famosa del «Beatus ille», y los libros de Columela.

Por «vida de campaña» se entiende así la vida del labrador como la del soldado, dos modos de servidumbre. El trabajador rural es esclavo de la tierra. Rusticidad en las maneras, es falta de maneras libres. Rusticidad de mente, es servidumbre de supersticiones, errores e instintos. «Civiltà», libertad suprema. «Militarismo», suprema servidumbre, y si algo hay de bello en el servicio militar, es lo sublime, y proviene de que es servidumbre en su grado máximo, porque, como observó Alfredo de Vigny, exige la suprema abnegación.

Al penetrar el tren en la estación de Turín, me pregunto en mi fuero interno, no sin cierta ansiedad: ¿qué aspecto presentarán, en tiempo de guerra, las clásicas y libres ciudades del país de la *civiltà*?

Desciendo en la estación central, una estación enorme. El estruendo y baraúnda obligados de una estación ferroviaria aquí se embotan y derriten en los ámbitos remotos de las naves inmensas. Flota una luz gris y un ambiente húmedo.

No es sólo en Turín. En muchas ciudades italianas hay formidables estaciones: Génova, Milán, Roma, etc., etc. Esta circunstancia le hace a uno recordar que Italia es

el primer país de turismo. Las estaciones italianas no suelen ser las moles abrumadoras e incongruentes que se ven en otros países; antes por el contrario, están decoradas con sinnúmero de ornamentos arquitectónicos, y concebidas, si no siempre con gusto depurado y exquisito, cuando menos con buena intención, cual es la de recibir al viajero que llega, diciéndole con el lenguaje mudo de los materiales de construcción: «ya que vienes al solar de la eterna belleza, deseamos que la belleza te acoja desde los umbrales». Yo creo que una estación de ferrocarril puede ser tan bella como una catedral. La cuestión es saber coordinar la forma con el fin del edificio, si bien las estaciones, como muchos edificios modernos, luchan con lo antiartístico del material empleado, señaladamente del hierro. El hierro es una contradicción radical de la estética arquitectónica. Es, desde luego, más deleznable que la piedra y aun que el ladrillo. Rompe con el ciclo natural de las épocas o edades de un monumento, puesto que no admite el lento decaimiento, la vejez ni la ruina, que es la edad venerable y la tradición constante de las obras que fueron. Hay ruinas del Partenón; no las habrá de la torre Eiffel. Pero, sobre todo, la condición que preside a la estética arquitectónica es la intuición sensible de la ley de la gravedad. Edificio que subvierte, aparentemente, la ley de la gravedad—realmente no cabe que la subvierta, pues se hundiría—, es un edificio desagradable y feo. Y, merced al hierro, se pueden elevar construcciones que, ante el testimonio de los ojos, parecen desmentir la ley de la gravedad. Una pirámide, descansando sobre su base, es simple, majestuosa y bella. Una pirámide sustentada sobre el vértice, sería ridícula. Ruskin, el estético inglés, repudiaba el hierro como material de construcción, aduciendo esta razón peregrina: «que a los edificios con entramado de hierro no se les puede aplicar las imágenes y alegorías evangélicas;

por ejemplo: aquella de la piedra angular». El lector excusará esta digresión sobre arquitectura, si tiene en cuenta que entramos en Italia, tan generosa en arquetipos de belleza arquitectónica, tan rica en piedras labradas con primor y reunidas en monumentos de gentilísima traza.

Apenas echo pie en el andén y giro la mirada en torno, me penetra y adueña una sensación vaga, serena e indeterminada, cuya correspondencia visual es el gris. Gris es, como he dicho, el vaho que empapa la atmósfera, gris la piedra de los elevados muros, grises los vidrios de la claraboya, grises los trenes, grises las losas del pavimento, grises los soldados que copiosamente pululan por dondequiera.

La estación, en su fachada que da al Corso Víctor Manuel II, tiene un gran pórtico, al estilo del Renacimiento, colmado de grises soldaditos, al cobijo de la lluvia, bajo los clementes soportales. Los más son alpinos; están sentados en las losas, con la espalda en la pared y la mochila a la vera. Los alpinos son hombres taciturnos. Rara vez cambian la palabra entre sí. Sus ojos claros reposan con esa quietud de la mirada sin mirada, que es como dormir y soñar con los ojos abiertos. Visten un poco al desgaire. También hay soldados de otros cuerpos. Unos llevan capacete en la cabeza, idéntico al francés; casco de noble porte y medioeval empaque, que en otro tiempo se llamó borgoñota, más de caballero que de peón. Quiénes se adornan con el chambergo del *bersagliere*, prenda arrogante y casi alada que ha llegado a ser un símbolo del ejército italiano. Quiénes ostentan un fez rojo, ladeado graciosamente, con un cordón y una borla de estambre azul que cae hasta el hombro. Algunos, los menos, conservan la teresiana del tiempo de paz, de larga visera doblada en dos vertientes, que deja en sombra la parte alta del rostro, en donde brillan los ojos negros y ardientes.

He comenzado a recorrer la ciudad. Por todas partes, soldados que van y vienen, entran y salen, se detienen ante un escaparate o se cuadran para enderezar un requiebro a una muchacha bonita. Los soldados italianos, a excepción de los alpinos, muestran meticuloso cuidado en el aliño de su indumento. Son pulcros, garbosos y entallados. Paradójicamente, si por algo pecan es por demasiado impecables, porque no dan la impresión de soldados en guerra.

De vez en vez pasa un oficial o un cadete con uniforme antiguo — aquellos uniformes tan distinguidos y bien resueltos de color —, o envuelto en halduda, escultórica y hermética capa, gris mate, de romántica evocación. En Turín están la Academia militar (que viene a ser lo que la Escuela politécnica de Francia), la Escuela de aplicación, para artilleros e ingenieros, la Escuela de guerra y un arsenal.

Rumorea en la ciudad la animación normal de un centro populoso. Cafés, cervecerías, bares, se hallan llenos de parroquianos; las aceras, de transeuntes; el arroyo, de tráfico. Se advierte que hay guerra por el gran apresto de soldados. Pero este uniforme gris no provoca asociaciones imaginativas de tipo bélico. Y, por otra parte, los soldados italianos, aliñados y donairosos, incorporan la idea de la gracia civil más bien que el ideal de la fuerza guerrera. El gris domina: en el cielo, en la tierra, en las viviendas y en los hombres. Turín es como un horno lleno de plomo derretido y en ebullición; el fuego está disimulado.

Como toda afirmación tocante al estado de espíritu en Italia no puede por menos de ser prematura y temeraria, faltándome todavía elementos de juicio, me limitaré a insinuar mi impresión provisionalmente, sin perjuicio de posteriores enmiendas y rectificaciones.

Se me figura que, aunque el militarismo ha invadido

esta ciudad italiana, la primera que visito en tiempo de guerra, sin embargo, el espíritu de la ciudad, la libertad civil, la *civiltà* nada ha padecido. La ciudad permanece incólume, sigue siendo ciudad, no se ha convertido en cuartel, a pesar de estar abarrotada de soldados. El soldado sigue siendo hombre, sigue siendo ciudadano libre; no se ha convertido en siervo. Cierto que va uniformado; pero este uniforme propende más al vestido del paisano que al arreo del militar. Pudiera pensarse que los hombres van vestidos de gris porque la moda lo pide. Al fin y al cabo, la guerra tiene algo de moda, si bien una moda de linaje profundo y trascendental. Mediante la moda de los avíos elegantes, el hombre se somete voluntariamente a la uniformidad de los patrones que el sastre decreta. Mediante este otro linaje de moda, el hombre abdica sus propios intereses, opiniones y caprichos, sometiéndose dadivosamente a la uniformidad impuesta por la razón colectiva y el interés común. Hay épocas en que se pone de moda relajarse en el cumplimiento del deber, en que la inmoralidad va aparejada con el alarde, y el libertinaje está calificado de refinamiento. Hay otras épocas, por el contrario, en que la moda es la disciplina del deber, y lo que mejor viste es la austeridad. Y sucede que el militarismo es un morbo público, generador de males sin cuento, y el peor de todos el enfeblecimiento y muerte del civismo, de la *civiltà*, precisamente en aquellas épocas en que está de moda la corrupción jactanciosa, el impúdico materialismo y el refinamiento sensual. Y, por el contrario, cuando cunde la moda de la pureza de costumbres, del rigor y de la disciplina más genuina y entrañable, que es la que uno ejerce para consigo mismo, y no la que viene de fuera, entonces no hay militarismo, no hay otra soberanía en el Estado sino es el Derecho puro, cuya acabada expresión es la supremacía de la ley

civil, a la cual se doblega y sirve como ancila la fuerza armada.

Antes de estallar la guerra europea, Alemania era, de toda la tierra, la nación más corrompida de costumbres y más materialista de conceptos. Quien haya vivido en Alemania sabe que allí había llegado a desterrarse, como cosa retrógrada, primitiva y poco culta, toda suerte de moral privada, particularmente en lo que atañe al sexo. No faltaba, es verdad, un engañoso trasunto de disciplina; pero disciplina por coacción. Por eso la *civiltà* no existía. Ni vestigios, ni asomo, ni nostalgia de *civiltà*. La potencia única era el militarismo.

El país más civil de Europa, antes de la guerra, era Inglaterra. En materia de costumbres, Inglaterra goza renombre, no sólo del país más puro, sino del más puritano. En Inglaterra no había servicio obligatorio ni la ley admite el ejercicio de la prostitución. En estos dos extremos, Inglaterra se diferenciaba del resto de las naciones europeas. Los extranjeros que visitaban Inglaterra, no acertando a concebir tan extremada moralidad, habían dado en tachar de hipócritas las costumbres inglesas. Aunque así sea. La hipocresía supone un alto sentido moral, es el homenaje que el vicio rinde a la virtud, según dijo creo que La Rochefoucauld.

Claro ejemplo de esto que vengo diciendo lo ofrece la historia de la Roma clásica, contrastando la Roma republicana con la Roma imperial. La primera, dechado de austeridad, de civismo. Las legiones fueron brazo armado al servicio de la República. Jamás se inmiscuyeron en el gobierno de los asuntos públicos. En la Roma imperial, las costumbres decaen, degeneran, se pervierten. Se alza el militarismo; pasa a ser pretorianismo; las legiones fueron brazo armado al servicio de la república. Jamás se inmiscuyeron en el gobierno de los asuntos públicos. En la Roma imperial, las costumbres decaen,

degeneran, se pervierten. Se alza el militarismo; pasa luego a ser pretorianismo y las legiones gobiernan y dan o quitan la corona. Turín, la primera ciudad italiana que visito en tiempo de guerra, aunque llena de soldados, me parece una ciudad saturada de *civiltà*.





NA CIUDAD ITALIANA es siempre una ciudad italiana. Esto suena a perogrullada. Yo no sé que se pueda huir de la perogrullada sin dar en la paradoja. Es el sino de la literatura, los Scilla y Caribdis del pensamiento humano. Sin embargo, hay mucha gente que aborrece con igual vehemencia la perogrullada y la paradoja. Por lo que a mí toca, no he descubierto todavía el término medio. Por lo cual, no eludo perogrulladas y paradojas, ni dedico trato de favor y rutinaria preferencia a éstas o aquéllas. Perogrulladas y paradojas, si son perogrulladas y paradojas intencionadas, conscientes, encierran un gran sentido y tienen valor sentencioso, como los oráculos de la antigüedad pagana. Lo que no tiene sentido alguno, ni valor ninguno, es el prejuicio, lo rutinario, el lugar común repetido de memoria. Una perogrullada se supone que es el enunciado de una verdad tan obvia, evidente y resabida, que huelga proclamarla, so pena de incurrir en infamante vicio de vulgaridad. Pues bien: no hay perogrullada tan sencilla que no sea producto de un gran esfuerzo intelectual o un hallazgo genial, ni tan clara que no necesite de explicación. «Verdades de Pero Grullo, que a la mano cerrada llamaba puño.» Esta es la perogrullada por antonomasia, el canon de las perogrulladas. Meditemos unos instantes sobre esta perogrullada. «La mano cerrada es tan mano como la mano abierta; pero cuando está cerrada,

ya no se llama mano: se llama puño. Puño y mano son la misma cosa y son dos cosas diferentes. ¿Por qué son diferentes? Materialmente, no. Lo que es diferente es la significación de abrir la mano y la de cerrarla. Luego son diferentes intelectualmente. Son diferentes también moralmente. La mano se abre para dar; se cierra para recibir. Se abre para acariciar; se cierra para herir. A Cristo se le representa con las manos abiertas; a Marte, con los puños cerrados (valga el pleonasmo). Es decir, que para la misma cosa, en cuanto aparecieron, según sus funciones, nuevos conceptos, hubo de buscarse nuevas palabras.» Y he aquí cómo la perogrullada de las perogrulladas, con sólo unos instantes de meditación, nos inicia en la gestación misteriosa de los conceptos y en los orígenes fabulosos del lenguaje, o sea en el sentido profundo de la historia de la cultura.

Por el contrario, no hay paradoja, por sutil, compleja y contradictoria que sea, que no penetre el espíritu con autoridad axiomática; y así no necesita de explicación ni demostración. El valor de la perogrullada es de sentido oculto o disimulado, así como el de la paradoja es de claro sentido, de buen sentido, de sentido común, a prueba de argucias sofísticas y ergotismos escolásticos. Tomemos la paradoja más colosal y famosa, la paradoja socrática sobre la ciencia. Sócrates fué el más sabio de los hombres. Toda su ciencia se reducía a esta paradoja: «Sólo sé que no sé nada.» A esto, un sofista replicará: «Absurdo, porque si no se sabe nada, no se puede saber que no se sabe nada, y si se sabe algo, no se puede decir que nada se sabe. Sócrates, al hacer oralmente dicha afirmación, sabía que sabía hablar—a diferencia del papagayo, que habla sin saber que habla —, sabía que estaba hablando, que estaba discurriendo y que estaba hablando a los demás; luego sabía la existencia de la conciencia y del mundo externo, del objeto y del su-

jeto, etc., etc.» Perfectamente. Todo lo que quiera el sofista. Pero, cuando aspiramos a conocer seriamente, la esencia de las cosas, que es sabiduría, del fondo veraz de nuestra conciencia se alza una voz que formula la paradoja socrática: «Sólo sé que no sé nada.» El buen sentido, el claro sentido de esta paradoja, es más poderoso que todos los sofismas y silogismos.

Y basta de disquisición sobre las perogrulladas y las paradojas.

Una ciudad italiana es siempre una ciudad italiana. Prueba que esto no es una afirmación genérica, sino que posee un sentido concreto, es que no se pueden aplicar los mismos términos a todas las cosas. Por ejemplo: un caballo andaluz no es siempre un caballo andaluz, pues hay caballos andaluces que son extremeños. La contradicción proviene de que se representan cosas distintas con la misma denominación. Caballo andaluz es un ejemplar de cierta raza especial, oriunda de Arabia y recriada en Andalucía. Caballos de raza andaluza los hay en muchas partes, además de Andalucía. Pero también es caballo andaluz el caballo que ha nacido y está en Andalucía, aunque su casta venga de Extremadura. Otro ejemplo: una ciudad francesa no es siempre una ciudad francesa, pues en Francia hay ciudades flamencas y españolas. Esto es: que si bien todas las ciudades de Francia son políticamente francesas, las hay que, habiendo sido edificadas por flamencos y españoles, tienen el mismo tipo y carácter arquitectónico que las ciudades de Flandes y de España. No sucede así en Italia. Las ciudades italianas, asombrosamente diversas entre sí, son siempre ciudades italianas. Una ciudad italiana no se parece sino a otra ciudad italiana.

Turín es de las ciudades italianas de menos carácter arquitectónico. Es, sin embargo, una ciudad característicamente italiana. Para buscarle parecido, no hay que

salir de Italia. Turín no se parece a ninguna otra ciudad de fuera de Italia. Y, dentro de Italia, acaso tiene alguna semejanza con Bolonia, la capital de la Emilia, por la abundancia de soportales o porches, de orden clásico, en el piso bajo de las viviendas, todo a lo largo de las calles. En Bolonia hay más todavía que en Turín, y, aunque llueve con frecuencia, es una ciudad árida y esquiva para los fabricantes de paraguas e impermeables, porque se puede recorrer todas sus calles bajo techado.

Turín, velado en la lluvia, es gris, como lo son todas las cosas. Pero apenas escampa el cielo, y el sol va, con su pincel de delgadas hebras, devolviendo color a las formas embadurnadas y desteñidas por la lluvia, Turín toma un matiz moreno, tostado, casi áureo, típicamente italiano. Con todo, a Turín le llaman el París de Italia, sin duda porque es una ciudad festiva, mundana y elegante, porque hay en ella muchos modistos y modistas, y porque las menudas, traviesas, lindas y bien portadas modistillas turinesas, recuerdan a las modistillas de París. Sólo en esto tiene Turín algo de París, que no de ciudad francesa cualquiera. A pesar de que nada de extrañar sería la igualdad de rasgos entre Turín y una ciudad francesa, dado cierto modo de parentesco histórico que unen al Piamonte y Saboya con Francia.

La comarca que abarca el Piamonte y ambas Saboyas, italiana y francesa, se sabe que estaba habitada ya en la edad del pulimento de la piedra. Los saboyanos de hoy en día descienden del antiguo pueblo de los *allobrogios*, de raza franca. De esta suerte, el parentesco de piamonteses, saboyanos y franceses, no se debe únicamente a la cultura latina, mas también a la sangre.

A pesar de estas razones, cuyas últimas raíces absorben su vitalidad en la niebla prehistórica, Turín es la

ciudad más antifrancesa, políticamente. Y es, en alguna manera, la más italiana, en cuanto que es la cuna de la dinastía reinante, la sede, casi milenaria, de la casa de Saboya, y el centro de energía de donde brotó la fuerza de cohesión para la unidad italiana.

¿Por qué es Turín la ciudad italiana más antifrancesa? Sin duda por la estrecha vecindad y la inevitable superficie de frotación que la vecindad trae aparejada consigo. Franceses, piamonteses y sardos, bajo las órdenes de Napoleón III y Víctor Manuel II, pelearon contra los austriacos, al mando de Francisco José, en Solferino. Víctor Manuel disponíase a lanzarse al asalto de una altura, a la cabeza de los soldados. Sus generales quisieron disuadirle, pintándole lo innecesario del riesgo personal que pretendía correr. El rey respondió aquellas palabras históricas: «Aquí debe haber gloria para todos.» Los príncipes de la casa de Saboya han sido siempre bravos.

Franceses y piamonteses derrotaron a los austriacos en Solferino. Esto no lo han olvidado los piamonteses. Pero tampoco han olvidado que, después de esta victoria, Napoleón III fué adversario contumaz e impertinente de la unidad italiana. Esta guerra traerá la definitiva reconciliación entre los hermanos de raza y cultura.

La casa de Saboya es una de las más antiguas dinastías reinantes de Europa. Radica en Turín desde el año 1060. Su príncipe más remoto, en el abolengo cierto, fué Humberto, de las blancas manos, ungido por San Mauricio. Humberto fué conde en Saboya, en Italia, marqués *(comes in pago savogiense, in Italia marchio)*. Su último hijo, Odón, casó con Adelaida, heredera del marqués de Turín, y afincó en esta ciudad.

Gracias a la dinastía de Saboya, al austero y republicano sentido político de sus reyes, fraguó reciamente la unidad italiana, apenas constituído el reino de Italia.

Los apóstoles y campeones de la unidad italiana, enfervorizados en el recuerdo de la clásica libertad romana, eran, en su mayor parte, republicanos. Querían Italia república, y no monarquía. Pero, a poco de constituirse el reino de Italia, echaron de ver los italianos que el primer republicano era su rey. Hoy no hay ya républicanos en Italia, como no los hay en Inglaterra. Y es que, a veces, de monarquía a república no hay sino la diferencia en el nombre, que no en la forma de gobierno. Inglaterra e Italia son más republicanas que una república del Centro de América.

Carducci, el león republicano, hubo de convencerse un día de que bajo la égida de la casa de Saboya el republicanismo es una realidad de hecho, más que de nombre; convirtióse, en su corazón leal, a la monarquía; hizo homenaje al rey y entonó aquel himno efusivo, entusiasta y tierno, «Alla Croce di Savoia,» del cual copió algunos versos:

Come bella, o argentea Croce

Rivesti di gentilezza
La romana libertà.

Nel desio d'un più bel giorno
Che, cessati i duri esigli,
La gran madre unisca i figli
Sotto il nome del tuo re.

Dio ti salvi, o cara insegna,
Nostro amore e nostra gioia!
Bianca Croce di Savoia,
Dio ti salvi e salvi il re!

«¡Adelante, Saboya!», es el grito de guerra de la infantería italiana; grito mágico que enardece los pechos e infunde milagroso vigor en los ánimos.

He aquí por qué Turín me parece en estos momentos la ciudad más italiana de Italia. Y al ver flotando al aire el pabellón italiano, con la cruz de Saboya en el centro, me descubro y exclamo:

Bianca croce di Savoia,
Dio ti salvi e salvi il re!





UANDO ESTUVE en Italia por primera vez recuerdo haber oído con frecuencia, como cosa comúnmente recibida e indiscutible, que Milán es una ciudad alemana. Antes y después de haber llegado a Milán, me repitieron hasta la saciedad la misma cantinela: «¡Ah Milán! Una gran ciudad, con todo el aspecto de una ciudad alemana.» Como por aquellos años yo no conocía aún Alemania, no me permití poner en entredicho la exactitud de esa opinión. Dolióme, claro está, puesto que los españoles tuvimos Milán bajo nuestra tutela e influjo tan largo tiempo, que se hubiera borrado toda traza de nuestra pasada grandeza, hasta el punto de que a nadie se le ocurriese decir: «en Milán se advierte todavía mucho de español». Tampoco acerté nunca a distinguir si, al atribuir a Milán carácter tudesco, los italianos no milaneses, y aun algunos milaneses, hablaban en son admirativo o con celado desdén; si hacían un encomio o apuntaban un reproche.

Llegué a Milán, en aquel primer viaje, y me apliqué a estudiar y admirar la ciudad, sus monumentos, museos y jardines, sin cuidarme, al pronto, de las pregonadas similitudes con las ciudades germánicas. Luego comenzó a insinuarse y más tarde a acentuarse dentro de mí la presunción de que Milán no debía parecer ciudad alemana, por lo poco que yo sabía de estas ciudades. Costábame trabajo imaginar una ciudad alemana sin la dominante del gótico en la arquitectura civil, y en Milán no hay apenas gótico. La catedral famosa es gótica, sí

Pero, entendámonos. El gótico religioso no es arquitectura alemana, sino francesa. Francia es la tierra de las catedrales góticas. Las catedrales góticas de Alemania son desespiritualizados remedos de los nobilísimos ejemplares franceses. Por último, dejé de lado las zozobras con esta conclusión: «Si Milán parece una ciudad alemana, Alemania es un hermoso país.»

En este viaje de ahora he vuelto a oír la misma cantinela. Pero ahora ya sé a qué atenerme. Milán tiene de tudesco menos aún que Turín de parisién, porque al menos las hembras turinesas garbean y se aderezan con cierto aire galo. Mas, afortunadamente para ellos, los moradores, así masculinos como femeninos, de Milán, son la antítesis física del tipo germánico.

¿Por qué, entonces, han dado en asignar a Milán carácter teutónico? Descartada toda semejanza de las apariencias, ¿se ha de deducir acaso que la semejanza es de fondo? Aquí es menester precisar el valor de los términos. Si se considera la actividad económica como el fondo de la vida social (noción marxista, propiamente teutónica), en este sentido Milán es la ciudad italiana más alemana, por cuanto es la más industrial, la más próspera y, en consecuencia, la más socialista. Pero este grosero materialismo de Marx ha padecido, precisamente con esta guerra y en su nativo solar, refutación flagrante. Mayor fuerza han ostentado una entelequia abstracta y un vago movimiento del ánimo, la idea y el sentimiento de patria, que los más recios estimulantes de codicia pecuniaria. No soy antisocialista; pero no admito el romo y pedantesto socialismo llamado científico, cuya ley primaria es el materialismo histórico, el cual creyó sintetizar en una frase cierto profesor alemán: «un saco lleno de aire no puede tenerse derecho». Y aun de algo más ligero y vano que el aire. Vulcanizad la arpillera, meted en el saco gas hidrógeno, y tendréis un globo. No

soy antisocialista, antes repudio ciertas formas muertas y estériles del capitalismo industrial, como repudio el latifundio y el absentismo. Si no se debe dejar sin cultivo la tierra, ¡con cuánta más razón ha de procurarse que, por impedimento económico, no quede sin cultivo el espíritu de las clases proletarias!

Otro motivo para calificar a Milán de alemana, es que en esta ciudad reside el foco activo de la cultura germánica en Italia, merced, sobre todo, al esfuerzo plausible de algunas casas editoriales. Toda la literatura científica alemana está traducida al italiano y editada en Milán. En el número de obras traducidas del alemán y calidad de las traduciones, Italia sacaba antes de la guerra gran ventaja a Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, y no digamos a España. Pero conviene no involucrar dos términos de valor independiente, cuales son la instrucción o conocimiento, y la verdadera cultura del espíritu. El que yo frecuente eruditamente la ciencia alemana, por ejemplo, no quiere decir que sea germanizante en la orientación de mi cultura. En Italia se conoce, como en ninguna otra nación, la ciencia germánica. Sin embargo, las categorías fundamentales de la cultura germánica no han penetrado ni deformado el espíritu italiano.

Y ya ha saltado la paradoja. Así como Turín, que se dice la ciudad más francesa, es la más antifrancesa de toda Italia, Milán, que se dice la más alemana, es la más antialemana. Milán ha sido el centro de energía bélica de donde ha irradiado el movimiento poderoso de voluntad que puso a Italia en pie y después en marcha hacia la frontera del enemigo tradicional, del «eterno bárbaro», como le denominó el ardiente Carducci.

Espontáneamente, sin detenerme a reflexionar sobre el apelativo, he designado al austriaco como enemigo tradicional del italiano. Y no es exacto. El austriaco no es enemigo tradicional del saboyano, del piamontés o del

sardo, ni, volviendo hacia el mediodía, lo es del siciliano, del napolitano o del romano. Es enemigo tradicional del veneciano, y más señaladamente, del lombardo, y entre lombardos del milanés, con particular inquina, ya desde los comedios del siglo XII, cuando Milán, a la cabeza de la liga lombarda, fué bastión obstinado y heroico contra el cual se rompió la hinchada soberbia y ambición de Federico Barbarroja, duque de Suavia, emperador de Alemania, no sin que la ciudad quedase arrasada en el odioso y desesperado empuje de la embravecida marea invasora. Barbarroja penetró en Italia con sus huestes por el valle de Trento. Venía a coronarse, con feudal abigarramiento y solemnidad, rey de Italia y emperador de Alemania. Se le opuso Milán al paso, determinada en perecer antes que abdicar las libertades civiles. Después de fatigoso y encarnizado asedio, Barbarroja logró rendir Milán, ordenando luego que no quedase piedra sobre piedra. Quería borrar Milán de la tierra y de la memoria de los hombres, para ejemplar escarmiento de quienes en lo venidero osase desafiar el poderío germánico. Pero el escarmiento ejemplar fué para él, sus secuaces y descendientes. El ejército de Barbarroja se derritió y sumió en el asedio de Milán, como ola altiva y clamorosa en la arena humilde y pasiva de la playa. Barbarroja, tras de algún otro conato inane, hubo de ver disipados en el aire dulce e impasible de Italia sus quimeras de dominación y poderío. Milán renació de sus ruinas. Italia y la civilidad se habían salvado. ¿No hay en el asedio de Milán, en el siglo XII, algo del asedio de Verdun por los alemanes, en esta guerra?

He oído a varios milaneses exclamar con orgullo: «Esta guerra nuestra contra Austria, la ha querido Milán y la ha hecho Milán.» Milán ha procurado obtener el último y definitivo desquite contra su enemigo tradi-

cional, que, por serlo suyo, lo es también de todos los hermanos en italianidad.

Y, sin embargo, voy a referir un episodio que me ha dejado cogitabundo y perplejo. Apenas llego a Milán, oigo el repique incesante de una campana de cinematógrafo y veo que se anuncia el estreno de una film con la toma de Gorizia. Me apresuro a entrar. El recinto está abarrotado. Permanezco en pie. Proyectan ahora una tediosa película sentimental y melodramática. Pasa el tiempo. Al fin se anuncia en la pantalla la toma de Gorizia. Adviértase que no hace más de quince días que la plaza cayó en poder del ejército italiano. Mi corazón palpita. Rebullo y enfado a los vecinos, con la impaciencia que me invade; impaciencia por sumar mi entusiasmo a la manifestación que de seguro exteriorizarán los concurrentes. Pasan los cuadros, las escenas militares, los desfiles bizarros; todo cálidamente emotivo. No se levanta un aplauso. ¿Qué es esto? He aquí un momento solemne: izan el pabellón italiano en el ayuntamiento de Gorizia, y la gente aplaude, pero acompasadamente, sin gritos, sin turbulencias, con un maravilloso ritmo de sobriedad, aplomo y asentimiento. Y se ha terminado la película. Cualquiera diría que el público no es italiano, sino inglés. Un observador ligero tal vez añadiría que la guerra se ha hecho contra la voluntad de Italia, y especialmente de Milán. ¿Cuál es la explicación? Evidentemente ha de buscarse en senos profundos y reveladores. Veremos si tengo la dicha de hallarla durante mi viaje.





ASAR POR MILÁN y preterir su catedral famosa, sería imperdonable. Recuerdo la ansiedad que hace años yo tenía por verla, y la decepción que padecí después de haberla visto. Me costó largas horas de contemplación llegar a sentir la emoción propia de su belleza; contemplación a la luz solar y entre velos de lluvia, en la ocasión incierta de los crepúsculos y en el resplandor disolvente del claro de luna.

La decepción que al principio se experimenta nace de la sorpresa de no hallar exactamente lo que se esperaba. La catedral de Milán es una catedral gótica, que no es tal catedral ni es gótica. Es catedral litúrgicamente, y dentro de la jerarquía eclesiástica, en cuanto que este vocablo es un adjetivo con que se califica «la iglesia en que radica el obispo o arzobispo con su cabildo». Y es gótica, en cuanto sus piedras están labradas conforme al estilo ornamental llamado gótico. Es decir, que en lo adjetivo es una catedral gótica. Pero no lo es sustantivamente.

Por muchas razones no lo es. Primero: la catedral de Milán no incorpora en forma sensible ni comunica aquel linaje de sentimiento religioso, peculiar de la Edad Media, que inspiró la erección de las catedrales góticas. Segundo: lo que tiene de gótico la catedral de Milán no es la estructura arquitectónica, sino la decoración; no es lo sustancial, sino lo accesorio y circunstancial en la arquitectura.

Los maestros arquitectos sostienen que los factores

fundamentales que influyen y determinan los diversos tipos de arquitectura, son dos: el clima y el material. Sin duda. Pero hay otro factor, acaso no menos imperativo, aunque sí más imponderable e indeterminado; el espíritu o sensibilidad de una época y de un pueblo. Este aserto no necesita corroboración de casos citados por vía de ejemplo.

La arquitectura, el arte más concreto y material, sobre el cual parecen gravitar más que sobre ningún otro las leyes fatales de la naturaleza, es, sin embargo, el arte que mejor nos inicia en el secreto del espíritu, sensibilidad y sentido de la vida de toda una época o de todo un pueblo. Es el arte colectivo por excelencia. Arte popular en mayor grado que la epopeya y la música, porque si bien la epopeya resume en un haz de imágenes fabulosas las ideas esenciales de una edad y la música sublimiza los sentimientos de una raza, la arquitectura se nutre también de ideas y sentimientos comúnmente participados y, aunque con materiales más rudos que la palabra y la voz, emula y aventaja a la epopeya y a la música. Es el único arte en que todos intervienen y que está concebido para dar placer y ser provechoso a todos. Me refiero, claro está, a la arquitectura y no a la albañilería. Hablo de la arquitectura como una de las bellas artes; no de la ciencia u oficio de elevar construcciones vulgares y homogéneas. Aludo a las obras que tienen carácter arquitectónico y revelan un orden de belleza monumental: palacios, castillos, templos, edificios públicos. Entonces, la arquitectura es obra del pueblo y expresión íntegra del pueblo.

Los organismos superiores poseen un corazón, centro de la vida animada, en donde fluye y refluye la sangre del cuerpo todo. Las ciudades poseen igualmente un órgano cordial en donde se concentra y de donde se irradia la vida espiritual ciudadana. Este órgano cordial

se materializa en un dechado arquitectónico; el templo, el palacio, el castillo, el municipio, según el tipo de civilización o forma de gobierno. Posee también la ciudad, como el organismo, un estómago: la lonja, el mercado. Posee un intelecto, infundido en materia visible: la academia, el liceo, la universidad. Posee vías y arterias circulatorias, pulmones con que respirar, que son los parques y jardines, miembros activos, aunque inmóviles. Es un paralelo retórico, si queréis; pero que contiene mucho fondo de verdad.

Pensemos en una catedral de la Edad Media.

La ciudad está dividida en barrios. Cada barrio está habitado por un gremio. Cada gremio está compuesto de individuos del mismo oficio. Cada oficio está constituído por reglas herméticas y secretos de taller, trasmitidos por tradición familiar de padres a hijos. Los vidrieros, en sus muflas, infunden en el vidrio la coloración mirífica de las piedras preciosas, como por encantamiento o milagrosa virtud desconocida de las venideras centurias; los plomeros emploman los vidrios y casan las escamas de la techumbre con un primor que no hallará parejo en lo porvenir; los tallistas imprimen en el roble, el nogal o el castaño tenaz, diseños ora devotos, ora satíricos y grotescos, como si manipulasen entre sus dedos la plástica docilidad de la cera; la informe piedra obedece al cincel del cantero y del escultor como la fantasía a los antojos del deseo; batihojas y orífices sutilizan los metales más graves y ricos, hasta concederles la levidad de la nube o la cálida delgadez de los rayos del sol; broncistas, herreros y rejeros forjan a martillo bronce y hierro, obtienen misteriosas aleaciones con extremado artificio, como adoctrinados por el propio Vulcano; los campaneros funden campanas gentiles como flores y les hacen hablar con la voz seráfica de las criaturas paradisíacas; pañeros y sede-

ros tejen la lana en paños que desafiarán los rigores del tiempo, y la seda en velludos de dos pelos y en brocados y briscados de oro y plata que serán pasmo de los hombres futuros; los tejedores tejen el lino eucarístico; los mercaderes traen de tierras remotas las materias primeras que han de trabajar los gremios. Ninguno de ellos trabaja para vivir. Todos viven para trabajar y ponen la alma en la obra que sale de sus manos. Trabajan, trabajan, durante cien años, durante doscientos años, en erigir una catedral, en donde el alma colectiva se define y manifiesta por sinnúmero de unificados pormenores; las vidrieras emplomadas, las sillerías de coro, los retablos, los postigos, las piedras de las ojivas, pináculos y botareles, los cálices, las custodias, los candelabros, las puertas de bronce y las rejas del presbiterio, las campanas, anidadas en lo más encumbrado de la torre, las colgaduras, baldaquinos, cortinajes y paños de altar, las ofrendas y donativos de los fieles adinerados. La catedral es la obra de todos. En el recinto de la catedral, el alma de todos arde y se levanta en un vaho, como el incienso votivo. Las naves resuenan con el cántico de todos.

Eso es lo que representa una catedral gótica.

Si en lugar de pensar en una catedral gótica pensamos en un templo helénico, en el Partenón, los materiales difieren, y en lugar de ser granito, caliza o berroqueña, es mármol pentélico o de Paros, pero el fenómeno es el mismo. También el Partenón es obra de todos y expresión materializada del alma colectiva.

Pero ¡cuán diferente el alma que cuajó en el Partenón y el alma que concibió una catedral gótica!

El Partenón es un templo, pero su espíritu es espíritu civil. Lo alzaron hombres que anhelaban la armonía y bienestar de la vida terrena y veían en los umbrales de la muerte la sombra del eterno acabamiento.

La catedral gótica se eleva en impulso desesperado y agudo hacia el cielo, como enorme alarido de zozobra de unos alucinados mortales que arrastran la vida clamando por la inmortalidad después de la muerte.

El espíritu generador de las catedrales góticas no podía expandirse en Italia como en las tierras lueñas de Germania, Franconia e Iberia. En éstas, lo adjetivo de la iglesia catedral, el ser sede del obispo y del cabildo, pasó a ser lo sustantivo. Comenzó por ser iglesia catedral y concluyó por ser «la catedral». No conocían al Papa como hombre. Era un ser casi mítico y enteramente espiritual, vicario de Cristo en la tierra, cabeza del cuerpo eclesiástico, sentado, como entre nubes célicas, en el solio de Roma. Y el obispo en su catedral, delegación jerárquica del Santísimo Padre, del vicario de Cristo, adquiría autoridad inviolable, suprema, casi sobrenatural, dentro de la urbe. Cúando el Papa quiso inmiscuirse demasiadamente en el régimen de los obispados germánicos, sobrevino el protestantismo.

Pero el Papa, para las ciudades italianas, era, antes que un ente mítico, un hombre como otro cualquiera, salido del pueblo y soberano temporal en un Estado, a veces hostil. Y el obispo, en su catedral, solía emplearse en gestiones políticas tanto como en religiosos menesteres. Las ciudades italianas, enamoradas de la libertad de sus fueros y constitución, no admitían al prelado sino como instrumento de sus planes o le tachaban de adversario.

Si la entraña de donde nacieron las catedrales góticas y la catedral de Milán fué de especie distinta, distinta hubo de ser la apariencia externa de las unas y la otra.

La catedral de Milán no guarda analogía alguna con las demás catedrales góticas. A esta diversidad contribuyeron, sin duda, aquellas dos influencias de que hablan los arquitectos: el clima y el material.

Las catedrales góticas son, en todas partes, doradas, pardas o negruzcas. La de Milán es gris mate, con degradaciones cárdenas, como plata oxidada. Esto debe atribuirse al clima y, sobre todo, a los materiales de construcción.

El clima influyó más decisivamente en la estructura de la construcción. El problema de la arquitectura gótica es el problema de la luz. Al cobijo de las catedrales góticas se congregaba todo el pueblo, guardándose de la inclemencia del cielo. Requeríase, por lo tanto, holgadísima capacidad en el edificio. La mucha capacidad exige gran área de techumbre, y la sustentación de la techumbre exige muros y columnas muy recios y sólidos. Pero en un clima norteño y fuliginoso, con muros sólidos y bajos, abiertos a trechos por ventanas de proporcionada dimensión, no habría luz en el recinto. Era preciso elevar los muros a fin de dar mayor perímetro a los huecos por donde entrase la luz, y aligerar la techumbre, abovedándola. Y como la luz fuera todavía escasa, las ojivas rasgaron, más y más, los muros, de tal suerte que éstos carecieron de resistencia con que sustentar las bóveda, y hubo que apuntalarlos por fuera con contrafuertes. Una catedral gótica, vista por dentro, es una linterna; los muros son de vidrio. Vista por fuera, es un complexo y enredo de fábricas de mampostería, de donde no se acierta a desglosar una línea simple y sintética.

En Italia no existe el problema de la luz, ni aun en una ciudad lluviosa como Milán. Consecuentemente, la dimensión de los ventanales se acorta. Consecuentemente, los muros resisten la pesadumbre de la bóveda, y los contrafuertes huelgan. Consecuentemente, la línea sintética del edificio se abarca al primer giro de la mirada.

¿Cuál es esta línea sintética? La catedral de Milán

parece una arqueta de plata repujada, con la tapa en ángulo de dos vertientes, y este ángulo es más bien obtuso. ¿Y cuál es el arquetipo más proporcionado, bello y simbólico de este simplicísimo esquema de construcción? La respuesta surge al punto imaginativamete: el Partenón. La catedral de Milán es un Partenón, disimulado apenas bajo leve hojarasca gótica.





BANDONO MILÁN de noche, y con tiempo lluvioso. El tren va lleno de soldados, hasta en los pasillos.

La lluvia raya al sesgo los cristales de la ventanilla, y repiquetea en el techo del vagón. Me acuesto y me duermo.

Despierto cuando es ya pleno día. Me asomo a mirar el paisaje: una llanura impecable, como alisada con rasero, revestida de hierba, color verde veronés; árboles suntuosos y elegantes, que adquieren un valor decorativo, porque están puestos con parsimonia, de trecho en trecho; cielo cóncavo y macizo, como el interior de una bóveda pintada al fresco, de mitigado y unánime azul, y el horizonte sonrosado: una caricia infinitamente voluptuosa para los ojos. ¿Será menester decir que estamos en la patria de Tiziano y de Pablo, el veronés?

Frente a este trozo de naturaleza exquisita y muelle, la guerra aparece como una realidad chocante y repulsiva. Admitiríase cuando más la guerra fastuosa y gentil de los condotieros, ataviados con armaduras resplandecientes, encrespados penachos y policromas garzotas, o la guerra incruenta y simétrica de los grandes lienzos pictóricos que ilustran las estancias de los palacios. Pero la guerra se ha hecho gris y parda, del color de la tierra desnuda.

Atravesamos un río, de anchuroso cauce arenisco, casi enjuto en esta sazón. A la entrada y a la salida del puente, centinelas montan la guardia, delante de su garita.

Las márgenes del río están guarnecidas de trincheras, parapetos, alambradas y caballos de frisia. A partir de este punto, vense, de vez en vez, sistemas de atrincheramiento, trazando líneas de resistencia. Estas obras defensivas se han construído después de estallar la guerra, como previniendo una invasión. Adviértase que estamos muy en el interior del país y a gran distancia de la línea de combate. ¿Qué significa esto? ¿Acaso una precaución llevada al último extremo de las contingencias adversas?

Cuando Italia entró en la guerra, juzgaron muchos, temerariamente, que iba con ánimo ligero, buscando granjearse un botín rico y poco costoso. Pensaron que, hallándose los imperios centrales trabados en un cuerpo a cuerpo con sus enemigos de Oriente y Occidente, la tarea de estos inopinados combatientes que se alzaban por el Mediodía era de poco momento, nada empeñada y sobremanera lucrativa. «¡Vamos a ver lo que hacen esos italianos!», se dijeron. Y como a los quince días las tropas italianas no hubieran entrado todavía en Viena, murmuraron con algún desdén: «Esos italianos no hacen nada.» Tampoco faltaron germanizantes fetichistas y desatentados que auguraban, en el punto de estallar la guerra italiana, que los austriacos llegarían a Roma en quince días. Y como no llegasen, no se les ocurrió buscar el impedimento en la impotencia, sino en la voluntad; no es que no pudiesen llegar a Roma, es que no querían, sin duda por miramiento al Sumo Pontífice, con quien siempre se han llevado muy bien.

La realidad de las cosas al entrar Italia en la guerra andaba más cerca de ser como se la figuraban los admiradores de Austria, que no como la pintaban aquellos para quienes Italia perseguía una aventura de ningún riesgo y beneficio cierto.

Italia no entró en la guerra con ánimo ligero, a fin de

llamarse a la parte en el botín de los aliados ya vencedores. Precisamente el día de la declaración de guerra, hablaba yo, en Madrid, con un alto personaje diplomático italiano, el cual me confesaba cuán difícil era la campaña para Italia, cuán peligrosa la coyuntura y cómo era de temer que, en los comienzos, los austriacos consiguieran ventajas momentáneas y hasta que invadiesen el territorio italiano.

Italia no entró con el fin de aprovecharse de triunfos ajenos, sino para cooperar en anticiparlo, con todas sus energías. Recuérdese el momento en que entró Italia en la guerra. El ejército ruso había sido quebrantado en la campaña de invierno, carecía de armamento, y a favor de esta deficiencia, los alemanes principiaban a arrollarlo. El ejército inglés comenzaba a rebullir en embrión. Francia, la heroica, resistía duramente y sin cejar, en tanto reorganizaba con premura sus efectivos, sus arsenales y sus fábricas de municiones.

Italia no se hallaba apercibida. No es un secreto que los depósitos de la Intendencia estaban por entonces casi exhaustos y que le faltaba artillería gruesa. Pero era su deber que acudiese en socorro de los aliados, y acudió, sin arredrarse ante la perspectiva de una invasiónpresunta, ya que Austria le aventajaba en hombres y material.

Esto es lo que significan los atrincheramientos que veo tan en el interior del país.

He aquí explicadas aquellas circunspección y flema que observé en el público del cinematógrafo, en Milán.

LLEGO a la ciudad en donde reside el *Comando Supremo*, o cuartel general. Me aguarda en el andén un comandante de artillería, adscrito al estado mayor del cuartel general. Es cincuentón, corpulento, el rostro bermejo y la nariz bulbosa, como esas efigies personales, un tanto caricaturizadas, que acostumbraban pintar los primitivos italianos y flamencos. Posee ese don tan latino, tan italiano, de la hospitalidad afectiva, del acogimiento amistoso, de la holgura para imponer al punto la holgura en el trato. Me estrecha la mano sonriendo; se informa, con frase festiva, de cómo he hecho la jornada, me toma del brazo, echa a andar, volviéndose a mirarme según me va hablando, da un encontronazo con un soldado y exclama humorísticamente: «Corpo di Baco», exclamación que yo no había oído más que en las zarzuelas. Hétenos ya amigos, como de toda la vida.

Antes de que salgamos de la estación, llega otro tren de donde descienden millares de obreros, más mozos y más maduros de lo que conviene para las fatigas y peligros de la guerra. Van con mazos, picos y palas al hombro, el hato colgando; forman caravana, y se alejan, guiados por algunos oficiales. Son peones camineros, trabajadores de carreteras, y van a cumplir en el menester de abrir, mantener y aderezar las rutas militares.

Salimos de la estación. Nos aguarda un automóvil con la bandera italiana y otra banderita que indica pertenecer al Cuartel general. Me entero al punto de que este automóvil, antes de ser requisado por el Gobierno para servicios de guerra, perteneció a un cardenal romano. No sin cierta timidez ofrezco a los elásticos cojines el burdo

roce de mis calzones de *homespun*, allí donde tantas veces hubieron de recibir la susurrante caricia de las vestiduras purpuradas.

A la entrada de la ciudad hay un hospital, con círculos blancos y rojas cruces pintados en la techumbre. ¡Pobre amuleto, inútil contra el vindicativo furor teutónico!

Decir que esta ciudad es italiana, basta para que se entienda que es bella. No es solamente la belleza del recuerdo, la bellezas de las ruinas, como en algunas ciudades españolas, ni la belleza dinámica y pulcritud de lo flamante, como en algunas ciudades norteamericanas, sino la belleza perdurable, que se obtiene por la aleación de lo clásico y de lo moderno, y que es la belleza de toda Italia. Lo clásico en esta ciudad es la piedra; lo moderno es el caudal de sangre impetuosa y bélica que por sus calles circula. A primera vista, parece que la ciudad está habitada sólo por militares; pero poco a poco se va dibujando la poblacion habitual y provinciana, como el cuerpo femenino debajo de la plegada túnica; población de burócratas, burgueses, mercaderes, fámulos, matronas, doncellas y pilluelos, distraídos en los menudos afanes cotidianos de siempre y como separados del resto del mundo y sus refriegas. Es asombrosa la adaptación del hombre al peligro cuando el peligro es continuo. La zozobra constante se trueca en insensibilidad y descuido. El corazón humano es como la flor que crece a ras del agua en la margen de un torrente, o el jilguero que se posa en el testuz de un toro bravo y allí se pone a cantar. Esta ciudad ha vivido durante un año, oyendo, detrás de los collados vecinos, las piafantes y asoladores cascos del caballo de Atila. Todavía se escucha el retumbo del cañón, no lejos. Los moradores ya no paran atención en estos sucesos, por acostumbrados; pero les llamo yo la atención, porque soy el forastero que llega a una ciudad provinciana. En estos instantes

adquiero mayor importancia que el general Cadorna. Acaso porque el general no se deja ver. En todo caso, porque yo soy lo insólito, lo nuevo.

El estado mayor me tiene prevenido un palacio para alojamiento. Palacios, casas grandes y automóviles están requisados por el Gobierno, en servicios de guerra. Palacios y casas grandes se destinan a oficinas y departamentos del ejército, a moradas de los altos jefes. Han dedicado uno de los más bellos y lujosos para los huéspedes extranjeros.

Mi palacio es una construcción de fines del siglo XVIII, aquellos días suntuosos, refinados e inquietos de la vida veneciana, que se espejan con todo su hechizo y vivacidad en las comedias de Goldoni. Las estancias son espaciosas, señoriales; techos de artesonados, muebles ricos y comodones, espejos de historiado marco, cachivaches de arte arcaico, profusión de alfombras de Oriente.

El refectorio está decorado al estilo del renacimiento italiano, en oscuro nogal. Alineados sobre el zócalo destacan, en colores, los blasones y divisas de toda la aristocracia veneciana. La dilatada mesa evoca efusiones conviviales, largueza de ágapes, holgorio y fruición de festines.

Los muros del estrado se exornan con paisajes al fresco, encantadores en su afectación de elegancia clásica. La luz se cierne y refina a través de las batistas y puntillas de los ventanales. Hay en todo como un refinamiento o sensación de gratitud y amor a la vida sabiamente sensual. Se me ocurre pensar en la estupefacción y contentamiento de los invasores germánicos, cuando, después de los azarientos rigores de la guerra, la fortuna les lleva a habitar uno de estos palacios. ¡Qué de extrañar que los tomen por suyos, en un acto violento de posesión, si los Penates de estas viviendas son el propio espíritu de hospitalidad, los cuales le asen a uno mis-

teriosamente y le invitan a que permanezca aquí de por vida!

Vamos a almorzar a un hotel, o, como los italianos dicen, con voz sugeridora y romántica, a un «albergue». *Albergue* parece cosa de novela, particularmente un albergue italiano, y más particularmente este albergue, no lejos del frente de batalla. La impresión exacta es como vivir algunos capítulos de Stendhal o de Tolstoi, sobre la guerra.

El comedor del albergue está en el piso bajo; tiene dos balconcillos que dan a una calle angosta. La luz es escasa. No hay arriba de diez mesas. Los camareros son dos: uno, mancebo; el otro, casi caduco. En torno a las mesas siéntanse los oficiales, sin incurrir en promiscuidades de edad o graduación. En una mesa hay hasta seis altos jerarcas de la milicia; cráneos grises, cuando no glabros, rostro hirsuto, de belicosos mostachos, expresión meditabunda y grave, bien por cuidados interiores, o bien, y es lo más probable, porque hay que hacerse respetar, adoptando austero continente, en presencia de los subordinados. En el resto de las mesas domina el elemento juvenil; buenos mozos en general, afeitados a la americana, comen y beben con diligente apetito, hablan y discuten, condúcense con natural descuido, ajenos a la vecindad de los superiores. Tal vez se producen con una leve sobreexcitación, que pudiera parecer artificiosa si no fuera profundamente humana. Viven sometidos al más vivo de los estimulantes: la guerra. Unos serán de carácter apacible. De niños y adolescentes soñaron acaso una existencia sosegada y segura. La voluntad inescrutable que rige los destinos de los pueblos y de los hombres, les vistió el uniforme del soldado y les envió a ofrecer su sangre en holocausto al deber. Vense, maravillados, compartiendo la epopeya. Otros serán de carácter arrogante y combativo. De niños y adolescen-

tes soñaron acaso empresas guerreras y gloriosas. Y ahora ven, con entusiasta asombro, los sueños hechos realidad. Son niños jugando a hombres. Porque ¿cuándo, ni en la cúspide de las más altas dignidades, deja el hombre de verse niño, si mira dentro de sí mismo, de sorprenderse de ser hombre y de sospechar que los demás hombres le toman aún por un niño? ¡Desgraciado el hombre que llega a perder la conciencia presente de su puericia!

Una señorita, algo talluda, corresponsal de un gran diario inglés, fuma cigarrillos egipcios y coquetea con los oficiales.

En la mesa, al lado de la mía, están, frente a frente, una madre y un hijo. La madre es una dama elegante; tiene los ojos como colgados del rostro de su hijo; en ocasiones se reclina sobre la mesa por mirarle de más cerca; le mima, le envuelve en solicitudes, le hace mil preguntas. El hijo es un garzón, como de veinte años, teniente, de fresca y varonil hermosura. Se deja adorar, con satisfacción disimulada y seriedad compuesta en un gesto de graciosa fatiga, como un dios asediado por las importunidades de sus fieles. Y no se sabe qué es más simpático y conmovedor, si la adoración de la madre o la gravedad del hijo.

Entretanto el huésped, rechoncho y vivaracho, gira, acude y requiere por todas partes, para que los comensales quedemos servidos a nuestro talante.





ESPUÉS DE COmer, mi comandante me conduce al café más concurrido. Está a la entrada de una calle, orillada de porches. Los veladores rebosan del interior, salen a los soportales y hasta el arroyo. Nos acomodamos cabe una mesilla, al aire libre.

Es un día claro, limpio, luminoso. Perezosa voluptuosidad se infiltra en las carnes y en el ánimo. ¡Señor! ¿Para qué luchar? ¿Por qué matarse? ¿A qué la guerra? Los italianos, predilectos amigos del sol ¿no sienten, mirando al cielo, que la voluntad les flojea? Entre un italiano y un habitante de la Selva Negra, que se baten igualmente bien, para mí no cabe duda que el italiano es doble de valiente y esforzado.

Y luego...; pase jugarse la vida por sumisión y con indiferencia, cuando se arrastra una vida de servidumbre, sin deleite de los sentidos, y nada se pierde sino que se acaban duelos y quebrantos. Pero dejar, por elección generosa y abnegada, todo esto...

Todo esto es lo que estoy viendo desde mi silla. Una plaza de incomparable belleza. Por un lado una *loggia* neoclásica, tan sutil y equilibrada de proporciones como las obras mejores de un Brunelesco. De otro lado el palacio municipal, labrado en mármoles blanco y rosa, compendiado trasunto del palacio de los duques en Venecia. En el centro, las colosales columnas emblemáticas de la república veneciana, y una fuente escultórica que fluye y canta. Quienes aquí vivían llevaban vida gozosa y libre.

— ¿Qué piensa usted? — pregunta mi comandante.

— Pienso que comprometer la vida en la guerra debe de ser penoso para cualquier hombre, pero más para un hombre libre.

— Al contrario. El hombre libre es el único que defiende una causa de más precio que la vida misma: la libertad.

— Conformes; pero eso no quita lo penoso. Siempre será más penoso perder la libertad preciada, junto con la dulce vida, que perder sólo una vida que nada vale. Y la vida en Italia es tan gustosa; la libertad tan plena... Además, con este sol no alcanzo cómo se puede andar a tiros. Quiero decir que para mí el valor guerrero de los italianos es de mejor estima que el de otros beligerantes.

— ¿Cree usted en el valor de los italianos?

— ¿Qué le voy a contestar a usted?

— Cierto. Usted me contestará que sí, aunque no crea. Cuando haya visitado usted el frente ya verá y testimoniará con sus propios ojos. Yo acompañé a Lord Northcliffe, en su visita al frente. Lord Northcliffe no tenía en mucho al ejército italiano. No era culpa de él, sino de cierta opinión, nada halagüeña para nosotros, que anda muy difundida por el mundo, sin que yo atine a explicarme por qué. Paciencia, por ahora. La verdad se restablecerá al fin y al cabo. Lord Northcliffe tuvo suerte. Cuando íbamos a Gorizia no pudimos pasar, porque unos momentos antes los austriacos habían destruído el único puente hábil que había. *Corpo di Baco!* Al llegar nosotros estaba aquello muy poco *higiénico*. Lord Northclifte no las tenía consigo. Luego recorrió todo el frente. ¿Leyó usted el telegrama que envió al *Times?*

— Sí, señor. Recuerdo que venía a decir que el frente italiano era el más duro y dificultoso de todos los fren-

tes aliados, y que lo ya conseguido por el ejército italiano se juzgaría empresa increíble y casi sobrenatural.

— Así decía. Ya verá usted.

El rebullicio del café nos aturde. Hay no pocos oficiales y sinnúmero de soldados, hablando vertiginosamente, con amplios ademanes, que sugieren belicas acciones. Mi comandante explica:

— A este café le llaman el *Trincerone*, o sea la trinchera grande, porque, volviendo del frente, al hallarse aquí, lejos de la metralla, todos se sienten héroes, protagonistas de las más desaforadas proezas pasadas y venideras, y hay que oírles lo que dicen que han hecho o que van a hacer y acontecer. *Corpo di Baco!*

Interrumpe el coloquio la llegada del automóvil del cardenal y nuestro, en el cual montamos y partimos.

La carretera está henchida de movimiento. Caminan a lo largo de ella toda suerte de vehículos y peatones. Carretas, con bueyes uncidos a un yugo primitivo, en forma de cruz latina; esos bueyes de Italia, blancos y sonrosados, con la cornamenta veleta y gentil como una lira. Camiones abarrotados de forrajes. Automóviles-tanques para agua. Automóviles frigoríficos, con carne congelada que viene de la Argentina y se come en las trincheras. Largos carros aldeanos y lindas muchachas sentadas sobre la carga de hierba. Carricoches pintorescos. Bicicletas y motocicletas.

La comarca es llana y está revestida de praderas. Durante varios kilómetros, a un lado y otro de la carretera, hay todo un pueblo, construído con barracones de madera y ladrillo. Es un acantonamiento adonde vienen a reposar los soldados desde frente. Delante de los barracones se tienden hermosos jardines, aderezados por la tropa. No se concluye de ver soldados y más soldados, cultivando los jardines, lavando ropa en los riachuelos, haciendo gimnasia, en paralelas al aire libre, cocinando

en cocinas de campaña, cepillando lucios y nerviosos caballos, corriendo sobre las praderas, leyendo al pie de un árbol, apiñándose en torno de los carritos de los vendedores de frutas, tabaco y golosinas. Hay soldados en tanto número que no me atrevo a hacer un cálculo. Todos parecen hombres entre los veinticinco y treinta y cinco años.

Atravesamos varios pueblecillos. Quiero hablar hoy solamente de dos.

PARA saber cómo es Palmanova, hay que verla desde un aeroplano o en un mapa. Es una ciudad única en el mundo. Su perímetro está trazado en forma de estrella regular de nueve puntas. Forman este perímetro las fortificaciones exteriores. En medio del recinto cerrado por las fortificaciones, y a cierta distancia de ellas, está la ciudad, ceñida por otro muro fuerte, perfectamente circular. En el centro geométrico de este círculo, ábrese la gran plaza. Desde la plaza parten, a manera de radios equidistantes, numerosas calles que concluyen en la circunferencia murada. Hay otro sistema de calles, en círculos concéntricos, equidistantes también, que van, de menor a mayor, desde la plaza hasta el redondo ceñidor de la ciudad. El plano esquemático simula la rosa de los vientos o el dibujo estilizado de una tela de araña.

Al pie de las fortificaciones del perímetro, y por la parte de fuera, corre ancho y profundo foso, susceptible de ser inundado rápidamente, mediante una serie de canales que derivan de un majestuoso acueducto, erigi-

do por los venecianos en el siglo XVI. Y por fuera del foso hay terraplenes y parapetos de tierra. Foso y parapetos están revestidos de menudo césped aterciopelado.

Por tres puntos de la periferia, que forman un triángulo equilátero, las fortificaciones ofrecen acceso a la ciudad, a través de sendas puertas monumentales y artísticas, labradas en piedra, al gusto barroco, como retablo de iglesia. Tres puentes de piedra salvan el foso, comunicando la ciudad con el campo.

En la gran plaza central, frente a cada bocacalle, hay formidables estatuas, que representan, por las trazas, magistrados y guerreros. Hay también una hermosa y grande catedral.

Palmanova era ciudad fuerte ya desde 1593. Pero Napoleón la levantó de nueva planta, haciendo de ella lo que es hoy: un espécimen perfecto de la ciudad fortaleza, según el sistema de Vauban, que la ingeniería militar de entonces reputaba inexpugnable.

Napoleón fué tan italiano, si no más, como francés. Era natural de un país montañoso, y desde niño estaba avezado a contemplar la realidad desde la altura y a plomo, como las aves de altanería. El siglo XVIII le había dado la sensibilidad y el amor de las artes. La revolución le había catequizado en el culto de la diosa Razón. Sus empresas guerreras desarrolláronse con lógica rectilínea por táctica y un ideal racional por acicate. Las ciudades en donde, de paso, vivió, quiso modificarlas y embellecerlas, conforme a un plan geométrico. Arruinóse luchando con españoles y rusos, dos pueblos que desprecian la lógica.

Palmanova, esta ciudad casi olvidada, se me aparece como una síntesis cristalizada del genio napoleónico.

Figura en la historia moderna porque desde aquí Napoleón decidió el fin de la república veneciana.

Hecha de piedra blanquecina y amarillenta, semeja una rosa de te, caída en la verde pradera, y el acueducto es como su tallo. Creáronla, al modo de una bíblica Ecbatana, para ser inexpugnable. Ante la artillería moderna, es tan frágil y delicada como una rosa de te.

AQUILEYA pertenecía a Austria. Fué ocupada por los italianos, en los primeros días de la guerra.

El abolengo de Aquileia, como su mismo nombre lo dice, es añejísimo, de la más rancia romanidad.

Los peligros que amenazaban a la Italia septentrional, a consecuencia de la lucha permanente entre celtas y venecianos, persuadieron al Senado romano a fundar en el año de 182, antes de Jesucristo, una colonia latina en la llanura friulana, no lejos del mar, y fué nombrada Aquileya. Esta colonia llegó a ser uno de los más importantes centros comerciales de la antigua Roma. Aquileya presidía todo el comercio del alto Adriático, y era cabo de ruta de dos grandes vías romanas, la Vía Postumia y la Vía Julia Augusta.

El brazo poderoso de Roma colocó la ciudad de Aquileia más allá de los límites últimos de sus dominios, como simiente que el sembrador aventa a distancia. La simiente cayó en lugar a propósito: germinó, cundió, romanizó las tierras que se tienden en la costa Norte y Este del Adriático. Tierras romanas, y por ende italianas ya para siempre, por juro de heredad y sacra tradición de milenaria sangre.

Aquileia, sustancia incorruptible de la Roma eterna,

nombre romano tan vivo ahora como hace veintidós siglos, simiente aventada a los tiempos por el latino sembrador, ¿no es acaso la primera simiente de la guerra actual entre Italia y Austria?

Después de Cristo, Aquileia se convirtió de fecunda y crasa simiente del trigo de la Campania en el granito de mostaza del Evangelio. Su misión fué, primero, latina; luego, cristiana: dos de las más altas y generosas misiones que registra la historia.

La importancia de Aquileia redúcese hoy a una simple basílica. Esta basílica fué erigida por el emperador Constantino, a fin de conmemorar la paz de la Iglesia.

Un sacerdote eruditísimo, que el gobierno italiano destinó al cuidado de la basílica, Dom Constantino, nos enumera infinitos pormenores referentes a la arqueología, la historia, la liturgia, la iconografía, la arquitectura, etc., etc., de la basílica de Aguileia.

Aunque en reparación y embarazada con artefactos de albañilería, la basílica se halla dedicada actualmente al culto. Estamos en el centro de la gran nave. Hay un silencio venerando e imponente, como si nos asomásemos a una sima en donde yacen calladamente las sombras gigantescas de los siglos pretéritos. A veces se oye el temblor de la vida de ahora, por de fuera de los muros. Es el cañón, poco lejano.

Una emoción religiosa, de simple y desnuda religiosidad, me embarga. Vuelve mi alma a desentrañar los misterios del mundo y de la muerte, incorporándolos en los símbolos pueriles de las primitivas eras cristianas; el pez, cuyo nombre griego es anagrama de Cristo; la paloma, el cordero, la corza, emblemas de pureza, sumisión y temor de Dios; el mar proceloso por donde navegamos dando tumbos, que es la vida, y la barca sacerdotal de Pedro y sus redes benignas; los dragones y alimañas de los pecados capitales; todos los seres y

cosas que pueblan la tierra, los cuales no son por sí, antes bien son como apariencias, emblemas y signos del espíritu oculto.

No se crea que este simbolismo ingenuo es obra de mi imaginación. Las figuras están ante mí, con una realidad enérgica e inocente que cautiva el alma. Están en el pavimento de la basílica, que es de mosaico y ha sido descubierto recientemente, parte por los austriacos, parte por los italianos, después de la conquista.

El mosaico data del siglo IV, y es el único ejemplar de mosaico romano-cristiano que hoy existe. Los de Ravenna y Venecia son bizantinos, artificiosos con exceso y harto teológicos. Estos, aunque tendiendo a decadentes en los motivos decorativos, son en las figuras de un naturalismo encantador y patético. Sus líneas son tan expresivas, sus tonalidades y matices son tan frescos, tan íntegra la composición, que se diría que están tibios todavía del calor de la mano del artífice candoroso y cristiano viejo que acaba de casar y ensamblar las expresivas pedrezuelas.

Y he aquí cómo para recibir este linaje de emoción, esencialmente apacible e inactual, es menester encaminarse a un frente de batalla.

AL volver a la ciudad de donde hemos salido es ya de noche. La ciudad está a obscuras. Apenas si una luz grisácea se cierne a través de las nubes. Vagamente se insinúan los arcos en ojiva de los soportales. Hay una sombra centenaria y densa que gravita sobre la imaginación, con la pesadumbre de seis siglos. Un

ruido metálico que suena sobre las losas del pavimento no sabemos si viene del sable de un oficial vestido con *breeches* o de un guerrero con armadura. Una campana religiosa tañe dulcemente. *Ritornamo all' antico*. Si no fuera que un disparo de cañón de pronto nos lanza, con enérgica sonoridad, desde lo pasado hasta lo venidero e insospechado.





UANDO SE COmienza a examinar la tierra italiana de Sur a Norte, desde el estrecho de Sicilia hasta la barrera de los Alpes, se piensa que Dios ha modelado esta península amorosamente con el pulgar, en materia dócil y agradecida, al modo de un escultor enamorado de la belleza. Todo es blando, todo es depurado, todo tiene una línea justa y patética. Pero luego, cansado el Supremo Hacedor de labor tan intensa y atención tan prolija, comenzó a formar los Alpes a puñetazos, como el escultor que, después de haber afinado con dilectísimo esmero una cabeza, da por acabada la obra y la sustenta, por sabio contraste, sobre una masa arbitraria e incongruente de barro. Anatolio France observa agudamente que parece mentira que sea el mismo Dios quien formó las dulces colinas que rodean a Florencia y el agrio Himalaya. Sin duda las unas y el otro son de factura opuesta y obedecen a dos criterios estéticos contradictorios. La propia contradicción que en la tierra, se observa en la creación de los hombres que habitan más abajo y más arriba de los Alpes. Parece mentira que el mismo Dios que hizo aquellos romanos antiguos y estos italianos modernos, tan nobles y aguileños de rostro, tan vivos de expresión, se haya distraído o divertido formando esas cabezas teutónicas tan chatas, tan obtusas.

Por hoy no quiero ocuparme de los hombres, sino solamente del paisaje. El paisaje del Mediodía y el paisaje del Norte han sugerido dos ideas opuestas sobre la

emoción y la sublimidad. Del paisaje del Mediodía, del sobrio y preciso paisaje de la Umbría, nacen Francisco de Asís y la idea de que la sublimidad reside en la humildad. Se complementa y se abarca en su trascendencia mística esta idea cuando se descubre que el secreto de la sublimidad del paisaje consiste en sensibilizarlo, en humanizarlo, en infundir en sus entrañas la emoción de nuestras propias entrañas, prestándole nuestra propia alma. Entonces el paisaje más escueto y pobre, al punto se sublima. Por el contrario, del paisaje formidable, abrupto y selvático, nace la idea teutónica de que lo sublime consiste en las proporciones, en la enormidad, en lo «kolosal». Esta idea se complementa y se abarca en su trascendencia cuando se añade que para la sublimidad del paisaje es necesario no sensibilizar humanamente la Naturaleza, antes bien, es fuerza ahondar en lo posible la diferencia entre tierra y alma, de suerte que el hombre se sienta como anulado ante la serenidad y grandeza de la materia bruta. Un latino cree que toda materia bruta es susceptible de convertirse en estatua y monumento, en expresión espiritual. Un germano quiere que estatua o monumento se aproximen a un cúmulo espontáneo de materia bruta.

Las anteriores observaciones han surgido en la superficie de mi conciencia durante el día de hoy, conforme hacía una jira de 150 kilómetros sobre la cima occidental de algunas de las montañas que aprisionan el Isonzo. La fatiga divina se advierte que comenzó al recortar el Adriático por el Norte. en el golfo de Trieste. Desde aquí se inicia la protuberancia caprichosa del terreno, primero en collados, luego en montañuelas, más tarde en montes que van escalonándose y apelmazándose hasta componer el macizo de los Alpes. El río Isonzo corre entre un cañón de collados y de montañas. Hacia el Sur, la barrera, de un lado y otro, se separa, dejando un valle

en medio. Este es el bajo Isonzo, que dominan los italianos en ambas orillas. Siguiendo aguas arriba, en el alto Isonzo, los montes se van elevando y juntando rápidamente y el río corre en el fondo a lo largo de la arista o cañada que dibujan al encontrarse las faldas de las dos cordilleras. En el alto Isonzo una parte de la orilla oriental está todavía en poder de los austriacos. Las posiciones italianas y las austriacas están cara a cara, en las dos vertientes que caen sobre el río. Como la vegetación es muy profusa y enmarañada, las posiciones se disimulan tanto que apenas si se logra puntualizar algún sector que otro. Detrás de sus respectivas barreras del Isonzo están Italia y Austria, como dos jardines cerrados por dos muros, y los muros separados por un curso de agua. Asomando la cabeza por uno de los muros se ve el muro frontero por la parte de fuera nada más. Cómo es y lo que pasa por detrás del muro frontero permanece ignorado. Pero claro está que, para asomarse al muro, se ha de haber visto antes necesariamente lo que pasa y cómo es del lado de acá.

Hoy quiero daros una breve impresión de los servicios de retaguardia de un ejército, la fachada interior del muro, por decirlo así. Diré sintéticamente que este montón de tierra y rocas, revestido de áspera maraña vegetal, todo este pedazo de Naturaleza que hasta hace poco no era sino una mole de materia bruta e insensible está ahora animado y sensibilizado por la industria, el ingenio y el entusiasmo del hombre. Por lo pronto, está cruzado en todas direcciones, hasta en sus riscos más empinados y difíciles, por una red de carreteras, y las carreteras cubiertas de movimiento siempre. Aparte de las carreteras ya practicadas, hay otras muchas en trazado y construcción. Estas carreteras no son caminos improvisados para las necesidades militares del momento. Son vías espaciosas, macadameadas en piedra caliza,

orilladas con festones y cunetas de losas; son, en suma, trayectorias construídas para muchos siglos por venir, como lo fueron las calzadas romanas. Todas las impresiones se coordinan. Cuando llegué al Cuartel general, lo primero que hallé en la estación fué una caravana de miles de obreros que se dirigían al frente para abrir caminos. Esta caravana constituía una parte mínima de los trabajadores que actualmente están empleados en el servicio de carreteras. Solamente en un pequeño sector del frente italiano se han hecho más kilómetros de carreteras que en toda España durante los últimos cincuenta años. Repito que la carretera italiana es en su género una obra de arte. Por algo Italia es hija de Roma, que parceló el mundo de vías de comunicación, las más directas y permanentes.

No acertando a explicarme cómo en tan corto plazo se pudo realizar la obra estupenda de tantos y tan perfectos caminos, hube de manifestar mi pasmo y admiración al oficial que me acompañaba. A esto respondió: «Antes de la guerra, los canteros y peones camineros italianos estaban reputados como los mejores y trabajaban en todas las carreteras del mundo. Eran legión. Al declararse la guerra no hubo sino repatriarlos. En esto, como en muchas otras cosas, conservábamos la tradición y, en consecuencia, teníamos el problema casi resuelto.»

La sensibilización y animación de estas montañas no se detiene en el acto de abrir caminos. Cuando se ve una rama de coral se toma desde luego por un objeto muerto, producto del esfuerzo ciego de la materia bruta. Sin embargo, está poblado por millones de minúsculos seres vivos. Lo mismo sucede con estos montes. De lejos pudieran parecer inertes y solitarios promontorios. A medida que uno se acerca van apareciendo, primeramente, los blancos caminos, que al pronto y a distancia se toman por arroyos y torrentes espumosos. Luego se

define sobre los caminos un ir y venir continuo de rayas y puntos negros, como procesión de hormigas. Más tarde, cuando uno desemboca ya en los caminos, se llega a descubrir, con no poca maravilla, que los flancos y laderas de este, al parecer, inerte promontorio, están en su mayor parte trabajados intencionalmene, agujereados, convertidos en pequeñas habitaciones y refugios, con sus portezuelas, sus tejadillos salientes, sus ventanucos, que a veces se prolongan en hilera, y un corredor por delante; otras veces se suceden por pisos, y recuerdan frecuentemente el patio de una casa de vecindad. Naturalmente, todas las habitaciones están ocupadas por soldados. En ocasiones hay un establo al modo de cobertizo, de cuya penumbra sobresale a la luz un como rosario de grupas de caballo o de mulo. En otros parajes las caballerías pacen la verde hierba de las laderas. Es la sensibilización, la animación absoluta de la montaña.

Uno de los fenómenos más curiosos y más complejos de la guerra, es la organización de servicios de retaguardia, lo que los italianos denominan con un término muy sugestivo *retrovia*. La gran muchedumbre, a retaguardia de un ejército, por su desorden superficial y por su orden interno, así como por su actividad constante y afanosa, es como una colmena de abejas. Una colmena que no labra miel precisamente.





ARTIMOS MUY temprano del Cuartel general, en automóvil. El sol no ha disipado todavía la neblina matinal. Apenas desembocamos en campo raso, nos cruzamos, en un trivio, con los generales Cadorna y Porro, que vuelven, también en automóvil, después de haber visitado algún sector del frente. Esta pareja Cardona-Porro componen, según se me asegura, indisoluble unidad. Son dos cuerpos y caracteres diferentes, fundidos en una existencia única, enderezada a un propósito único. Claro está que el Ejército italiano posee un sistema nervioso, con su cerebro u órgano central, del cual recibe coherencia y movilidad consciente. El sistema nervioso consiste en una compleja ramificación telefónica y telegráfica que se extiende desde el Cuartel general hasta los últimos tentáculos del Ejército. El órgano central, la unidad de conciencia y la determinación de la voluntad reside en los generales Cadorna-Porro.

Cuando los generales Cadorna y Porro se retiran a su sigiloso aposento, hasta allí convergen, por modo tácito, millones de ecos y de representaciones, llegadas de los miembros más apartados del Ejército, de un escucha en contacto, como la yema de un dedo índice, con un punto flaco del cuerpo enemigo, de un aeroplano sumergido, como un acto penetrante de visión, en el horizonte del cielo de Austria. Todo esto constituye el hemisferio pasivo de la conciencia, el acopio experimental de los elementos de juicio, conforme los sentidos los

proporcionan. Pero la pareja Cadorna-Porro no se detiene aquí. Los sentidos acaso incurren en error. Para guardarse de engaño es menester que el alma se asome diligente a ellos. Tal fué el principio de la eficacia napoleónica. Napoleón visitaba e inspeccionaba constantemente sus tropas de línea. Lo mismo hacen la pareja Cadorna-Porro.

En estos pensamientos dejo transcurrir media hora de camino. Cuando penetro en la zona de operaciones, comienza la acostumbrada actividad de servicios de retaguardia. Brilla un sol tibio y alegre. La carretera se cubre de vehículos, caballos y peatones. Hay a los lados de la vía hombres espaciadas de trecho en trecho, quienes, mediante ingenioso artificio, una especie de escudilla al extremo de un palo, cogen el agua de las cunetas y riegan sin cesar al paso, para que no se levante polvo. A pesar de esta precaución, flota en el aire un polvo cándido como el de los caminos que conducen a las romerías. Con frecuencia atravesamos un poblado, una plaza arcaica, con soportales, frescos pintados por de fuera de las viviendas, la iglesia barroca y el campanile, a la veneciana, separado de la iglesia. De una parte, un gran golpe de caballos a pelo beben en el abrevadero. De otra parte corre una fila de carros sicilianos, decorados con pinturas bíblicas y bélicas, con mucho pormenor y sin perspectiva, a la manera de los cuadros primitivos. Reparo en estas minucias porque el automóvil se ve obligado a parar a cada instante. Hay soldados por todas partes. Unos llenan de agua la cantimplora, rodeando el brocal del pozo, en el medio de la plaza. Otros se acercan a una taberna, que tiene una rama verde sobre la puerta. A medida que nos acercamos al frente hay ocasiones en que la carretera está cerrada en ambos costados por cortinas de cañizo, como cosa de tres metros de altas, o con setos de seca ramas-

ca, y bambalinas, también de cañizo, haciendo como un túnel. Son trozos de camino visibles desde las líneas enemigas y al alcance de su fuego, enmascarados así para que se ignore el paso de los convoyes de municiones y bastimentos. La animación de la carretera va aumentando más y más. Los soldados ríen y chancean, a tiempo que caminan. Suenan roncos cuernos y vehementes sirenas de automóvil; se oye el traqueteo de los armones de artillería, el relincho de los caballos y el claro choque metálico de los arneses. En conjunto es una impresión energica y misteriosamente optimista, como cuando uno llega de mañana a la fiesta mayor de un pueblo. Hasta el estampido del cañón, amortiguado entre el murmurio que se alza de la carretera, se tomaría por salva de cohetes. Las bambalinas que enmascaran la ruta pudieran muy bien pasar como galas de festejo municipal. Luego hay barracas y tiendas de campaña, como en los aledaños de una ciudad en fiestas. En uno de los campamentos se ve una sección de hornos militares o, como aquí se dice, con bello término, entre clásico y litúrgico, un «paneficio». Unos soldados, en camiseta, amasan el pan; otros meten la masa en el horno. Esta circunstancia complementa la impresión de solemne fiesta popular. Pero la razón, sobreponiéndose a la imaginación, nos advierte que si es solemne fiesta popular, es la consagración colectiva de la muerte.

Andando un poco más adelante se me ofrece una evocación homérica. Es una manada de ganados: grandes bueyes blancos y majestuosos, rojos y traviesos ternerillos. Es ganado para la tropa de primera fila. Los propios soldados matarán, descuartizarán, asarán y comerán los bueyes, en campo abierto y con las armas al lado, como los héroes de la *Ilíada*.

Llega un punto en que nos apartamos del movimiento y seguimos un camino más angosto, casi solitario en esta

coyuntura. Nos dirigimos al Carso, teatro de la lucha durante más de un año. Pasamos a través de algunos pueblos en ruinas. De las casas no quedan sino las paredes. Me sorprende un tanto advertir que estas ruinas no me conmueven en la medida que yo esperaba. Pienso primeramente que acaso será por las muchas fotografías de ruinas que hemos visto. Pero luego doy con la razón de mi peregrina insensibilidad. Y es que hace cosa de un año hube de ir en automóvil desde Madrid a Huesca, a lo largo de la carretera real de Zaragoza y Barcelona, y en aquel viaje encontré más de una docena de pueblos deshabitados, en ruinas, con las casas reducidas a cuatro paredes, y éstas a medio caer. Aquellas ruinas sí que eran desoladoras y amargas. Evidentemente, si la carencia de pelo es triste, lo será en la calvicie más que en la tonsura. El que se corta el pelo al rape se lo puede volver a dejar crecer. Estos pueblos italianos ruinosos serán, a la vuelta de dos años, pueblos renacientes y florecientes, porque la ruina fué ocasional y voluntaria. Pero aquellas ruinas de Castilla y Aragón son fatales, acarreadas de añejo por la vejez o por una enfermedad que parece incurable. Digamos, entre paréntesis, que estos pueblos que ahora miro en ruinas pertenecían a los austriacos no hace aún dos meses, y han sido destruídos por la artillería austriaca, después de perdidos. La psicología germánica es una modalidad plebeya del carácter, que se halla ingeniosamente incorporada en el proverbio español del perro del hortelano, que ni comía él ni dejaba comer a los demás. El espíritu de edificación, tanto ideal como urbana, de la latinidad, ha consistido en la noción de que todo aquello que se construye se incorpora a la realidad y pertenece en alguna manera a todo el mundo. En nuestros idiomas latinos, edificar y lo edificante significan también servir de ejemplo. Por el contrario, el carácter teutónico no consiente que exista

aquello que no le pertenece en privativo dominio, o aquello que ha dejado de pertenecerle. Lo ejemplar germánico es la destrucción.

Ahora deseo decir unas pocas palabras del Carso. Cuando leíamos, por espacio de más de un año, los partes oficiales italianos referentes a la guerra en el Carso, nos inclinábamos a pensar que en ellos se pecaba por exageración retórica. En efecto, se nos comunicaba a diario la noticia de una lucha enzarnizada, formidable, estupenda, sobrehumana. Todos los latinos propendemos a la elocuencia. La elocuencia estriba en relevar la individualidad y trascendencia de un asunto, aun de aquel que se hubiera juzgado el más fútil y anodino. Los italianos son maestros en el arte de la elocuencia. La lengua italiana, como la latina, de la cual es su hija primogénita y más semejante, son naturalmente dos lenguas insuperables para la elocuencia. Muchos pensaban que los partes oficiales italianos alusivos al Carso pecaban de excesiva elocuencia en el adjetivo. Pues bien: yo os digo desde aquí, desde esta altura desolada y trágica, reconcentrándome en la veracidad de mi corazón, que la contienda ha sido encarnizada, formidable, estupenda, sobrehumana. Es más: la conquista italiana del Carso es empresa que apenas si se alcanza a comprender, cuando se examina de cerca la estructura del terreno. El Carso es una antiplanicie calcárea, un tanto semejante a la sierra Carpetana de España, si bien de menos elevación, y más a propósito para la defensiva. Constituye una fortaleza natural inexpugnable, de varios kilómetros cuadrados de extensión superficial. El general Porro me decía que el Carso es como ingente esponja petrificada. La imagen del general es justísima. A cada paso brota un peñón de la tierra, cada peñón abriga una oquedad y cada oquedad era un cobijo invulnerable y seguro del soldado austriaco, que allí estaba escondido.

Para dominar esta ingente esponja de piedra no bastaba la energía convulsonaria de la más potente artillería. Era menester ir ablandándola y empapándola en sangre generosa. La esponja no se saciaba de beber sangre. Pero los soldados italianos no cesaron de abrir sus venas, en el más sublime de los heroísmos, el holocausto anónimo, hasta que las duras entrañas del Carso se enternecieron y rindieron. Están tan ahitos de sangre humana estos peñascales, que cuando se les pisa parece que del suelo brota quejumbrosa la sangre bajo los pies, como el agua del mar en la arena húmeda de la playa. De la tierra se alza un vaho rojizo, que es como la voz muda de la sangre, derritiéndose en el sol para subir hasta el cielo. Por si nuestra alma fuera insensible ante esta insinuación nebulosa de sacrificio patrio, el testimonio de los ojos acredita la magnitud de la epopeya. No hay un palmo de tiarra que no esté cubierto de metralla y despojos. Abundan las bombas de mano que no han estallado. Unas tienen la forma extraña y un poco ridícula del molinillo de la chocolatera; el hierro, roñoso, es de color de chocolate. Otras son de latón brillante, con mango de madera, de inofensivo aspecto, que se tomaran por un sonajero infantil. Se me ocurre golpear una con el bastón y enviarla volando como una pelota de «golf»; pero el capitán que viene a mi lado me detiene el movimiento, advirtiéndome del peligro. Entonces me inclino al suelo y entre la roja tierra removida y las guijas de piedra desmenuzada descubro una línea suave y tersa, como trazada delicadamente por el dedo de una mujer. Es un caminito de hormigas. Las hormiguitas van y vienen, en su afán constante y lucrativo. Las hormiguitas trabajan siempre en secreto y sacan provecho de todo.

Referir todo lo que veo y dar forma expresiva a todo lo que siento en estos días de vida agitada y múltiple, sería labor difícil para hecha con tiempo y en reposo, imposible para cumplirla a diario y en breves instantes robados al sueño. Quiero advertir al lector que entre las impresiones de cada día sólo le comunico alguna que otra que selecciono como las más representativas, al modo de centros de asociación, en torno de las cuales el que lee pueda construir vívidamente lo que Ignacio de Loyola denominaba la composición de lugar. Hoy me limitaré a exponer algunas impresiones, sin coherencia entre sí.

Epistolario. Antes de ir a las trincheras habitadas, o sea aquellas que están en la línea de fuego, recorro las trincheras abandonadas y vacías. La meseta del Carso está toda labrada por líneas paralelas de trincheras italianas y austriacas. Son cavones profundos, abiertos en la roca viva. Las trincheras italianas son más esmeradas, más artísticas, de mayor primor en el detalle. Hay una razón simplicísima que explica este fenómeno, y es que los italianos son quienes han conquistado el Carso y arrojado de él a los imperiales; por lo tanto, antes de conquistar las trincheras enemigas hubieron de destruirlas, así como las de ellos permanecen incólumes. Cuando, dentro de varios siglos, venga un viajero melancólico a pasear su tristeza sobre el Carso hostil y desolado, esta organización de trincheras subsistirá aún. Es probable que el viajero piense: «¡Qué insensatos eran los hombres de comienzos del xx!» Pero no dejará de admirar la energía italiana de estos nuestros tiempos, que ha logrado abrir huella para siglos por venir. El destino de Roma y de sus descendientes parece ser el

consumar obras para la eternidad. En España perduran las obras de los romanos. Las trincheras del Carso me han hecho pensar en las minas romanas de oro, en el Bierzo, conocidas por las Médulas, minas que parecen abiertas anteayer.

Estas trincheras, aunque vacías de hombres corporales, sin embargo están saturadas de humanidad, porque están saturadas de dolor, que es la última saturación de lo humano. El suelo de las trincheras se halla sembrado de menudos objetos que influyeron algún día sobre el destino y la personalidad de un hombre y que estuvieron unidos a él por vínculo tan recio como el de la cadena con la mano diestra del presidiario. Son piezas de la indumentaria, son trozos de armamento destruído, son escudillas, donde el rancho llegó a saber, en alguna ocasión, mejor que la ambrosía de los dioses; son cantimploras de agua, en este desierto sin agua del Carso, son botellas de aguardiente con que sobreponerse al desfallecimiento. Cada uno de estos objetos me afecta con una insinuación conmovedora y evocadora. Pero, sobre todo, las cartas y tarjetas familiares con que he tropezado aquí y acullá, manchadas de barro rojo, mas no a tal punto que impida descifrar los caracteres. Unas están escritas en tcheco, otras en esloveno, cuáles en rumano, algunas en alemán. Entre estas últimas hay un pequeño mazo, sujeto con una cinta azul desteñida. Están firmadas por «Tu amorosa Elsa». Hablan de los bosques nativos, de los cielos cenicientos, de los rebaños de vacas y de los zuecos tallados a cuchillo. Luis era el nombre de quien recibía este epistolario. Desde la mirilla de su trinchera Luis vería la campiña italiana, las vides claras, los cipreses oscuros y el cielo azul. Todo le parecería triste, pensando en su país lluvioso, en su Elsa y en sus zuecos. Y un día le sorprendió la muerte.

La nación en armas.

Este es un aspecto nuevo de la sociedad, y justo es decir que le inventaron los alemanes. Un hecho. Os he contado mi primera excursión dentro de la zona de guerra. Fué en Aquileia. Al salir de la basílica me presentaron a un gigantesco capitán. Omití en mi narración este pormenor porque entonces no venía a cuento. Observé en el capitán cierta expresión beatífica, de mansedumbre y dulcedumbre, perfectamente incompatible con el Arma de caballería. Luego me enteré de que el capitán era un digno sacerdote, que está movilizado y y agregado al ejército, como todos los sacerdotos italianos en edad de tomar las armas. Otro hecho. La primera vez que he intentado ofrecer una propina al *chauffeur* que conducía nuestro automóvil, él la rechazó con dignidad. Era un doctor en Química. La segunda vez resultó ser el hijo de un ministro. Ahora me abstengo de ofrecer propinas. Ultimo hecho, por ahora. El teniente que nos acompaña en el Carso era profesor de Griego en la Universidad de Pisa. Es preciso admitir que esta abnegación espartana y comunidad bélica es una cosa hermosa de la guerra moderna, en compensación de tantas cosas horribles.

El cañón.

Respecto al cañón, no he decidido aún si pertenece a la categoría de las cosas hermosas o de las cosas horribles. Enunciaré las sucesivas gradaciones de la voz del cañón, tal como yo la he oído. En el Cuartel general y en Aquileia, comencé por oírlo velado y a la sordina, como tronada distante. No negaré que me produjo cierto estremecimiento de satisfacción y entusiasmo. Después asistí al disparo de un cañón italiano. Se trataba de individualizar trigonométricamente el blanco sobre un punto vital de la línea enemiga, que había denunciado pocas horas antes un desertor austriaco. El oficial me

había designado el punto, que yo tenía enfocado de hito en hito con mis prismáticos. A los cuatro disparos el proyectil caía matemáticamente a plomo sobre el objetivo propuesto. Absorbido en el interés de la puntería, apenas si paré atención en el ruido que hacía la pieza. Recuerdo un tableteo repetido y seco entre las montañas, como si un cíclope, selvático espectador, aplaudiese la pericia de los artilleros italianos. Terminada la operación, fuimos a tomar el té con varios oficiales, en una barraca de campo. Como los austriacos son tan cumplidos, no había pasado un cuarto de hora cuando respondían cumplidamente a los disparos italianos. El estallido de los proyectiles se oía muy cerca de la barraca o, por lo menos, a mí se me figuró así. Nadie concedió importancia al suceso, en términos que yo llegué a dudar si eran de verdad granadas u otra detonación inocua. Pregunté a un oficial, el cual me respondió que, en efecto, eran granadas. Pero como nadie se había inmutado ni prevenido contra un peligro posible, y, por otra parte, el té, las tostadas y la mermelada continuaban no menos gustosas que antes, como si nada hubiera pasado, yo había decidido provisionalmente que el cañón no tiene importancia, y que tan rara es la desgracia de que el disparo le toque a uno como rara es la suerte de que le toque a uno el premio gordo de la lotería. En estos momentos estoy oyendo el cañón desde la meseta del Carso. Los disparos menudean bastante, pero caen muy a lo lejos. A pesar de la lontananza del bombardeo, mi sistema comparado del cañón y la lotería deja de parecerme evidente. Reparándolo bien, la lotería ha hecho muy pocas docenas de ricos y acaso a ninguno feliz, en tanto el cañón ha hecho millones de muertos y desdichados. Ante esta desproporción, en que se patentiza una injusticia trascendental, la razón se ve compelida a admitir que aquellos millones

de hermanos nuestros sacrificados por el azar ciego, aquellas almas arrancadas por sorpresa de la carne moza y sensitiva, han de recibir en alguna parte reparación gozosa y gloriosa. Si ello fuera así, el cañón, a la vez que arroja bombas sobre la tierra, dispara almas hasta el cielo. Consecuentemente, no consigo determinar todavía si el cañón pertenece a la categoría de las cosas hermosas o de las cosas horribles. Por lo pronto, ignoro la emoción que provoca cuando le alude a uno directamente.





L ESPÍRITU italiano es singularmente lúcido. Esta lucidez, que acaso le viene de tradición o quizás es hija del ambiente, se patentiza en todo; pero con mayor ostentación en el lenguaje y en la arquitectura. Cualquiera edificio italiano, sea de la Campagna, de la Toscana o del Véneto, está desarrollado lógicamente como un párrafo gramatical, y es claro e inteligible de primera intención. A su vez, un párrafo italiano, sea de Machiavelo o de Mazzini, se recorta con silueta depurada y graciosa, y parece obedecer a la leyes mecánicas de la gravitación y del equilibrio, como un monumento arquitectónico. La belleza del idioma italiano, como la de su arquitectura, reside en la lucidez, en el método, en la simplicidad lógica. El Estado Mayor del Ejército italiano me va mostrando poco a poco la guerra con aquella misma lucidez, método y lógica simplicidad. Cada visión que se me ofrece se asienta sobre las anteriores, complementándolas y unificándolas, como el arco sobre las columnas.

Después de haber recibido la impresión de las trincheras vacías y desoladas, ahora las voy a ver en su función propia, repletas de soldados y bullentes de vida.

Hoy voy en compañía de Guillermo Ferrero, el famoso historiador del Imperio romano, y de Juan Cena, director de *La Nuova Antologia*. Nos dirigimos hacia las trincheras de primera línea, allá en los bordes extremos del Carso. El camino de acceso es una calleja profunda,

en zig-zag, abierta en roca viva por la ladera de un collado. A lo largo de una de las paredes corren en pentágrama las líneas telegráficas y telefónicas. Por el suelo van algunas cañerías de agua potable. El Carso es una comarca árida, sin gota de agua; pero la administración militar italiana ha provisto en esta necesidad. Actualmente los soldados disfrutan de agua saludable y copiosa. En ciertos parajes a cubierto de la mira enemiga, el camino sale a flor de tierra. Algunos soldados pasean distraídos al aire libre. Uno apacienta una mula, de la hierba rala que crece entre pedruscos. Otro adereza una tumba con una cruz de palo y un casco grisazuloso al pie de la cruz. Menudean las covachas y garitas levantadas con saquitos de tela cruda, llenos de tierra y de grava menuda. Son refugios contra la artillería adversaria, la cual, en días de combates, descarga sobre la retaguardia por interrumpir las comunicaciones. Volvemos a sumirnos en el camino socavado, y desembocamos en las trincheras de segunda línea. Aquí comienza una verdadera urbe, hundida en el suelo y que no sobresale de la superficie sino en ligeros crestones levantados con saquitos, simétricamente alineados. El camino es como el pasillo de un convento, con puertas en abertal a entrambos lados. Las viviendas, más que habitaciones, son cavernas saturadas de sombra, de donde emerge tal cual vez el extremo de un camastro y unas piernas dobladas en ángulo recto por la corva y calzadas de zapatones claveteados, las cuales pertenecen a un soldado que duerme. No es raro oír ocasionalmente algún ronquido. Ahora el camino se ensancha a modo de plazoleta, tan mezquina como se quiera, pero que adquiere no menor decoro, majestad y trascendencia en esta urbe soterrada que la plaza de la Opera, en París. Aquí, y en otras plazoletas como ésta, radican los grandes establecimientos de la localidad: la farmacia, un puesto de

telégrafos, otro de correos, un almacén de víveres, acaso un puesto de periódicos.

La circulación es extremada. Todas las callecitas están abarrotadas de soldados, a tal punto, que han de arrimarse a las paredes para que nosotros pasemos. Por primera vez veo un herido. Es un mozo como de veintidós años. Trae la cabeza vendada. A la altura de la frente destaca una mancha brillante y carmínea, de la forma y tamaño de una peseta. La lesión ha sido inferida por una bala de shraphnell. El mozo sonríe dulcemente, yo casi diría que orgullosamente, y marcha por su propio pie, rehusando la ayuda de dos soldados que quieren tomarle de los brazos.

En cuanto al aspecto, todos los soldados que veo pueden agruparse en dos tipos, el bisoño y el veterano. El del soldado que anda alrededor de los veinticinco años y el que está alrededor de los treinta y cinco. El primero, de rostro afeitado y muy cuidadoso del vestir; un tipo epiceno entre el romano clásico y el anglosajón actual. El segundo, de bigotes enhiestos y perilla partida como cola de pez, cabello rojizo o sobremanera negro, aire un tanto feroz y la traza cuidadosamente descuidada, dando a entender que está baqueteado en muchas campañas. Se adivina que los soldados de este último tipo conservan el concepto romántico de la guerra y el recuerdo de la tradición garibaldina. Pertenezcan a uno u otro tipo, la mayor parte de los soldados llevan grandes pulseras de cobre, sortijas de latón y otras buhonerías y amuletos. Es curioso que cuando, al paso, el oficial acaricia a uno de estos soldados de pergenio romántico, el soldado delata su enternecimiento con una sonrisa infantil y entusiasta, que hace pensar en los viejos granaderos de Napoleón.

Antes de alcanzar las trincheras de primera línea debemos atravesar al sesgo una posición que fué escena-

rio de obstinadas luchas, no hace más de un mes. El terreno está aún convulso, crispado, revuelto en montones promiscuos de piedra, hierro y restos humanos. En el vértice de uno de estos montículos se alza, como puesta allí aposta, una calavera amarilla. Se percibe un olor específicamente distinto del de las trincheras. Aquél era el olor característico, y a la larga nauseabundo, de humanidad acumulada en angosto recinto. Este es un olor que no se sabe si es grato o ingrato. Por lo pronto, es un olor picante, penetrante y estimulante. Ferrero exclama: «Es olor a terremoto.» Cena corrobora esta observación y refiere la extraña sensación que experimentó pocos días después del terremoto de Messina, andando toda una noche de luna, entre este peculiar olor de terremoto y el olor a azahar de innumerables naranjos florecidos. En efecto, los gases sulfúricos y de éter del cadáver, que lentamente se consumen en el aire puro, engendran cierto olor alcohólico y embriagante. Quizás esto explique cierto linaje de voluptuosidad bélico-macabra de los soldados que asaltan una trinchera, con obstinación de días y de meses, sin rendirse ante el horror continuo de la muerte y de la descomposición orgánica.

Penetramos en las trincheras de primera línea. Aquí los soldados están esparcidos y en menor número. Hablan y chancean; pero en voz baja. A largos trechos un escucha escudriña, detrás de la tronera, la línea enemiga. Nos asomamos a una de las trincheras. Se ven las alambradas italianas y las austriacas, de color ferruginoso, como un seto de helechos y matas quemadas. Más allá, como a cosa de cincuenta metros, la trinchera austriaca. Parece que la tierra está despoblada en saliendo de nuestra trinchera. Reina una paz profunda, un silencio de Naturaleza, interrumpido algún instante por el ruido de una granada que cruza a gran altura sobre las

trincheras. El ruido de las granadas es semejante al rumor de un tranvía veloz, que recorre alguna calle extraviada y solitaria de una gran ciudad.

Hablamos un rato con los soldados. Algunos tienen en la mano un papel impreso con advertimientos para la vida de trinchera. Estos consejos han sido traducidos del inglés. He aquí algunos: «No sirvas de blanco estúpidamente. La bravata no merece premio. Dentro de la trinchera sé astuto como vulpeja. Fuera, serpiente y león. No olvides tus oraciones. La trinchera es el más hermoso altar de la patria. Amarás y cuidarás tu trinchera; pero recuerda que, para avanzar, debes abandonarla. En la trinchera, dos cosas a mano: fusil y cartuchos; dos cosas mudas: lengua y nervios; dos cosas fuertes: mente y corazón. La victoria no está en tu trinchera, sino en la del adversario, y allí la has de ganar, cueste lo que cueste.»

Hablando con estos soldados y observándolos, he creído dar con la característica psicológica y física a que conduce la vida de trinchera. La primera es la extraordinaria adaptación del alma humana al riesgo inminente, hasta afrontarlo sin sobresalto y en un estado normal de conciencia. Esta normalidad del peligro inminente determina en lo físico una extremada alacridad y sutilidad de los sentidos de la vista y del oído. El soldado que desde la tronera me mostraba el terreno, veía pormenores y matices que yo no alcanzaba a diferenciar ni siquiera con los gemelos. El soldado define todos los ruidos y los localiza al punto. Distingue el disparo del fusil austriaco del disparo del fusil italiano, el calibre de las granadas por su zumbido, de qué distancia vienen y adónde van a caer. Sobre poco más o menos, el hombre de las trincheras se halla en el mismo estado de ánimo y de educación de los sentidos que el hombre de las cavernas, para el cual, en saliendo de su abrigo, no había en

la Naturaleza sino un vértigo de agentes misteriosos, todos ellos hostiles. Tal es la enormidad y complejidad de esta guerra, que no sólo abarca en mayor o menor medida el mundo todo y la integridad de nuestro planeta en mares, tierra y cielos, sino que también absorbe la totalidad de los tiempos, y junto con la génesis del futuro remoto, nos trae ante los ojos, como cosa presente, las lontananzas de la protohistoria humana.

Cuando descendemos de las trincheras cae la tarde. Durante el día suele haber calma en las trincheras. La lucha habitual de trinchera a trinchera se desencadena a la noche. El *Angelus* vespertino de las trincheras no lo tañe el bronce de las campanas, sino el bronce de los cañones. Y ahora comienza a sonar, allá lejos, el *Angelus* de las trincheras. El *Angelus* vespertino es siempre triste. Nunca ha sonado para mí tan triste como ahora. ¡Señor de la Justicia, no retrases el castigo y el premio! ¡Señor de la Misericordia, ten piedad de los hombres!





NTES QUE ITALIA entrase a participar en la gran guerra, Monfalcone era una ciudad austriaca. En la simple enunciación prosódica del nombre de esta ciudad hay un secreto que se desvela, así como en los conjuros de Oriente una palabra obra sobre las fuerzas oscuras de la Naturaleza y las reduce a sumisión. El secreto que descorre su velo, cuando se pronuncia el nombre de Monfalcone, es, ciertamente, un secreto a voces; un secreto que no era tal secreto sino para los germanos y para algunos españoles germanizantes, los cuales no acertaban a explicarse cómo Italia había colocado la pesadumbre de su espada en el platillo de los aliados. El secreto se refiere, en suma, al por qué Italia declaró la guerra a Austria. Y este secreto nos penetra vivamente el espíritu cuando el nombre de Monfalcone suena en nuestros oídos. No se concibe absurdo ni detentación mayores que el hecho de que Monfalcone fuese una ciudad sojuzgada por el Austria. Así como la rosa, según observó un poeta, no podría llamarse de ninguna otra manera sino como se llama, así también Monfalcone no puede ser sino el nombre italiano de una ciudad italiana. Y como quiera que había otras muchas ciudades italianas, de claro nombre italiano y de corazón italiano, que se hallaban arbitrariamente retenidas bajo la soberanía austriaca, y Austria no parecía muy inclinada a restituirlas de grado, Italia hubo de imponer su derecho por la fuerza de las armas.

Las tropas italianas entraron en Monfalcone a los dos

días de la ruptura de hostilidades; pero la ciudad se hallaba todavía al alcance de los cañones de grueso calibre enemigos. Monfalcone se les ha escapado de la mano a los austriacos para siempre. Lo cual redobla su furor. En la corta medida que consiente la distancia a que están, los cañones austriacos se obstinan en acabar con Monfalcone, y sobre él descargan a diario, metódicamente, unas cuantas granadas. El bombardeo de Monfalcone por los austriacos no tiene ningún carácter ni objetivo militar. No se trata de una plaza fuerte sitiada ni de una población a la cual se pretende inducir por el terror a demandar la paz. Como se supone, Monfalcone está provisoriamente deshabitado. Se trata, por lo tanto, de hacer daño por el placer de hacer daño, de una funesta y desesperada delectación, de una cólera plebeya. No se dijera sino que los austriacos anhelan arrasar al nivel del suelo a Monfalcone y demás ciudades liberadas por los italianos, como un famoso antepasado suyo, Federico Barbarroja, hizo con Milán. Uno de los Escipiones pasó a la posteridad con el sobrenombre vilipendioso de «destructor de ciudades», por haber concluído con Numancia. Verdad que cuando se le dió este sobrenombre no habían emergido todavía los pueblos germánicos a la luz de la Historia. Dejemos estas consideraciones para ocasión más reposada.

Después de haber recorrido las calles de Monfalcone, bajo el cielo asoleado y caricioso de las postrimerías del estío, nos dirigimos en automóvil a un lugar denominado «La Nave». Ignoro la naturaleza del lugar y cuál sea el motivo de esta denominación. Sólo sé que está en la orilla del mar Adriático y que desde allí se ofrece un hermoso panorama. Imagino que «La Nave» será algún cabo o pequeño promontorio avanzado sobre las aguas a modo de navío y que por similitud le viene de tradición el nombre que lleva.

Se deja oír en veces la voz del cañón, que incurre hoy, con particular impertinencia, en el feo vicio de las alusiones personales, lo cual no disimulo que me produce viva inquietud, pues yo juraría que me alude a mí directamente, por donde llego a la convicción clarividente de que es mucho más probable que le toque un gordo al que juega a la guerra que un pequeño al que juega a la lotería. Por disipar mis inquietudes me aplico a pensar en esa bella denominación de «La Nave», fecunda en evocaciones y título de una tragedia d'annunziana.

En una revuelta del camino, alzándose con gentil osadía sobre una llanura de color verde-cinabrio, que no se sabe si es pradera o es laguna, o es ambas cosas a la vez, marisma poblada de juncos, se nos aparece «La Nave». Es una mole de ocre rojo, como las velas de las barcas vénetas, y su perfil el de un buque moderno. Desde aquella vibrante masa roja, sobre la masa verde de la marisma y bajo la masa azul del cielo, se recibe a la manera de una ansiedad de energía, de aventura y de amor a la diversidad. Se penetra confusamente, emotivamente, en el sentido de aquella frase del poeta latino, que adoptó como propia el poeta italiano: «Es necesario navegar. No es necesario vivir. Navegar es vivir.» No se dijera sino que la mole roja — colina, peñón o la que sea — ansía desgajarse del azul y el verde que arriba y abajo le aprisionan, y huir, flotando a merced de los mares, para recorrer y dominar el mundo. En otra revuelta del camino pierdo de vista «La Nave», y después de pocos minutos de marcha nos detenemos a la entrada de un establecimiento, que era astillero austriaco de Monfalcone, antes de la ocupación italiana. Penetramos en él. Atravesamos varias dependencias. Luego un gran cobertizo con el techo de cinc, agujereado de balas, como una espumadera. Reconozco que la metáfora no es muy elevada, sobre todo tratándose de una techumbre; pero

es la comparación que me ha venido a los sentidos, y prefiero ser exacto a ser elevado. Salimos después a una explanada, y henos aquí al pie de la nave, una nave de verdad y no por similitud; un trasatlántico de unas 16.000 toneladas, que estaba ya dispuesto para la botadura el día que los italianos penetraron triunfales en Monfalcone. Alineados con el trasatlántico hay una serie de diques secos, con buques en diversas etapas de construcción, entre ellos un torpedero. Algunos no tienen más que la quilla y las cuadernas, y se dibujan en el aire como la raspa monda de un pez gigantesco. A nuestro lado está el Adriático, sumiso y cándido, blanco y opaco, como miga de pan, ahora que el cielo se ha nublado. Del lado de allá del Adriático, tan cercano que se le toca y acaricia con los ojos, se erige Duino, encastillado sobre la giba de una península pardusca y verdosa. Y más allá la costa de Trieste, al modo de lámina sutil y acerada, como hoja de cuchillo, que corta una porción en la blancura del pan eucarístico, esto es, el blanco Adriático.

Deseo que no veáis en las anteriores imágenes un vano ejercicio retórico. La realidad sensible de las cosas me las ha sugerido. Pero dentro de la expresión sensible se guarece el sentido profundo de la realidad. Aquí, en el vértice del mar Adriático, se muestra palmariamente el sentido de las históricas vejaciones austriacas sobre Italia y la razón profunda de esta guerra. No son sólo los campos de trigo los que dan el pan a una nación. El mar amargo es también pan, como los trigales.

Y este mar Adriático, pan de comunión con el resto de la tierra, es el único mar que Austria tuvo cerca de su mano. Así se explica el absurdo y la detentación pretéritos, que ahora, merced al rigor de las armas, están a punto de ser reparados gloriosamente.



ONFORME PASAN los días, las impresiones que he recibido desde mi llegada al frente italiano, se van ordenando, agrupando lógicamente, como si mi visita hubiera estado trazada de antemano, conforme a un plan metódico y perfecto. Todas las maravillas de *La Divina Comedia*, del Dante, se hubieran malogrado, o cuando menos hubieran perdido parte de su vigor, de no haber estado ordenadas y agrupadas en términos lógicos, dentro de la unidad del poema. Virgilio, guía del poeta florentino a través de los horrores infernales, no es mejor guía que el oficial italiano que me acompaña a mí, a través del infierno de la guerra. Vista la guerra sin la dirección de un guía sapiente, presumo que se aparecerá como un cataclismo caótico, anunciador del Apocalipsis. Bajo la tutela de un Virgilio moderno, la guerra es un poema en carne viva, más inteligible y grandioso que todos los poemas cristalizados en letra muerta.

Deseo recapitular las estancias poemáticas tal como se me han ido presentando. Lo primero, el exordio, la sonoridad inicial de la *retrovía*, en donde se advierte que la guerra no es solamente el choque armado y sanguinoso, sino que ante todo es disposición del ánimo, preparación compleja, concentración de todas las formas de actividad civil, organización la más esmerada de los servicios nacionales, creación de nuevos órganos de relación y ejercicio máximo de los ya existentes. En suma: la guerra, que en principio parece ruptura de la

ciudadanía y estancamiento momentáneo de las artes pacíficas, es, por el contrario, la exaltación más intensa de aquélla y el estímulo más vehemente de éstas. Lo cual no significa, dicho sea de paso, que von Bernhardi esté en lo cierto al defender la guerra por sistema. Luego de haber sido iniciado en el círculo periférico de la guerra, era menester renunciar a ciertos prejuicios sobre la guerra novelesca y tal como uno se la figura de lejos. Recibí entonces la intuición de que un ejército eficaz y a la postre victorioso, debe ser un organismo espiritual, por lo tanto, elástico y libre, con un margen de error, esto es, susceptible de enmienda, y no, como quieren los tudescos, un mecanismo pasivo, rígido, preciso e infalible, o, lo que es lo mismo, que en errando una vez ha errado ya para siempre.

Luego he visto los vestigios de un año de lucha constante, las trincheras conquistadas y ya vacías, el escenario de la guerra, testigo mudo del esfuerzo realizado. De donde pasé a las trincheras actuales, al esfuerzo presente. Al llegar a este punto surge involuntariamente dentro de la mente la idea de que todo esto es monstruoso, insensato, abominable, la convicción de que la guerra no tiene ningún sentido humano, y dentro del corazón se levanta hacia la divinidad la plegaria de justicia y de piedad para los hombres ciegos. Pero entonces, Virgilio moderno me conduce a Monfalcone, al vertice del Adriático, desde donde se divisan las tierras italianas irredentas. Y el sentido fatal de la guerra se aparece como una divinidad inexorable qne exige su holocausto de víctimas propiciatorias. Austria no quiere vivir sin una salida al mar. Italia no debe vivir sin haber logrado la integridad de su sacro territorio, hasta las fronteras justas que ya señaló Dante hace siete siglos. Y ahora comprendo que las muestras esforzadas por parte de Italia, de que hasta ahora he sido testigo,

no bastan. Y como si mi Virgilio, mi guía, adivinase mis pensamientos, me lleva a una parte en donde yo dé testimonio de un esfuerzo todavía mayor: a San Martino del Carso y el monte San Michele. Subimos una ladera, revestida por un bosque de robles y más arriba un bosque de pinos. Los árboles, desmochados, mutilados, abrasados, son de color óxido de hierro. El lugar se llama Castello Nuovo. Estos bosques pertenecían al parque de la «villa» de Hohenllohe, gobernador del Estado de Trieste, en tiempo de los austriacos. En una clara del parque, entre jardines asolados, yacen las ruinas de la vivienda.

En lo alto del repecho, dejado atrás el bosque, hay una meseta desnuda, pedregosa, gris. Descendemos una pequeña barranca, hendida a cada quince metros por líneas sinuosas de antiguas trincheras. Seguimos por un ribazo monte arriba. En un repecho está San Martino, totalmente desmoronado. Sólo queda, en el centro de lo que fué plaza, una alberca enorme con agua verde, espesa, pútrida. Las calles están alfombradas con capotes austriacos e italianos, raídos, embadurnados de fango, empapados en agua de lluvia, hechos una pasta, en donde se empotran los duros quistes de los botones metálicos. En torno a San Martino hay un laberinto de trincheras que los soldados italianos bautizaron con el nombre de «groviglio», el ovillo. El pueblo está asentado en la raíz misma del monte San Michele. He dicho de las primeras zonas que vi en el Carso que no había palmo de terreno sin un pedazo de metralla. En San Michele el terreno ha desaparecido bajo una capa de cadáveres, y los cadáveres bajo un aluvión de metralla.

Esparcidos por el monte, bajo el sol de prima tarde, se ven unos hombres inclinados hacia el suelo, como respigadores después de la siega. Otros descienden por la vertiente, con abrumadores sacos al hombro. Los pri-

meros recogen cartuchos de fusil austriacos; los otros vuelven con la recolección.

La ascensión por el monte es fatigosa e insegura. No se sabe dónde pisar que el piso no sea movedizo. Algunas veces, y esto es lo peor, el suelo cede bajo la planta y se oye un susurro como de esponja oprimida o de tierra pantanosa. Es que ha pisado uno sobre un cuerpo humano, apenas disimulado bajo una superficie de pedrezuelas, fragmentos de ferralla y terrones deshechos. Después de haber padecido repetidas veces esta enojosísima experiencia, no aventuro el pie sin saber en dónde voy a pisar. Con los ojos clavados en el suelo estudio la naturaleza del terreno. Los cadáveres, a medio enterrar, delatan su forma y volumen, bajo la superficie. Los zapatos salen casi siempre al aire. Hay también miembros sueltos, resecos y momificados. Uno de los respigadores de cartuchos me dice que, si deseo ver cadáveres, más arriba los hay a centenares, no habiendo tenido todavía tiempo de enterrarlos. Renuncio al espectáculo.

El monte, regado de cal viva, relumbra al sol. Hay sinnúmero de banderitas amarillas. Pregunto qué cosa dan a entender estas banderitas. Me responden que señalan proyectiles que no han estallado.

En este monte San Michele, que hace un mes aun era austriaco, pienso que se han consumido muchos millares de vidas humanas, entre ambos ejércitos combatientes.

Desde que recorro estos parajes del San Michele, me va colmando el alma una emoción que no acierto a exponer. De pronto, tropiezo con un montoncito de costillas humanas, tan endebles, tan pequeñuelas, tan limpias y blancas... Y aquella emoción inefable da al cabo con su expresión. Parece increíble que el corazón del hombre sea tan grande y que una cosa tan grande no esté resguardada sino por estos huesecillos insignificantes y quebradizos.



ESPUÉS DE haber sido testigo del esfuerzo, en sus grados sucesivos, se interroga uno acerca de lo que cuesta y de lo que vale, de lo que se ha perdido y de lo que se ha ganado mediante él. Vamos a ver hoy lo que cuesta. De esta manera, el plan sigue desarrollándose lógicamente.

Ya se sabe que el esfuerzo bélico se paga en sangre, y lo que en él se pierde son vidas humanas. No pretendo aquí trazar un cómputo de lo que le cuesta a Italia la guerra, cotizándolo en sangre de sus hijos. Ignoro el número de bajas que ha padecido el ejército italiano. Tampoco he procurado averiguarlo. No quiero reducir la sangre a guarismos. Me conformo con recibir la emoción de la sangre derramada, con ver la sangre fresca. Así como todas las cualidades de una vendimia se contienen en un solo vaso de vino, así todas las virtudes de abnegación y heroísmo de un pueblo se hallan virtualmente representadas en una sola gota de sangre de uno de sus soldados.

Para ver lo que cuesta el esfuerzo, para ver la sangre, hay que ir a los hospitales.

Lo mismo que en un cataclismo geológico la epidermis áspera de la tierra se desgarra, mostrando ante los ojos de los hombres las profundas y activas entrañas del planeta, así también parece como que el gran sacudimiento de la guerra rasga la superficie de la historia, sacando a la luz sus ocultas leyes, su filosofía, por decirlo así.

Una de estas leyes, que se patentiza claramente en la guerra actual, es la correlación perfecta y necesaria entre la aptitud humana para el bien y la aptitud humana para el mal, en cualquier momento histórico. No hay mal que no traiga aparejado el correctivo de un bien equivalente, ni bien que no encierre la posibilidad de su correspondiente mal. Esta ley es cierta, así aplicada al progreso intelectual y moral como al progreso material y científico. En cuanto al progreso moral y espiritual, es evidente que la adquisición por la conciencia de nuevas maneras de virtud y de verdad supone una mayor susceptibilidad para percibir pecados y errores, negativos de aquellas virtudes y verdades. Los grandes vicios exigen un grado de cultura capaz de engendrar grandes virtudes, y viceversa. En un medio de cultura mediocre, ni la virtud es excelente ni sugestivo el vicio. En cuanto al progreso material y científico, el placer que se acarrea nace mellizo de un dolor semejante. La verdadera esclavitud y pobreza no torturaron a los hombres sino cuando se creó entre ellos el verdadero capitalismo.

De aquí que haya pesimistas y optimistas, según se mire la vida por el lado positivo o por el negativo. Pero, si se examina la vida con seriedad y atención, el resultado es optimista. El pesimista dice: «Cada día hay mayores males.» A lo cual el optimista replica: «Porque hay mayores bienes.» Esta réplica no tiene vuelta de hoja. Habría razón para ser pesimista si el desarrollo del mal y el del bien no fueran correlativos, y el mal aumentase, en tanto el bien disminuía. De la correlatividad del mal respecto del bien, la cual es necesidad lógica antes que realidad efectiva, extrae la conciencia humana su esencia de optimismo, porque arguye la primacía del bien y la naturaleza negativa del mal; esto es: que el mal por sí no existe sino en cuanto ausencia o

privación de un bien. Podrá ser un gran mal para mí el que, por ejemplo, se me extravíen dos duros que tengo en el bolsillo; pero, si yo nunca hubiera gozado este bien de poseer dos duros, claro está que no podría padecer el mal de extraviarlos. Tampoco el dejar de tener dos duros es en todo caso un mal, si los he trocado por algunos objetos útiles que lo valen.

El mal, en su forma abstracta, es la privación del bien. Por si alguno de mis lectores está animado de espíritu contradictorio y polémico, no quiero seguir adelante sin remachar esta afirmación. Se me objetará que hay males positivos y no solamente males negativos. ¿Cuáles son los males positivos?, pregunto. Imaginemos los más acerbos males que aflijen al hombre. Descontemos desde luego el mal de la pobreza, el cual claramente se advierte que es negativo, hasta en su misma designación, ya que pobreza no quiere decir sino privación de riqueza, y huelga añadir que si no hubiera riqueza, esto es, ricos, no habría pobreza ni pobres. Ya se sabe cómo socialistas y comunistas quieren remediar este mal: conservando la riqueza y suprimiendo los ricos. Aparte de que la pobreza no es necesariamente un mal. La pobreza guarda para sus elegidos y aficionados un linaje extraño de voluptuosidad. Hay pobres por gusto, así por gusto virtuoso como por gusto pecaminoso. Pobre por gusto fué el Santo de Asís, y lo fueron y lo son la mayor parte de los individuos profesos en las órdenes religiosas, y algunos filósofos de la antigüedad. Pobres, por gusto de la vida azarosa y picaresca, lo son muchos galopines y mendigos de poblado y vagabundos que andan por los caminos.

¿Qué otros grandes males permanentes acosan al hombre? Buda los redujo a tres: la enfermedad, la vejez y la muerte. ¿Es lícito considerar estos males como males positivos? Cierto que un muerto está positiva-

mente muerto, y un viejo es un viejo, y un enfermo sufre de verdad. Pero...

Comencemos por el último. La muerte es un mal porque es negación de un bien; es negación de la vida. Por extensión, calificamos, a veces, de muertas y vivas a las cosas inorgánicas. Es una muerte y una vida retóricas. Se dice que están muertas, de las rocas, o que es vivo el zumbido del huracán. Pero esta mortandad de las rocas no es un mal para ellas ni para nosotros, porque no estriba en la privación de una vida previa, así como tampoco la sonora viveza del viento es propiamente un bien vital para él ni para nosotros. Vivimos rodeados de cosas muertas que son cosas buenas.

Pasemos a la vejez. ¿Qué cosa más triste y lamentosa que la vejez, tanto para el que ha envejecido como para el que le asiste en su vecindad? ¿Por qué? Comparemos un viejo con un niño de cortos meses. Nada hay tan semejante. Como que a la extrema vejez se le llama vulgarmente segunda infancia. El caduco está preso en su silla. Se le traslada en brazos de un lugar a otro. Lo mismo al niño. Los movimientos del caduco son torpes, inhábiles. Lo mismo los del niño. El caduco tartajea algunas palabras sin sentido, trabajosamente. Ríe sin razón y llora por antojo. Lo mismo el niño. Fisiológicamente, ni el caduco ni el niño pueden valerse. Espiritualmente, entrambos son una conciencia apenas despierta. Entonces, ¿en virtud de qué diferencia irresistible el niño nos place y el caduco nos causa pesadumbre? Cierto que en uno y otro la conciencia está apenas despierta; pero en el niño comienza a despertarse, y en el caduco está a punto de dormirse. Cierto que ni uno ni otro tienen fuerzas con que valerse; pero en el niño comienzan y en el caduco acaban. Cierto que uno y otro carecen de los bienes de juventud, fortaleza y libertad; pero la infancia no es un mal, porque, no habiéndolos

disfrutado todavía, no consideramos que está privada de ellos. Mas la vejez es un mal, por ser privación.

Con la enfermedad ocurre otro tanto. La enfermedad es la pérdida de la salud; un mal negativo. Sin embargo, la enfermedad suele acompañarse de un elemento falazmente positivo: el dolor físico.

Parece que el dolor físico es un mal positivo. El error nace de un extremado e indigno crédito de las apariencias.

Del hecho de negar naturaleza positiva al dolor físico no se deduce que yo le niegue existencia real, lo cual sería ridícula inepcia. Pero no ha faltado quien se la negase, ya desde tiempos alejados en la historia. Modernamente hay una secta pseudo-religiosa, en Boston, denominada *Christian science*, que niega la existencia del dolor físico, preconiza la curación metafísica y repudia toda asistencia medicinal, terapéutica y quirúrgica. Esta curiosa secta fué fundada en 1866 por la señora María Baker G. Eddy, la cual, bajo la agencia sobrenatural de no sé qué peregrinas revelaciones, escribió su famoso libro *Science and Health, with Key to the Scriptures*, que es la biblia y supremo canon de dicha secta. La señora Eddy, sostiene en su libro que «el dolor es una aprensión de la mente. Una cosa que es irreal no puede ejercer funciones de realidad. El dolor es irreal, luego el dolor no duele». Aunque parezca sorprendente, esta secta cuenta con numerosos secuaces, que han erigido en Boston espléndida basílica en honor de la sacerdotisa máxima, la señora Eddy. Si alguno de los secuaces lee estas líneas, me motejará de hombre temerario y zascandil.

El sofisma sobre la naturaleza positiva del dolor físico, toma apoyo en un error de apariencia.

He aquí el sofisma: desde el momento que hay enfermedades anodinas y enfermedades dolorosas, quiere de-

cir que la pérdida de la salud no determina necesariamente el dolor; luego el dolor es distinto de la pérdida de la salud; es positivo, por lo tanto.

Pero la verdad es muy otra. No hay propiamente enfermedades anodinas; esto es, sin dolor. Toda enfermedad produce una sensación de malestar. Y aunque en el uso vulgar se establezca una diferencia entre el malestar y el dolor, la diferencia es cuantitativa, de grado, pero no de cualidad. El malestar es dolor impreciso, indefinido; el dolor es malestar agudo y concentrado en un punto. Los griegos llamaban a la salud *euforia;* esto es, bienestar.

Ahora bien: ¿cuál es lo positivo en la vida del organismo humano; el bienestar o el malestar? Epicuro juzgaba que lo positivo era el malestar. En su dictamen, el placer no existía por sí, sino en cuanto ausencia del dolor; ni el bien, sino en cuanto ausencia del mal. Por donde, según aquel filósofo, el camino hacia la felicidad es menester abrirlo mutilando necesidades y deseos; esto es, anulando la conciencia del mal positivo, hasta llegar a la *ataraxia* o indiferencia perfecta.

Si el malestar fuera lo positivo y habitual, dejaríamos de percibir el malestar. Padeceríamos malestar sin darnos cuenta de que lo padecíamos. Es ley de la naturaleza humana. Y el malestar sólo es malestar en tanto se tiene conciencia de él. Sinnúmero de bienes y dones faltan al cuerpo humano, los cuales no echamos de menos, porque ni siquiera los concebimos, adaptados, como estamos, a nuestra habitual limitación. Se puede hablar en prosa sin saberlo, como monsieur de Jourdain; pero no se puede sentir mal sin sentirlo. El topo no siente la nostalgia del órgano de la visión.

Recuerdo haber leído en uno de los sermones del P. Fray Alonso de Cabrera, excelente orador sagrado español del siglo XVI, una anécdota clásica que cae muy

a pelo aquí, y si su carácter no es del más exquisito buen gusto, excúseseme en gracia a la fuente de donde la tomo. La mujer de Hierón, tirano de Siracusa, era espejo de todas las virtudes y vivía en cabal ventura con su marido. Sucedió que en una discusión pública, un adversario del «buen tirano», que con este título pasó Hierón a la historia, le echó en cara que le olía el aliento. Hierón se corrió de oírlo. En volviendo a casa, reprendió enojado a su mujer, por no habérselo advertido, y ella, pura y sorprendida, exclamó: «Creí que todos los hombres olían de la misma manera.» No había tenido cerca de los suyos otros labios que los de su marido.

Nuestra vida es como la mujer de Hierón. Si lo positivo y habitual fuera el dolor y el malestar, no nos contrariarían. Pero, afortunadamente, el mal es la negación o privación del bien. Hay un mal de los males, privación del bien de los bienes; la pérdida de la libertad. Esto en abstracto.

En concreto, el mal sobreviene, generalmente, por aplicar un bien relativo a un fin a que no estaba destinado. Esto es lo que sucede con los daños que, en ocasiones, desencadena el progreso científico.

Por ejemplo, en la guerra. El progreso científico aplicado a la guerra, multiplica infinitamente sus horrores. Pero no hay mal que no esté en correlación con un bien anterior, ya que el progreso científico ha antecedido a la guerra. Por otra parte, la aptitud humana para el bien guarda ecuación con la aptitud humana para el mal, en cualquier momento histórico. Si esta ley inmanente no fuera cierta, la guerra europea hubiera concluído con las naciones beligerantes en menos de un año. Contra la eficacia mortífera de la ciencia actual, se levantó la eficacia salutífera de la ciencia actual. Los enemigos de las armas de fuego han sido médicos y cirujanos. Trataremos el tema de la cirugía en el próximo ensayo.



N VIDA DEL DIVINO Maestro no faltaban taumaturgos que deseaban emularle y menospreciarle. Si Jesús poseía la virtud de obrar milagros, también ellos alardeaban de hacerlos. Pero la virtud de Cristo era divina, y sus milagros se enderezaban al bien; en tanto el poder de ellos era diabólico, y sus actos sobrenaturales promovían el mal. No sólo Dios hace milagros: también el diablo. Esto lo han sabido todos los santos; de aquí la zozobra que sufrían ante una revelación o un suceso desusado e inexplicable, antes de averiguar si su origen era la divina gracia o se trataba de una artimaña de Patillas, que así llamaron al enemigo malo algunos santos españoles. San Ignacio de Loyola, que, como todos los santos, se vió muy perseguido por los artilugios y burlas del diablo, llegó a establecer un criterio con que distinguir las maravillas luciferinas de las maravillas celestiales. Eran obras de Dios aquellas que dejaban en pos de sí contentamiento interior y sosiego del ánimo. Eran portentos satánicos aquellos que engendraban inquietud, turbación o desabrimiento en el espíritu.

En la guerra hay portentos satánicos: los cañones del 42, los submarinos, los gases asfixiantes, los líquidos inflamables y, en general, todas las actividades eficaces de destrucción. Y hay portentos que parecen milagros evangélicos, milagros de curación y de caridad: todo lo que concierne a la organización médica y hospitalaria.

En las guerras anteriores, el mayor estrago y cómputo de bajas correspondía a las epidemias. En los innumerables ejércitos beligerantes de la gran guerra actual, han ido apareciendo sucesivamente todas las enfermedades infecciosas. Y, sin embargo, no pasaron a declararse verdaderas pestes y epidemias, gracias a la perfección de la medicina moderna, en cuanto a las medidas de profilaxia y terapéutica.

Si admirables y plenamente satisfactorios han sido los resultados de la medicina en la guerra, en verdad que no han sido menores los de la cirugía, con esta ventaja, acaso sólo superficial y de brillo, en favor de la cirugía, y es que la medicina parece como que se ayuda, adapta y sigue las fuerzas naturales, si bien estimulando su actividad, en tanto la cirugía rectifica, corrige y vence a la misma naturaleza.

Los toreros suelen decir que las cornadas de toro son fulminantemente mortales o, de lo contrario, que no matan, por graves que sean; esto es, que el torero que no muere en la arena se cura de la cornada.

La cirugía ha alcanzado tal primor operatorio, que no hay hipérbole en sostener que el soldado que no muere en el acto de recibir la herida, es casi seguro que se recobra.

Las heridas abdominales se consideraban antes de la guerra como de rarísima curación. Hoy, la mayor parte de los heridos en el vientre, curan.

Juzgo interesante e instructivo resumir una monografía sobre *Los hospitales quirurgicos móviles para heridos abdominales*, escrito por el profesor Baldo Rossi, famoso operador milanés. El profesor Rossi es iniciador y creador de un sistema de hospitales móviles, que funciona con éxito asombroso en la línea de fuego italiana. Veremos de qué manera el profesor Rossi vino en concebir y madurar su empresa.

En todas las naciones, desde el comienzo de la guerra, los servicios sanitarios hubieron de modificarse y perfeccionarse, al compás de la potencialidad ofensiva de los ejércitos, la renovación de los principios tácticos y estratégicos y los diversos caracteres topográficos de los diversos frentes de combate.

Hasta en la misma Alemania, en donde durante cuarenta años, y con meticuloso cuidado, se apercibían todos los servicios militares proporcionados a una guerra colosal, reveláronse, a poco de romperse las hostilidades, sinnúmero de deficiencias, obstáculos y dificultades inesperados. Basta tener en cuenta que, en los doce primeros días de la batalla de Ipres, pasaron por la estación reguladora de Bruselas cien mil heridos, amontonados en trenes de todas clases, con rumbo a Alemania. Puede imaginarse fácilmente que para un tanto por ciento, bastante elevado de estos heridos, las penalidades de una larga jornada fué mortal de necesidad, a falta de un socorro quirúrgico oportuno. En Francia, después de la batalla de la Marne, los servicios sanitarios hubieron de prestar asistencia a ciento doce mil heridos.

Por lo que respecta a los servicios quirúrgicos de primera línea, se esperaba, fundándose en la experiencia de las guerras pasadas y en los progresos recientes de la cura de lesiones violentas, que el uso sistemático de la tintura de yodo y el paquete de medicación urgente que llevan todos los soldados, constituyese, en los más de los casos, un expediente contra complicaciones infecciosas, de suerte que hubiera lugar de retrasar hasta la llegada a los hospitales de segunda línea y a los territoriales, la operación quirúrgica detenida y adecuada.

El estrago de las heridas ocasionadas por la artillería moderna, con su rápida secuela de gangrena gaseosa,

demostró la necesidad de la inmediata intervención quirúrgica y, por lo tanto, la oportunidad de reforzar los servicios sanitarios de primera línea, dándoles autonomía y carácter de cirugía urgente, allí donde no fuera posible efectuar la evacuación con rapidez bastante para enviar en pocas horas al herido hasta hospitales a propósito en donde prestarle completa asistencia.

Aquí se presentaba un inconveniente nada flojo. La misión de los sanitarios en los puestos y hospitalillos avanzados se reduce a evacuar a los heridos hacia los hospitales de retaguardia, a fin de que alcancen lo antes posible los hospitales territoriales.

Nadie que haya visto estos puestos avanzados en los momentos de grandes acciones, imaginará que en ellos se puedan practicar curas que no sean meros paliativos de urgencia absoluta y medicaciones sumarias. Los menesteres quirúrgicos de los sanitarios pasan a segundo término cuando el fin principal es la diligencia, la premura en la evacuación de heridos. Y, sin embargo, hay muchos heridos cuya gravedad no consiente que se les evacue al pronto, so pena de funestas consecuencias. Son especialmente los heridos en las cavidades abdominal, torácica y craneana. Estos heridos daban el percentaje mayor de mortalidad, no tanto por la gravedad especial, cuanto por no ser posible prestarles, a causa de fuerza mayor, socorro quirúrgico acomodado a la entidad de las lesiones.

En cuanto al herido torácico, es opinión unánime que se le debe mantener en inmovilidad rigurosa, opéresele desde luego o no.

En las heridas craneanas es necesaria la extracción de cuerpos extraños, seguida de inmovilidad.

La cuestión más controvertida referíase a las heridas penetrantes del abdomen.

En los comienzos de la guerra dominaba la persuasión

de que, en campaña, los heridos abdominales, más que con un tratamiento quirúrgico inmediato, como está indicado en la práctica civil, la esperanza de salvación debía buscarse mediante la quietud completa del cuerpo y del intestino, obtenida por el ayuno y la administración de opiáceos. Aun cuando este tratamiento abstencionista está en contradicción con la práctica quirúrgica habitual, aducíase como argumento las condiciones particularmente desfavorables de la cirugía de guerra y la enorme afluencia de heridos en los hospitales avanzados, durante las acciones, que obliga a los sanitarios a un trabajo tumultuoso e imperfecto. Por donde se hubo de afirmar la superioridad del tratamiento médico sobre la intervención quirúrgica. Tal era el estado de la cuestión en los comienzos de la guerra.

Pero a poco se observó que, cuando las lesiones eran muy penetrantes, con perforaciones múltiples de las grandes asas del intestino, los heridos morían a consecuencia de la peritonitis séptica. Observóse asimismo que gran parte de las heridas de proyectil de cañón producen en el intestino lesiones irregulares e irreparables sin la intervención quirúrgica. Hiciéronse estadísticas escrupulosas, parongonando los resultados de ambos procedimientos: el médico y el quirúrgico. De las estadísticas comparadas por el doctor Abadie, de la Sociedad de Cirugía de París, resulta:

1.° Que los heridos que sin necesidad de laparatomía (operación en el intestino) hubieran curado ciertamente de sus lesiones abdominales por el procedimiento abstencionista, todos curan igualmente después de la operación.

2.° Que los heridos que sin laparatomía quizás hubieran curado, curan casi seguramente después de la laparatomía.

3.° Que los heridos que sin laparatomía hubieran

muerto seguramente, curan, gracias a la laparatomía, en una proporción de 26 por 100.

Dedúcese de todo esto que la curación ideal de las heridas abdominales ocasionadas en la guerra es la laparatomía.

Y surge el verdadero problema. Helo aquí.

La intervención quirúrgica no debe generalizarse a todos los heridos, ni puede practicarse en toda ocasión. En primer lugar, no se debe operar demasiado tarde. A ser posible, ha de hacerse dentro de las seis primeras horas después de la herida, cuando el estado del paciente conserva resistencia orgánica suficiente, y antes que la infección haya intoxicado el organismo. Finalmente, es preciso un establecimiento quirúrgico con medios adecuados a la gravedad de la intervención, y personas competentes en condición de disponer de tiempo bastante para una operación laboriosa y compleja, cual es la laparatomía de lesiones viscerales.

Esto implicaba la creación de unidades sanitarias especializadas para la curación operatoria, en la vecindad de la línea de fuego, de heridos intransportables a causa de la gravedad y urgencia de las lesiones; unidades que por fuerza habían de disfrutar autonomía propia, con independencia del Cuerpo general de Sanidad.

A la solución de este problema acudió el profesor Rossi. con sus hospitales móviles de campaña. La idea, así como el material de construcción y operatorio de estos hospitales, son enteramente italianos.

Cada hospital tiene capacidad para cien heridos. En cuanto al material de ambiente, se componen de: 1.°, una barraca-tienda para sala de operaciones, de 5 × 6 metros de superficie, luz copiosa y todos los requerimientos asépticos, la cual va aneja a, 2.°, una tienda de 5 × 8, dividida en tres compartimientos, para preparación de los operandos, desinfección de los asistentes y esterili-

zación del material quirúrgico; 3.°, tienda para recibir los heridos; 4.°, tienda enfermería, con lechos; 5.°, tienda-almacén y farmacia; 6.°, tienda para personal de tropa; 7.°, tienda para oficiales, partida en diez celdas; 8.°, tienda para enfermeras voluntarias; 9.°, tienda de radiografía; 10, tienda para aislamiento de casos infecciosos.

La iluminación es de bencina, generada en un camión especial. Además de este camión, el hospital dispone, como medios de transporte, de un furgón para la sala operatoria, otros cinco camiones y tres automóviles de turismo.

Todo el hospital es susceptible de ser instalado y puesto a punto de funcionar en seis horas. En cuatro, se desmonta y se carga en los auto-carros.

El personal se compone: de un médico mayor, director (el propio profesor Rossi lo es de uno de los hospitales), seis oficiales médicos, tres aspirantes médicos, un oficial farmacéutico, un oficial de administración, un capellán castrense, diez soldados, enfermeros de profesión, y treinta y ocho soldados, cuatro enfermeras voluntarias y quince conductores y mecánicos.

Los resultados curativos del hospital quirúrgico de urgencia para heridos viscerales, han superado a todos los optimismos. Hasta ahora ha fallecido un 14 por 100 escaso de los operados. Acaso en ningún otro frente de batalla exista una organización que compita en buena organización y eficacia con los hospitales móviles del profesor Rossi.

Visito uno de los hospitales del doctor Rossi. Con sus tiendecillas claras y pulcras, como un campamento, está sentado en la cumbre de una colina. Todo en rededor se eslabonan otras muchas colinas, frondosas y gentiles, con vallecitos de gran dulcedumbre y amenidad entre ellas, y al fondo del horizonte altas montañas de lapis-

lázuli. Aun cuando el día esté empapado de sol, la luz en estos contornos se apaga entre la penumbra que cae de las montañas, y se vuelve tierna, plateada y dulce como contemplada con ojos de convaleciente.

Como la guerra está en un período de calma, hay pocos heridos. Dos de ellos me han producido honda impresión. A uno le han operado ayer de una herida en el vientre, con 16 perforaciones del intestino. Tiene, además, desechas entrambas manos y diversas heridas en la cabeza. Todos estos destrozos han sido causados por una bomba de mano, que el soldado halló sin estallar y que cogió para examinarla. Siento terror restrospectivo, al recordar que la primera bomba de mano que vi me atraía, con su aspecto de juguete infantil e inofensivo, a tomarla en broma y lanzarla a volar con el bastón. El otro herido padece una lesión de la circunvolución frontal en donde reside el centro de asociación del lenguaje, y ha perdido el uso de la palabra. Conserva la inteligencia, pero no puede hablar. Una enfermera, sentada a los pies del lecho, le enseña a balbucir algunos monosílabos y vocablos sencillos, que él repite trabajosamente, como un niño. Esta enfermera y todas las demás pertenecen a la aristocracia milanesa.

He visitado también otro hospital, de Cuerpo de ejército. Es un conjunto de pabellones, edificados en medio de un hermoso jardín. Su capacidad es para 8.000 camas. Hace un año este hospital no existía. Todo ha sido construído de nueva planta, según los últimos adelantos y perfeccionamientos modernos. Como este hospital se han hecho muchos en Italia en lo que va de guerra.

Tampoco en este hospital hay ahora sino unos pocos heridos. En una sala, despejada y luminosa, permanecen aún encamados algunos heridos, de cuando la toma de Gorizia. Uno es un mozo pálido y humildoso, cuyas me-

jillas se tiñen de color rosa cuando le hablamos y parece un frailecico a lo Fra Angélico.

La mayor parte de los heridos convalecen en pie. Como el día es muy templado, pasean al sol por los jardines. Van vestidos con extraños arreos: un largo gorro de crochet, en punta, como un colador; larga chaqueta y abombados calzones, de tela blanca y menudas listas negras; desaforadas babuchas. Van y vienen, cada uno por su lado, abstraídos, sonrientes, llenos de satisfacción interior; pero sin decir palabra. Me figuro que estoy en el patio de un manicomio o de un asilo de locos joviales. Después de examinarlos por unos instantes, más que locos se me antojan presidiarios en vísperas de cumplimiento de condena. Y se me ocurre un dilema: cuál sea peor, si el hospital o el presidio. El presidiario, probablemente, pensará que es preferible el hospital y la muerte. El enfermo grave en un hospital pensará que es preferible el presidio. A cada cual le parece lo peor lo suyo, si bien lo uno y lo otro, aunque con apariencia distinta, es, en el fondo, una misma desgracia: la pérdida de libertad. Y la pérdida de libertad sólo es llevadera cuando se ha perdido por ganarla. Por eso estos enfermos sonríen.





YER SE NOS aparecía, incorporado en carne doliente, el costo de la victoria. Ya que sabemos lo que cuesta, vamos a ver ahora lo que vale; tras de sentir lo que se pierde, busquemos gozosa compensación en lo que se ha ganado. La ganancia puede ser de dos maneras: ganancia de índole moral y ganancia material. La primera es imponderable y de sutilísima esencia. Consiste en un mejoramiento del espíritu. La segunda es tangible y palmaria. Consiste en un acrecentamiento de la hacienda, de la propiedad, de los bienes de fortuna. Claro está que con sólo conocer el costo de las cosas, su precio traducido en sacrificios, se conoce, al propio tiempo, su valor moral, la ganancia o mejoramiento del espíritu que el sacrificio ha traído consigo aparejado. Cuando yo ayer describía, con rasgos meramente externos y sin poner de mi parte comentario, aquellos dos heridos convalecientes, cada cual en su fondo adecuado, como por secreto designio de la Providencia, el uno afásico, privado del don de la expresión oral, como un niño, por fondo el escenario candoroso del vallecico alpino, y el otro, exangüe, místico y dulce, en la blancura unánime del vasto aposento hospitalario, pensé que el lector, sin que yo se lo insinuase, echaría de ver el valor simbólico de entrambas figuras. Eran las víctimas inocentes y propiciatorias que siempre han placido a los dioses. Eran del grupo de aquellos heridos que, de vuelta del campo de batalla, acostados en las ambulancias de la Cruz Roja, conservaban todavía fuerzas para levantar

la cortinilla del camión y alientos para gritar a los que pasaban por los caminos: «Hemos tomado Gorizia.» Habían recibido la más religiosa y perfecta de las purificaciones: la del fuego. Uno se había convertido en un niño; otro, en un santo. Sin duda las naciones todas, como estos dos heridos, volverán, después del escarmiento expiatorio de la guerra, a un estado de espíritu más infantil y más santo, y aprenderán a expresarse en un nuevo lenguaje, claro y humilde, del cual estén desterradas todas las frases vacías o mentirosas. De esta suerte, el grave costo de la guerra entraña necesariamente el propio premio moral. Pero en estos momentos no es mi propósito divagar sobre la ganancia moral e imponderable, sino sobre la ganancia material y tangible.

Dentro de la nada escasa porción de terreno que el ejército italiano ha redimido de la detentación austriaca, la conquista de mayor monta es la de Gorizia, perla del Isonzo, Niza del Carso, fortaleza inexpugnable; que con estos apelativos y algunos más era celebrada esta ciudad. Vamos, pues, a visitar Gorizia.

La impresiones e incidentes del camino son los acostumbrados. Primero atravesamos varios pueblecillos, tomados rápidamente, por sorpresa, en el avance inicial de la ofensiva italiana, y que no han padecido el desastre del bombardeo. La estructura arquitectónica de todos estos pueblecillos es típicamente veneciana y medioeval. En todos ellos abundan las casonas, trasunto aproximado de palacios patricios, con portadas en mármol labrado y ventanales como ajimeces, de estilo gótico, mestizo en clásico, y ornamentos y reminiscencias orientales. Todos ellos tienen su plaza veneciana, con soportales; su campanario independiente, a la veneciana; su gonfalón gigantesco, en el medio de la plaza. Todos llevan nombres italianos. La población es toda de raza y lengua italianas. Los rótulos de las tiendas, los

nombres de las calles, son italianos. Y, sin embargo, estos pueblecillos eran austriacos políticamente, hasta hace poco. La guerra no ha roto la normalidad de la vida en estos pequeños poblados. Se han dormido una noche, como habitualmente, italianos en el misterio de su corazón y austriacos de público, por virtud de supremas y tiránicas arbitrariedades; el día siguiente se han despertado italianos del todo y abiertamente. Han respirado con fuerza, han visto, con lágrimas en los ojos, la bandera italiana izada en el gonfalón, y han reanudado su vida cotidiana e industriosa, tejida con menudas preocupaciones.

Según se hace camino, comienzan a verse algunas casas derrumbadas a cañonazos, en los aledaños de los pueblos. Más adelante, los pueblos están por entero derruídos. Hemos llegado ya a la zona de guerra. La carretera corre bajo el túnel amarillento y traslúcido de cañizo. Hay un ir y venir constante de soldados, material y pertrechos, todo ello gris de plomo, como las guerras de juguete. Me encuentro por vez primera en la vecindad de algunos cañones de artillería gruesa. Son hasta seis piezas, que avanzan pesadamente sobre recias ruedas de llanta articulada, como la cadena de cangilones de una noria, y van arrastrados por terribles y resollantes motores. Los cañones yacen sobre la cureña, cubietos por abundosas y plegadas telas de color agarbanzado, al modo de sudarios. Bajo la tela, el cañón traza como un perfil de cuerpo humano, agigantado. Se diría luctuosa caravana con que llevan a enterrar media docena de cíclopes.

La carretera va siguiendo ahora la margen florecida del Isonzo. A un lado y otro del camino se apiñan los campamentos. En una planicie del terreno amontónanse caprichosamente caballos y mulos a millares, como en el real de una feria.

Ahora el río hace una ensenada de arena blanca y limpia curva, como plateado cuarto de luna, sobre las aguas

azules y traslúcidas. Un buen golpe de soldados está bañándose. Éstos se mantienen desnudos, en pie sobre la arena. Aquéllos se sumergen en el agua hasta medio cuerpo y se resfriegan el pecho. Algunos salen nadando contra lo más rigoroso de la corriente.

De orilla a orilla hay con frecuencia puentes tendidos por la ingeniería militar italiana. No es raro que el cañón austriaco los destruya. Pero de la noche a la mañana surge un nuevo puente.

Gorizia está asentada en la pendiente mansa de una montañuela, que cae sobre el Isonzo. El río, por esta parte, es ancho, terso, transparente. Verdes y sombrosos sotos lo guarnecen. Amenos islotes lo esmaltan. Majestuosos montes verdioscuros le ponen cerco, y una cordillera azulina le adorna el horizonte. Un cielo benigno lo cobija. Todo parece preparado conforme un sutil diseño escénico. Sobre todo, el cielo de este instante consuma el efecto escenográfico. Es un cielo mate y desvaído, con nubes planas, como recortadas en papel de estaño y pintadas de áurea purpurina en los bordes.

Para entrar en Gorizia subimos una ladera, bajo la techumbre que hacen los árboles tejiendo la ramazón unos con otros. Nos envuelve una penumbra acuosa y fresca. Entre los troncos se descubre un parque con praderas brillantes, de un verde de cardenillo, arriates de flores muy rojas, macizos de oscuros cipreses y un templete de mármol blanco, emboscado entre sauces.

Penetramos en la primera calle de Gorizia, de aspecto urbano indefinido y moderno; una calle que lo mismo pudiera pertenecer a una ciudad española. En una de las primeras casas leo este letrero: «Ostería de Josefa Cos». Cualquiera diría que estamos en España y que doña Josefa Cos no está muy versada en ortografía.

Tal es lo característico de Gorizia, su falta de carácter. su modernidad mostrenca, en general. Esto quiere

decir que, antes de la guerra, Gorizia era una ciudad cosmopolita y rica. Como quiera que su asedio se prolongó más de un año, yo esperaba ver en ruinas gran parte de las casas. No es así. Apenas si hay un edificio que otro zaherido por granadas austriacas, después de haber perdido la ciudad los ejércitos imperiales. Durante el largo sitio los italianos circunscribieron su fuego contra las defensas y fortificaciones militares. En suma, Gorizia se halla casi incólume. Tambié creí que Gorizia estaría desierta de población civil, y también en esto padecí error. Muchas son las casas y tiendas que están vacías y cerradas; pero no son pocas las que están habitadas, y en todas las calles hay tiendas y comercios abiertos, con escaparates ópimos y lujosos. La circulación que anima la ciudad se compone principalmente de militares; pero no es raro que con ellos se mezclen mujeres que van a sus menesteres y niños que juegan en el arroyo. Mi impresión personal es que a la vuelta de muy pocos meses, Gorizia habrá recobrado su vida normal. Recorriendo una calle apartada, en el balcón de un piso bajo, veo una gran jaula llena de canarios. Me acerco a examinarlos a todo mi talante. La jaula está repartida en cuatro compartimientos. Cada compartímiento tiene un nido y una pareja de canarios adultos y bulliciosa prole de canarios de cría. Entrometo de paso mi mirada en el interior de la vivienda de los hombres. Es una salita modesta y bien aliñada. Una mujer de pelo blanco y vestido de luto trabaja en una labor de crochet. Como mi sombra se ha insinuado dentro de la estancia, la mujer levanta la cabeza y me da los buenos días, en italiano. Esta vieja y estos canarios se me aparecen como el alma recóndita de la ciudad. La vieja trabaja y sueña, los canarios procrean y cantan. Los hombres y las mujeres no tardarán en volver a Gorizia a trabajar, a soñar, a procrear y a cantar.



STABA yo en la playa de Biarritz, cuando leí las primeras noticias de la toma de Gorizia por los italianos. Venía, de fuente italiana, la descripción del asalto y captura de la ciudad, con gran riqueza de pormenores. Uno de estos pormenores me dejó sorprendido, y, adecir verdad, escéptico. Referíase al hallazgo, en ciertas profundas cavernas, de armas bárbaras y abominables, señaladamente unas a manera de mazas ferradas con que los austriacos tenían por costumbre rematar a los soldados italianos heridos o amodorrados bajo la acción de los gases asfixiantes.

Tengo a los italianos por hombres tan sinceros y veraces como los que más, pero la relación del hallazgo repugnaba a mi credulidad. No lo atribuí a exageración, ni mucho menos a mixtificación, sino a equivocación. Me lo expliqué de esta manera: algún soldado italiano ha hallado un instrumento extraño, de empleo desconocido; se le ocurrió al pronto que era una maza ferrada para rematar heridos; ha echado a volar el cuento, y el cuento ha cundido y se ha trocado en historia confirmada. Hay cosas que, si no se ven, no se creen. Y yo, para convencerme, necesitaba ver las mazas ferradas.

Pues bien: ya he visto con mis propios ojos las mazas ferradas, y las he tocado y manejado con mis manos, y apenas si doy crédito a mis sentidos. Vi las primeras en el despacho del general comandante de la plaza de Gorizia.

El hecho excitaba talmente mi curiosidad y sorpresa,

que no me conformé con examinarlas en todos sus detalles, sino que hice un dibujo de ellas en mi cartera de notas. La forma es como la clava con que figuran a Hércules, que es la misma del palo de bastos de la baraja española. Son largas como cosa de tres palmos, a lo sumo. En la cachiporra o cabeza tienen cuatro o cinco aros de hierro, erizados de púas, también de hierro, al modo de carlanca de perro mastín. En la manija llevan sujeta una pulsera de badana, con que colgar el arma de la muñeca y mantenerla afirmada mientras se blande. Del uso a que están destinadas estas mazas ferradas no puede caber duda. Por si la hubiera, las manchas de sangre, que aun conservan, hablan con harta elocuencia.

El testimonio era evidente. Sin embargo, yo me resistía todavía a aceptarlo. Pero ví más clavas en posesión de hombres civiles. Una pertenece a un inglés, mister Prize, corresponsal gráfico de *Ilustrated London News*, en el frente ilaliano. La otra está en poder de un norteamericano, el famoso arquitecto neoyorquino mister Whitney Warren. Uno y otro visitaban el frente de guerra italiano cuando la ofensiva que condujo a la toma de Goritzia; penetraron en unas trincheras austriacas a las pocas horas de haber sido evacuadas, y, en los refugios o cavernas que de trecho en trecho se abren en las trincheras, encontraron la mazas ferradas, confundidas entre el arsenal de otras armas acostumbradas y al lado de los aparatos para emisión de gases asfixiantes.

Es absurdo, es increíble, es horrendo, la razón humana se obstina en repudiar la certidumbre del hecho. Pero el hecho es cierto, es absolutamente cierto.

Es un hecho que a cualquiera espanta. Pero más que a otro cualquiera, tiene que espantarle a un italiano.

¿Por qué? ¿Acaso porque a los italianos les ha cabido en desdicha ser las víctimas de esta forma sañuda de barbarie? La razón es otra.

La razón es que la idea de la guerra como una ciencia y un arte, o sea, conjunto de reglas y ejercicios corporales para ganar una batalla, es una idea de origen italiano. En el mundo antiguo, y en la Edad Media, se hacía la guerra con odio y crueldad. El fin de la guerra era aniquilar al adversario. Pero los italianos del Renacimiento modificaron el concepto de la guerra. El fin de la guerra no es acabar con el enemigo, sino simplemente vencerle, mediante una mayor sutilidad de ingenio y un mayor dominio del arte de la guerra, como se vence, por ejemplo, en una partida de ajedrez. Consecuentemente, en la guerra debe evitarse todo daño innecesario.

Creíamos algunos hombres ingenuos que este concepto italiano de la guerra estaba ya universalmente reconocido y aceptado por todas las naciones, y que las guerras serían cada vez más raras, más benignas y más humanas. La gran guerra europea ha venido a mostrarnos que hay todavía algunos estados que profesan el concepto antiguo y bárbaro de la guerra.

Como el tema de la guerra científica y artística ha sido suficientemente tratado antes de ahora, quiero reducirme a citar algunos textos ajenos, que se refieren al papel que Italia representa en la historia de la ciencia militar.

Me serviré primero de un libro célebre, de autor alemán. Se titula *La civilización en Italia durante el Renacimiento,* por Jacobo Burckhardt. Está reputado como una de las obras más completas y autorizadas sobre el Renacimiento italiano. El capítulo IX de la primera parte está dedicado a «La guerra como un arte». Traduciré algunas líneas de él.

«Los italianos fueron los maestros de toda la Europa en lo concerniente a la balística y a la fortificación.»

«Italia fué la primera que hizo de la guerra una ciencia y un arte completos y razonados. En Italia hallamos expresada literariamente, por primera vez en la historia, una especie de admiración filosófica, provocada por una guerra sabiamente conducida. Durante la guerra milanesa-veneciana de 1451 y 52, entre Francisco Sforza y Santiago Piccinino, un escritor, Juan Antonio Porcello de Pandoni, siguió al cuartel general de este último, con la misión de redactar, para el rey Alfonso de Nápoles, una relación de los hechos militares.»

Veamos, de paso, cómo un escritor italiano, Juan Antonio Porcello de Pandoni, fué el primer corresponsal de guerra propiamente dicho, pues los llamados «coro nistas reales» anteriores a Porcello, si bien nos dejaron noticia de muchas batallas, no eran peritos especializados en el arte de la guerra, ni estaban exclusivamente consagrados a analizar de modo objetivo sucesos militares, sino que, a la zaga de las andanzas reales, trasladaban a las crónicas cuanto tocaba, de cerca o de lejos, la persona del monarca.

Un libro clásico para informarse de cómo entendieron la guerra los italianos del Renacimiento, es el de Nicolás Maquiavelo *Dell' Arte della Guerra*. Esta obra, como *El Príncipe*, y, en general, cuanto Maquiavelo escribió, es imposible de sintetizar y muy difícil de espigar con algunas citas entresacadas de aquí y acullá, porque cada frase es una sentencia, y cada sentencia es un sistema de pensamientos hondos, de suerte que no se sabe dónde elegir.

Me fijaré únicamente en aquello que viene al caso. La guerra no es una quimera de pasiones, sino una actividad regida por el entendimiento. En la guerra es el talento tan importante como el valor del ánimo. La ciencia de la guerra debe ser anterior a la guerra misma. *Gli uomini che vogliono fare una cosa deono prima con*

ogni industria prepararsi, per essere, venendo l'occasione, apparecchiati a soddisfare aquello che si hanno presupposto di operare. Tan ilógico es ponerse a jugar una partida de ajedrez sin saber jugar, y sólo incitado de rencor por el contrario, como mover guerra sin conocer la ciencia adecuada, y sólo por odio al extranjero, al enemigo. Una partida de ajedrez se gana incruentamente. De la propia manera, entre hombres de buen sentido y entendimiento, una batalla se puede dar por perdida, evitando la efusión de sangre, así que un capitán advierte que el capitán que se le opone ha movido y puesto sus tropas en cierta disposición que a la postre le ha de dar el triunfo. Cuenta Maquiavelo que, ateniéndose a estos principios, los florentinos riñeron, en 1410, una batalla, en la cual sólo perdieron un hombre.

Trasladaré, por último, unas líneas de la famosa *Historia de las repúblicas italianas,* por Sismondi, que encarecen la dulzura y gentilidad con que los italianos hacían la guerra.

«Caballos, caballeros y armaduras de los hombres de armas italianos, estaban considerados como superiores a los de las naciones trasalpinas. Los capitanes italianos habían convertido la guerra en un arte, de la cual dominaban cabalmente todas las ramas y variedades. Jamás se pudo sospechar que a un soldado le faltase bravura; pero la general dulzura de costumbres y los progresos de la cultura, habían habituado a los italianos a conducirse en la guerra con sentimientos de honor y humanidad hacia el vencido. Prestos siempre a conceder cuartel, jamás maltrataron al enemigo caído. A menudo, después de haber tomado por sólo despojo caballo y armadura, dejábanle en libertad. Por lo menos, nunca exigían rescate tan rico que le arruinase. Los caballeros armados rara vez eran muertos o heridos, en tanto se

mantenían a caballo. El toque consistía en desarzonarlos, y una vez desarzonados se rendían. Por consiguiente, la batalla nunca era sanguinaria. El valor de los soldados italianos, habituados a esta guerra noble y generosa, cedió ante la ferocidad de algunos enemigos bárbaros. Aterráronse al ver que aquéllos que parecían caballeros hacían que sus espoliques asesinasen a un caballero italiano desarzonado y caído, o bien le tomaban prisionero a fin de expoliarle de cuanto poseía, a título de rescate. La caballería italiana, igual en valor y superior en ciencia militar, no se atrevió, durante algún tiempo, a medirse con aquellos enemigos cuya ferocidad le disturbaba la imaginación.»

No se vaya a creer que Sismondi era italiano, como pudiera imaginarse por la estructura de su apellido.

La guerra debe proponerse el logro de un objetivo concreto, imponiendo la voluntad al adversario con la máxima economía de dolor y de sangre. Este es el concepto tradicional italiano de la guerra. Precisamente la expresión más sugestiva y precisa de este concepto la escuché de labios del general comandante de la plaza de Gorizia: «La guerra ideal sería aquella en que, mediante un acto de sugestión colectiva, se pudiera forzar a todos los soldados del ejército enemigo a sustentarse sobre un solo pie, de manera que, sin disparar un tiro ni hacer una baja, se le pusiera en trance de rendirse a la voluntad del vencedor.» Esto lo rechazarían alemanes y austriacos, por ridículo, pueril y acaso cobarde. Porque, ¿cómo se acredita el valor, sino asesinándose unos a otros los semejantes? Y si no ha de haber estrago, ¿para qué la guerra y la cruz de hierro?



ARA HOY TENÍAmos planeada una excursión al frente de los Alpes Cadóricos, dando por concluída lavisita minuciosa al frente del Carso, cuando he aquí que una hora antes de la fijada para partir, mi Virgilio, esto es, mi capitán y guía, viene a verme y me habla de esta manera:

—Hoy ha comenzado una gran batalla en el Carso El *Comando Supremo,* por especial deferencia, consiente que usted pueda presenciarla, en cuanto se puede presenciar una batalla. Seguramente usted no pensaría ayer que se estaba preparando una ofensiva para hoy.

Yo, a decir verdad, sí lo pensaba, y aun estaba cierto de ello, si bien no me aventuré a exteriorizar mi sentir por no pecar de indiscreto.

Vamos a presenciar una batalla, en cuanto se puede presenciar una batalla, ha dicho el capitán. Pronto agotaremos la medida de ese «cuanto». Mi opinión, por anticipado, es que el cuanto debe reducirse a un mínimo inconmensurable, rayando con el centro del espíritu en donde se engendran las cantidades imaginarias. Lo diré con otras palabras. Mi opinión es que no se puede ver una batalla cuantitativamente, en su conjunto, a no ser que se vea con la imaginación. Se puede ver un detalle de la batalla, mezclándose en ella; pero no la unidad de la batalla. Esta opinión me ha sido sugerida por la lectura de Stendhal y Tolstoi. Allá veremos si es acertada.

Para trasladarnos desde el Cuartel general al punto

de nuestro destino nos servimos, como siempre, del automóvil. Permítaseme una observación sobre el automóvil, como instrumento militar. La guerra moderna, cuyo carácter más obvio es la enormidad de proporciones, es obra del automóvil. La máquina de tejer y la lanzadera mecánica trajeron la llamada revolución industrial, o sea la producción en proporciones enormes. El automóvil es la lanzadera mecánica de los ejércitos y ha traído la revolución estratégica. Sin el automóvil no hubiera sido posible establecer ni conservar los frentes enormes de la guerra actual. Sin el automóvil, y a pesar de todas las líneas ferroviarias, los pueblos beligerantes no hubieran podido utilizar todas sus reservas de hombres y la guerra hubiera sido principalmenten guerra de maniobras. Quién sabe si otro nuevo invento, apartado en apariencia, como el automóvil, de los menesteres militares, no hará imposible en lo porvenir todo linaje de guerra.

Por mi parte, declaro que me gustaría más ir al campo de batalla a caballo que en automóvil. Parece más propio. Pero hay un pequeño inconveniente: la distancia, que pasa de 60 kilómetros. Aceptemos, pues, el vertiginoso y atolondrado automóvil, en lugar del gallardo corcel.

Es un día del otoño veneciano, áureo, gustoso y dulce como fruto en sazón. El sol se siente en los ojos como caricia; en la boca, como miel y vino hervidos; en el corazón, como música. Cruzamos en el camino con muchos carricoches cargados de capachos y de viñadores. La vendimia se adelanta en estas campiñas friulanas, feraces y dilectas del sol. Las vides cuelgan en guirnalda, de olmo a olmo. Mujeres, hombres y niños, alineados, cogen la uva. Hay una remembranza ceremonial del culto campestre y dionisíaco o de los frisos de las ánforas, en las actitudes, y una anunciación de

futuras bacanales abigarradas, a lo Pablo Veronés, en la abundancia del fruto.

Ya queda atrás el cuadro idílico, el paraje consagrado a Cibeles y a Baco. Hemos entrado en los dominios del fiero Marte. Al llegar aquí, la descripción huelga. Los caminos ofrecen el mismo aspecto de todos los días, el mismo ir y venir, las mismas cosas, los mismos personajes. Interrogo al capitán si ha comenzado la batalla. Me responde que ha comenzado hace horas; de suerte que ahora está en pleno vigor. Sin embargo, nada extraordinario se advierte en el concertado y multitudinoso movimiento de retaguardia. Cada cual sigue su ruta, con órdenes precisas, sin aceleramiento, sin premuras. Pero en algo se había de conocer que es día en que se bate el cobre. He aquí dos impresiones no experimentadas aún. La primera, los convoyes de municiones para la artillería. Son dos los que topamos al paso. Uno que viene vacío; otro que va repleto. Se componen de una larga fila de armones, con pesadas cajas color plomo, tirados cada cual por media docena de caballos gigantescos, la grupa atusada y hendida en dos mitades, como un albérchigo, conducidos por dos artilleros en el pescante y uno de postillón. Se presume que el convoy que se dirige a la línea de fuego debiera ir al galope desalentado. Pues nada de eso. El que va, como el que vuelve, caminan con reposado descuido, al paso de los graves caballos, que agitan la cabezota y contonean la grupa bilobulada, con voluptuosidad de lozana andaluza. La otra impresión se refiere a un convoy de heridos, en camiones automóviles. Al lado de los conductores vienen algunos heridos; con la cabeza vendada y el rostro ensangrentado. A veces el aire levanta flameando una cortinilla, dejando al descubierto otros heridos, que yacen en parihuelas.

Hasta este momento no había sentido más ruido que el trepidar del automóvil; pero apenas éste se detiene me

envuelve un retumbo vastísimo y concentrado que colma la concavidad del firmamento y oprime la respiración dentro del pecho. Cuando desciendo del vehículo, el temblor y sacudimiento de la tierra se propaga por todo mi cuerpo. No acierto a decir si es pura sensación mecánica o es emoción. Ello es que experimento una sensación muy desagradable y luego una emoción de piedad, de infinita piedad, no sé concretamente por qué ni por quién. Por olvidarme de mí mismo, me asomo a las ventanas de los ojos. Nuestro automóvil se ha colocado en hilera con otros varios, disimulándose tras de una empalizada. De uno de ellos acaba de descender un general, acompañado de sus dos ayudantes, con quien hablamos unos minutos. Luego, cada cual por su lado, nos dirigimos a nuestros observatorios respectivos. A poco cruzamos con tres oficiales japoneses y uno italiano, prismáticos en ristre. Algo más tarde, con oficiales ingleses, serbios y franceses. Ya estamos en el punto que se nos ha destinado, magnífico lugar de observación. Es en la cima de un collado. Domínase desde aquí, en perspectiva alta, dilatado panorama de vallecicos, colinas y montañas, con todas sus quiebras, escobios y anfractuosidades, desde la desembocadura del Isonzo, en el Adriático, hasta los azules contrafuertes de los Alpes Julios.

Ahora bien: ¿qué es una batalla? ¿Cómo es una batalla? Hace tres horas que estoy aquí, detrás de una paredilla medio destrozada, sentado sobre un pedrusco calvo, con los gemelos ante los ojos, viendo la batalla. Y en estas tres horas de tensa atención he venido a sacar una consecuencia sobremanera simple. Una batalla no se puede ver, no se sabe cómo es, no existe. Una batalla, como todas las cosas, no se puede ver sino con la imaginación; pero no con los ojos de la carne. En este instante hay tantas batallas, absolutamente distintas la una de la otra, como hombres están combatiendo. Pero

para el espectador la batalla no existe. Para el espectador la batalla es ruido y es humo. Es ruido sordo, anárquico, confuso, en un principio. Luego, dentro del rumor general, cada sonido se especifica, se individualiza, como cuando se oye una voz familiar entre el murmullo de la muchedumbre, o cuando al hojear rápidamente un libro, salta hasta nuestros ojos netamente un nombre conocido desde la gris turbiedad de las páginas impresas. Entonces se discierne claramente el estampido del cañón de grueso calibre, como soterrada conflagración sísmica; el desgarro estridente de las piezas de campaña, el golpeteo arbitrario y opaco de la fusilería, como de puertas y ventanas que un viento repentino y huracanado sacude en la noche, y el repique regular de las ametralladoras, como de una motocicleta, y el vibrar de las granadas en el aire, como el de un tranvía eléctrico en la soledad, y su estallido franco, abierto y estrepitoso, como de un armario lleno de loza que viene al suelo, y el zumbido de los aeroplanos, zumbido de abejorro junto al oído, aunque el artilugio vuele a 1.000 metros. Esto es, por lo pronto, una batalla: ruido. Luego, humo. Cuando la granada cae en tierra levanta un gentil edificio de humo denso, tupido, apelmazado en lanosas vedijas, el cual perdura durante largo espacio sin que apenas degenere o evolucione la forma que ha tomado al surgir. Esta masa de humo tiene, generalmente, la forma de esos arbustos y árboles hojosos y macizos que se ven en los parques y en algunos cuadros, sobre todo en Watteau. Pues bien: como lo artillería italiana está bombardeando las líneas austriacas, sin dejar en ellas un solo vano o espacio libre, en una extensión de 20 kilómetros, hay ahora, desde Monfalcone hasta la raíz de los Alpes, como una linde de arbustos y árboles fantásticos, que describe graciosos meandros, según la naturaleza del terreno, ora coronando la cresta de las colinas,

ora abrazándolas en los costados. Los árboles se mueven blandamente, fundiéndose unos en otros, como impulsados de la brisa. La rocosa superficie caliza del Carso refulge al sol como si fuera de plata, y cruzándola de un lado a otro, los efímeros árboles de humo componen un paisaje de ensueño. Cada árbol y arbusto tiene su color. Unos son de ópalo. Otros son sonrosados. Los hay de blancura láctea y de cineraria grisura. Este es ocre pardo, como de hoja seca. Aquél es argentino, como el olivo. De pronto la linde de nebulosos árboles se desplaza en un trecho, dando un gran paso hacia el horizonte. Es que la infantería italiana ha avanzado, conquistando una línea de trincheras. Aquí y acullá, extravagantes y señeros, desgajados de la linde continua, brotan de vez en vez otros árboles de humo, suscitados por la artillería enemiga. Parece como que los austriacos disparan sus baterías a la ventura sobre la retaguardia italiana, por entorpecer las comunicaciones y la llegada de refuerzos. Algunas de estas humaredas austriacas son de color amarillo-cromo brillante, color específico que delata las granadas asfixiantes.

Esto es todo lo que se oye y todo lo que se ve. Aunque la distancia que nos separa de las primeras líneas es relativamente breve, no se alcanza a distinguir los movimientos de la infantería, acaso porque el color de los uniformes es el mismo de la tierra, acaso porque los soldados se ocultan en las trincheras, acaso porque se emboscan en la espesura de humo. Tampoco se ven los cañones. Más de 2.000 hay en este espacio que abarcamos con la mirada; pero todos están enmascarados, escondidos. Tal vez, y por raro caso, el emplazamiento de una pieza se traiciona por un subitáneo fogonazo rojo, como exhalación vomitada por la grieta de un peñasco.

La comarca, hasta donde alcanzan los ojos, está desolada, desnuda, de un gris inerte y letárgico, como

panorama soñado en un planeta vacío. Varios *drachen,* o globos de observación, cautivos, aforrados en aluminio, flotan en el lívido azul, como satélites muertos.

Quizás aquí, en estos collados del patriarcado del Friule, recogió Dante, con sus ojos claros y adustos, los paisajes para su Infierno.

Si esto es una batalla, es una batalla deshumanizada. De la experiencia personal por que ahora estoy atravesando, extraigo una norma para penetrar otros hechos. Por ejemplo, cuando el Kaiser alemán acude a un frente de batalla, y luego encomia, en frases que suenan a epinicio, el arrojo único de sus leales tropas tudescas, ha de entenderse que da testimonio recibido directamente de la imaginación, mas no a través de los sentidos. Tenientes, capitanes, comandantes, coroneles y, a lo sumo, generales de brigada, son quienes pueden dar testimonio ocular, así de la bravura de sus tropas como de las adversarias. Para ver la batalla hay que batirse. El que no se bate sólo ve humo y sólo oye ruido inarticulado. El humo llega a la postre a ofuscar la mente y el ruido penetra en las entrañas hasta producir dolor físico en el corazón y dolor inefable en el alma. Quiere la Providencia que tampoco nos falte el espectáculo de la sangre efundida con que ayudar, mediante el documento concreto y próximo, a que la imaginación pueble de visiones el humo vago y articule con ayes y voces de hombre el ruido inarticulado. Ocurre que sentimos a nuestra espalda una aguda explosión. Nos volvemos y vemos, yaciendo en tierra, a un soldado, la cabeza y las manos destrozadas. Según nos explican otros compañeros, la desgracia sobrevino por haber querido quitar la espoleta a una granada de mano, a fin de conservarla como recuerdo.

Cuando cae la tarde, tomamos la vuelta al Cuartel general. Topamos, de camino, con largas columnas de

desarrapados prisioneros austriacos y joviales soldados italianos, cubiertos éstos de polvo y la épica rama de roble en el yelmo. Estos sí que han visto la batalla, cada uno su batalla.

Abandonamos los dominios del fiero y misterioso Marte, retornamos a las graciosas tierras donde se rinde culto a Cibeles y Baco. El horizonte se tiñe de un color rojo veneciano, casi morado, como hez de vino. Los viñadores vuelven en procesión por los caminos, cantando y coronados de hojas de vid.





A BATALLA que he descrito en mis notas anteriores, comenzó anteayer, día a que corresponde mi descripción; prosiguió ayer con el mismo ardor y encarnizamiento, y aun continúa hoy. Ayer, durante toda la tarde, he estado también presenciando el combate desde el mismo observatorio del día anterior. Juzgo superfluo trazar la crónica del día de ayer, la cual vendría a ser simple y fiel repetición de la precedente. Ningún incidente nuevo para los ojos o para la imaginación sobrevino ayer en nuestra presencia. Solamente cuando, ya de retirada, volvimos al lugar en donde nos aguardaban los automóviles, supimos que una granada austriaca había caído allí. El automóvil del general a quien me referí en mis últimas notas, estaba todo averiado.

Aquel paisaje imponderable, fugitivo y ultratelúrico, habitado por vasto rumor caótico, que esto y no otra cosa ha sido la batalla, tal como se presentó ante mis sentidos, tiene su traducción adecuada e inteligible en los comunicados oficiales de Cadorna. En ellos leeréis al de talle la relación de la victoria italiana, el terreno conquistado y el número de prisioneros, que pasa de 4.000.

Hoy vamos a ver los prisioneros cogidos en la última redada. Por lo que el oficial me cuenta, según hacemos camino hacia el campo de prisioneros, el verbo coger no es el más exacto para significar el hecho a que ahora aludo. Ha llegado la campaña a un punto y el

desmayo de ciertos núcleos del Ejército austriaco a términos tales, que no es menester coger o capturar los prisioneros, sino que a veces ellos se vienen mansamente a la mano. En los comienzos de la guerra los soldados austriacos no se entregaban sino en la última extremidad, viéndose cercados y constreñidos a elegir entre la muerte o el yugo enemigo, y en cayendo prisioneros, mostrábanse díscolos, contumaces, altivos e insolentes, y tan enamorados de la libertad, que de continuo urdían planes de evasión, exigiendo de esta suerte muchos y vigilantes guardadores. Aquellos prisioneros de los primeros tiempos abrían todas las mañanas los ojos a la luz del sol, en la ciega esperanza de que antes de caer el día los ejércitos imperiales iban a mostrarse en el horizonte risueño de los campos itálicos, y arrasándolo todo en su avance, como en edades pretéritas las huestes de Atila y Barbarroja, llegarían a darles la libertad. Pero en poco más de un año ha sucedido notable mudanza. Ahora un columna de centenares de prisioneros va custodiada sobradamente por un soldado italiano a la cabeza y otro a retaguardia. Y no hay cuidado que intenten fugarse. Luego, en los campos de concentración, se están muy tranquilos, dando muchas gracias a Dios de hallarse en donde se hallan, bien comidos y con la pelleja exenta de incómodos sietes y perforaciones. Basta ya de disquisición y estemos atentos a la realidad externa, contemplando cuanto en torno se nos ofrece.

En un caserío, en cuyo frente se hace un gran espacio o plazoleta enlosada, veo hasta media docena de soldados italianos de caballería. Al lado de ellos yacen sobre las losas sombríos fardeles, hacinados en gran profusión, que yo al pronto tomo por bagajes militares. Luego descubro que son cuerpos humanos, domados por un sopor plúmbeo. Son prisioneros austriacos que no han

podido hacer de una vez la breve jornada desde el frente hasta el campamento adonde van destinados. Llevaban en sus trincheras tres días con sus noches sin dormir y entre el cataclismo de la metralla. Entregáronse en cuanto se les presentó coyuntura. Echaron a andar hasta que les faltaron las piernas y cayeron dormidos en un sueño profundo y vacío como la muerte. Cuando despierten y respiren este sol dorado y dulce como miel, creerán haber nacido de nuevo. Los soldados italianos respetan este sopor y modorra, casi sagrados como una trasmigración, de sus cautivos, y por distraer el tedio de la espera se alongan un trecho, blanden los sables al sol y hacen caracolear a los caballos en un simulacro de acción bélica.

Poco después de haber pasado junto al grupo de durmientes, llegamos al campo de prisioneros. Está asentado en medio de una campiña amable y frondosa, uno de esos rincones campestres, apacibles y nada esquivos que, visitados de pasada, le hacen a uno pensar: «Me quedaría de buen grado a vivir aquí, durante unos meses.»

El campo de prisioneros está deslindado y cercado por una red metálica, alta de tres metros, y la malla tan abierta que cabe holgadamente un puño. En el recinto hay barracones de madera embreada e hiladas de pequeñas tiendas de campaña, albercas colmadas de agua temblorosa, regajos, pradezuelos, arbolado. Una enredadera de campanillas azules, sobremanera fragantes, tapiza el tejido metálico de la entrada. Nos recibe un teniente bajo, rechoncho y miope, ahijado de Palas Atenea, más en lo que de prudente tenía la diosa que en lo que tenía de violenta. Este teniente lleva revólver a la bandolera. Es el primer oficial italiano que veo con revólver.

Penetramos en el campo de prisioneros. Recorremos

varias dependencias meticulosamente organizadas, en donde los prisioneros son sometidos a ciertos procedimientos de profilaxia. Se les hace desnudar. Se les hace bañar. Son desinfectados y examinados con todo escrúpulo, en tanto las ropas que traían son igualmente desinfectadas en una estufa a propósito. Pasan después a un apartado o lazareto, en donde permanecen un día o dos, hasta que se les haya hecho el análisis de los excrementos, en previsión de morbos epidémicos. Y ya cuando están mondos, frescos y sanos como manzanas, pasan a mezclarse con los prisioneros que anteriormente hubiera en el campo. Y ya que el campo está colmado, se les traslada a otros campos del interior, en donde, según referencias fehacientes, son tratados a cuerpo qué pides; pero de este último extremo no puedo responder, sino sólo de lo que veo.

He aquí lo que ahora veo. Los prisioneros discurren en pequeños grupos. Forman piñas de raro abigarramiento, en que las personas no guardan ningún nexo de semejanza entre sí, ni por la edad, que los hay que parecen hombres caducos y otros mancebos imberbes; ni por los arreos que visten, ni por la estatura o corpulencia, ya que unos, los menos, son espigados y aventajados, y otros, no muchos, a decir verdad, son cortos de alzada hasta la deformidad enana; ni por el tipo étnico y color de la pelambre, pues los hay barbitaheños e hirsutos como chivos, los hay lóbregos y barbados como capuchinos, quiénes tienen la frente despejada, con traza de latinos,—son rumanos de Transilvania—, quiénes ostentan una frente angosta y fruncida y un ceño hosco, como los húngaros nómadas que componen calderas en las aldehuelas de España; el cráneo de éstos es sólido y cúbico, inexorablemente teutónico; el de aquéllos es puntiagudo; el de los de más allá es chato como una breva. Entre todos hacen una mescolanza discorde y

agria. Son las últimas heces de un Imperio constituído y mantenido artificiosamente, sin unidad orgánica.

Pregunté a algunos de los más mozos qué edad tenían. Todos me respondieron que diez y ocho años, y yo hube de creerlos. A un caduco, desdentado, amojamado, esquelético, vestido de harapos, con pergenio de mendigo español, que estaba acurrucado a la puerta de una barraca, y al cual yo le hubiera calculado, por lo menos, sesenta años muy mal empleados, también le pregunté por la edad. Me respondió: cuarenta y uno. Hube de creerle igualmente. Los demás viejos a quienes pregunté, ninguno pasaba de los cuarenta y uno. Raro país en donde los hombres son niños a los diez y ocho y valetudinarios a los cuarenta.

No hay dos soldados austriacos que vayan vestidos de la misma manera. Un soldado ya maduro, de bigotes erizados, cabeza enhiesta y tipo de sargento aguerrido de novela romántica, me atrae a su simpatía. Lleva al desgaire, sobre los hombros, un capotón pardo, totalmente hendido por sinnúmero de agujeritos redondos y regulares, como de balas. Claro está que no pueden ser de balas, pues no estaría aquí el soldado para contarlo; pero de todas suertes este hombre marcial, tenebroso y desarrapado, me produce una impresión patética.

A la sombra de un árbol hay un grupo de prisioneros que juegan sobre la hierba a los naipes: unos naipes mugrientos, casi ovados por el uso, y chocarreros, como esos con que las gitanas y la húngaras echan la buenaventura.

No sé por qué razón, pero ello es que casi todos los mozos se han desnudado de cintura arriba y toman el sol. La luz les resbala sobre los lomos, enjutos y de un blanco de sebo.

A la mayor parte de los prisioneros se les ve que están deglutiendo, o mejor dicho, rumiando, pues en lugar de

mover la mandíbula verticalmente, la mueven en un sentido transversal, con oscilación continua y perezosa. Este pequeño pormenor define cabalmente la sensación vaga que los prisioneros austriacos provocan. Es esa sensación de filosófico reposo, de enorme sosiego y olvido de todo, de gozo callado, que adivinamos en el turbio espíritu de algunos rumiantes, las vacas matronas y los bueyes cansinos. Es la sensación de beatitud horaciana tras del horror pánico y el furor homérico.

Antes de salir del campo pasamos por un pabellón en donde se albergan ciertos cadetes voluntarios llamados en el Ejército austriaco «aspirantes a oficiales». Sorprendemos a cinco de ellos a la puerta. Todos son adolescentes; cuatro son rechonchos y rubios de estopa; el otro es moreno, delgado y alto, de gentil porte; viste ropilla de dril azul claro, con galones y adornos de esterilla amarilla; la mirada de sus ojos negros revela lealtad, ánimo levantado y generoso. Nos detenemos un punto a ver estos adolescentes. Los cuatro rubios y rechonchos se dejan mirar, devolviéndonos ojeadas entre despectivas y hostiles. La frente del mozo moreno de gentil porte, que acaso está poblada de sueños de gloria, se anubla, sus ojos se humedecen y entornan. Rompe el muchacho por entre sus compañeros, y con la cabeza baja se retira hasta perderse en la sombra. Yo le hubiera estrechado la mano y luego se la hubiera conducido sobre mi corazón, palpitante de piedad y dolor por la belleza de la epopeya truncada.





RES FRENTES de batalla tiene Italia, disconexos entre sí, debido a la estructura montañosa de su zona fronteriza. Estos frentes son: el del Isonzo, el de la Carnia y el del Trentino. El frente del Isonzo es el único que se ajusta al tipo de guerra prevaleciente en las otras naciones beligerantes, guerra de posiciones en líneas atrincheradas, que se prolongan acotando el terreno, sin solución de continuidad, si bien la calidad rocosa y quebrada de esta comarca complica la dificultad de las operaciones ofensivas y contrariamente favorece la defensiva, a tal punto que, cuando se recorre palmo a palmo, como yo lo he hecho, este frente, no acierta uno a explicarse cómo los italianos han ganado territorio, ni cómo lo han podido perder los austriacos. Cuantos extranjeros han visitado el frente del Isonzo han expresado la propia sorpresa. Este simple hecho dice más en encomio del Ejército italiano que todos los ditirambos imaginables. Pues la dureza y adversidad del frente del Isonzo casi se tornan en blandura y asequibilidad si se le compara con los otros dos frentes de la Carnia y del Trentino., Así ha hablado nuestro Virgilio, nuestro capitán y guía. Vamos a comprobarlo. Hoy salimos para el frente de la Carnia el capitán, Guillermo Ferrero y yo en un mismo automóvil.

Paralela a la barrera de los Alpes y a no larga distancia de ella, corre la gran carretera central de la llanura véneta. Es una vía llana, tersa, anchurosa, orillada de árboles corpulentos, copudos, sombrosos, todo a lo largo

de su curso. A veces la carretera cruza sobre un río de dilatado y arenoso cauce, por donde el agua escasa resbala en venas color de ajenjo y ópalo. Cuando la nieve se derrite en los Alpes vecinos, el cauce se colma de agua fluyente y rizada, que acaso sugirió la antigua personificación de los ríos en ancianos de luengas barbas caudalosas y copiosa prole. La prole de los ríos se propaga por la jovial campiña, adornando de verdor y molicie las praderas, arracimando el fruto en los árboles. Fecundidad, voluptuosidad, exquisita sensibilidad, optimismo entrañado y calmo: tales son las normas que se respiran, como insinuaciones capciosas, entre las brisas del paisaje veneciano. Se percibe, como en una clarividente intuición de los sentidos, la última inspiración o germen primero de la pintura veneciana. Decía Flaubert que hay en la tierra lugares tan hermosos que uno anhela poder estrecharlos entre los brazos, contra el corazón. La hermosura del agro véneto no es de este linaje. Uno desea, por el contrario, ajenarse de sí propio, disgregarse, fluir sobre la rasa llanura, empaparla a modo de savia genésica, evaporarse en el aire de oro, y encarnar en todas estas formas que por dondequiera se ven, tan ricas de color, tan elegantes de actitud. El Véneto es uno de los rincones privilegiados de la Tierra. El formidable muro de los Alpes no lo ensombrece, antes lo guarda de los rigores del Norte, y cuando los rebaños de nubes tormentosas descienden galopando hacia el Mediodía, las montañas adustas los estrangulan con sus crispados miembros, de modo que no lleguen a asolar las tierras bajas y florecidas. La esencia del Véneto es una quinta esencia de felicidad terrenal.

El Véneto está muy poblado, y ha debido estarlo mucho más en otras edades de esplendor, cuando fué la república más rica y refinada del mundo. Desde Udine hasta Treviso se pasa a través de varios pueblos popu-

losos y pequeñas ciudades: Campofórmido, de remembranza napoleónica; Codroipo, Pordenone, Conegliano. Estas ciudades del Véneto ofrecen, dentro del carácter medioeval, un matiz exclusivo, *sui géneris*. Generalmente, la ciudad medioeval es la ciudad feudal. Elegíase para su emplazamiento una altura, lugar a propósito para la defensa. En la cima erigíase el castillo del señor, y todo en torno, por las laderas, se apiñaban las viviendas de los vasallos, y luego, desparramados por el valle, los caseríos de los siervos de la gleba. Este tipo de ciudades se halla en casi todos los países de la Europa occidental: en Alemania, en la Francia septentrional, en España. Las dos potestades de la Europa feudal eran el señor y la Iglesia. De cuantas ciudades conozco de este tipo, acaso la más característica sea Sigüenza, de España, con su castillo en la cumbre y su maciza catedral, medio basílica y medio fortaleza. En Sigüenza las dos potestades estaban fundidas en un solo cuerpo, ya que los obispos eran los señores de la ciudad.

La república de Venecia fué el único Estado europeo en donde no hubo ni siquiera presunciones de feudalismo; la república civil. Su aristocracia, la más antigua y la más aristocrática de toda Europa, jamás fué aristocracia feudal, ni se empleó en los rudos menesteres de las armas, sino en acrecentar la paz y la riqueza, en gobernar sabiamente el Estado y en hallar un sentido profundo y gustoso de la vida. Era la república una nación industriosa y activa, inclinada a los viajes por el continente y enamorada del mar y sus misteriosas rutas, amiga de las artes y de la ciencias. No tuvo ejército, y cuando se vió mezclada en la guerra, acertó a galardonar cumplidamente a sus condotieros y mercenarios victoriosos y a castigar con terrible escarmiento a los que no habían sabido triunfar. Para buscarle un paragón sería menester comparar a la Venecia medioeval y del re-

nacimiento con la Inglaterra moderna, antes de 1914.

En estas pequeñas ciudades del Véneto se revive, por modo presente, la historia antigua de Venecia. Por lo pronto, la proximidad de las ciudades no se anuncia con el caserío humilde y rústico de los aledaños, vestigio de la antigua servidumbre de la gleba. La ciudad aparece clara y armónica, como edificada de una vez. No escarpa los flancos de un montañuela, sino que está asentada en el llano. No tiene un castillo ceñudo y abrumador, guarida del señor único y solo, sino innumerables palacios patricios, y aun las casas de los vecinos y de los mercaderes se elevan con cierto aire monumental y traza de palacio. En todas las calles se ofrecen a los ojos deleitables primores artísticos. Cada una de estas ciudades fué cuna de algún gran pintor, de algún gran escultor, de algun gran arquitecto, que han dejado en la patria nativa testimonio eternal de su genio. En torno de las ciudades, a veces en una extensión de varios kilómetros, por ejemplo, en Treviso, la tierra está decorada con parques y jardines y «villas» de peregrina belleza. Los nobles venecianos, como los antiguos nobles romanos, gustaban de discurrir parte del año en el retiro de su hogar campestre, propicio a las especulaciones filosóficas y a los ocios poéticos.

Al caer de la tarde nuestro automóvil se enhebra en las pinas y tortuosas veredas de los Alpes. Vamos atravesando angostas gargantas montañeras y luego desembocamos en recogidos vallecicos de húmedo y frío aliento y luz cenicienta. Festoneamos el margen de dos pequeños lagos, los cuales, a la luz decadente y soslayada del crepúsculo, parecen pavimentos de malaquita pulimentada. Cierra ya la noche. Dejamos a un lado a la romana Belluno, arrebozada en niebla luminosa, bajo la luna. Por fin alcanzamos el destino de nuestra jornada y alojamiento para la noche. El automóvil enfila la avenida de

un parque, entre dos paredes compactas de árboles, que recuerda la entrada de cipreses del Generalife. Al extremo de la avenida descendemos del automóvil en la plazoleta de un gran hotel alpino. No se ve persona humana. En el silencio nocturno se oye el ruido de un torrente rodando sobre las rocas. Un ave grazna, luctuosa.





ESDE EL FRENTE del Isonzo a'l del Trentino calculo que habrá unas cuarenta leguas aproximadamente. De uno a otro van casi en línea recta dos vías de comunicación principales: una carretera y una línea férrea.

Cuando la fulminante ofensiva austriaca de 1916 en el Trentino, que los imperiales anunciaban, descontando de antemano el éxito próspero, como expedición punitiva, los generales Cadorna y Porro, viéronse, a lo que imagino, obligados a trasladar con toda premura grandes contingentes de tropas de Oriente a Occidente, ya que la configuración del terreno en el frente del Friule es a propósito para los acantonamientos, por donde es de presumir que el grueso del ejército italiano afincase de aquella parte.

Recordemos someramente aquellos minutos de intensa zozobra y emoción que acompañaron a la ofensiva austriaca del Trentino. Los austriacos habían hundido el centro del ejército italiano, pero sin romperlo. Las dos alas italianas se habían mantenido aferradas en las cumbres monstuosas, sin ceder un palmo ante la pujanza del asaltante. A los quince días de comenzar la ofensiva, la línea de batalla tenía la forma de una V. El vértice inferior de la V, adonde habían llegado los austriacos, se apoyaba en las estribaciones más bajas de los Alpes. Desde allí alcanzaban a divisar las ópimas y codiciadas llanuras itálicas. Un capitán del ejército italiano, con quien hablé, que a la sazón se hallaba en el vértice de la línea de combate, me decía: «A nuestra

espalda podíamos oír los latidos del corazón de Italia.»

Los que seguíamos por fuera y a distancia el desarrollo de la ofensiva austriaca, no sabíamos a qué atenernos. ¿Retrocedía el centro italiano, impotente para resistir la impetuosidad de la artillería austrica, o se retiraba estratégicamente, obedeciendo arcanos designios del alto mando? El hecho de mantenerse firmes las alas, era harto significativo. Parecía que de propósito los generales Cadorna y Porro atraían en celada a los austriacos hacia la llanura, en donde era verosímil calcular que estuviera apostado un ejército italiano de refresco, con que presentar batalla a los austriacos, a tiempo que las alas, cerrándose, los tomasen de revés, les cortasen la retirada y, en definitiva, los estrangulasen. Sirviéndonos de una comparación patológica, diremos que el ejército austriaco estaba amenado de muerte por apendicitis.

Pero por otra parte, para consumar este plan de estrangulamiento, eran menester varios requisitos. Primero de todos: la confianza y ecuanimidad del ejército y de la nación. Para que esta confianza no se quebrantase, hacía falta tomar en su verdadera significación las contingencias preliminares y aparentemente adversas de la campaña; hacía falta seguir retirándose en el centro y aun ofrecer, como cebo, algunas ricas ciudades. Para que estos aparentes desastres fueran aceptados como estratagemas de guerra, era preciso que el plan de estrangulamiento se hubiera hecho público. Y, en haciéndose público, los austriacos se habían de enterar necesariamente, y, en consecuencia, el plan se frustraba.

Los generales Cadorna y Porro luchaban con la misma dificultad que se les ha presentado a todos los estados mayores de las naciones aliadas, por ser naciones civiles. Esto es, que los estados mayores en esta guerra tienen que resolver problemas políticos al mismo tiempo que problemas estratégicos.

Sucedió que, de pronto, los austriacos comenzaron a retirarse, con tanta alacridad y diligencia, que la retirada guardaba algunos términos de semejanza con la huída. ¿A qué obedeció esta apremiante retirada? ¿Quizás a que los austriacos habían echado de ver el riesgo que corrían? ¿Acaso a que los rusos, a quienes los imperios centrales suponían quebrantados e incapaces de acometividad, iniciaban una nueva ofensiva en Galicia? Cuando se escriba la historia interna y documentada de la guerra, lo sabremos.

En aquel punto, un cálculo racional inducía a pensar que el grueso del ejército italiano se hallaba en el frente del Trentino, y que antes de que comenzase otra ofensiva sobre el Isonzo, había de transcurrir un buen lapso de tiempo, el necesario para retraer nuevamente las tropas desde el frente Occidental al Oriental.

¿Cuál no fué nuestra sorpresa al ver que después de dos semanas escasas los italianos atacaban en el Isonzo y del primer ímpetu tomaban Gorizia?

Se ha encomiado, en términos hiperbólicos, la rapidez, secreto y buen orden con que Alemania moviliza sus ejércitos de un frente a otro y hace surgir un mismo ejército tan pronto aquí como en el lado opuesto y donde menos se esperaba. Sería necio regatear admiración a Alemania en lo tocante a la agilidad de maniobras. Pero justo es reconocer que en toda la guerra, si ha habido maniobras maravillosas, ninguna aventaja a la que hubo de realizar el ejército italiano entre la defensiva del Trentino y la ofensiva del Isonzo.

Estas interioridades de la guerra son sobremanera delicadas. En mis conversaciones con oficiales del ejército, he evitado siempre rozar la zona de estas interioridades o inquirir con preguntas que pudieran parecer impertinentes e indiscretas. He tomado buena cuenta de cuanto me han dicho, pero de mi lado no he

procurado saber nada más que lo que quisieron enseñarme.

Gran comezón tenía de penetrar, siquiera fuese con unos pocos atisbos, en el secreto de la ofensiva austriaca del Trentino y el rebote súbito y desconcertante de la ofensiva italiana en el Isonzo.

A mitad de camino entre Udine y Treviso, yendo en automóvil con Guillermo Ferrero y un capitán del ejército, en la gran calzada que atraviesa el Véneto, se me ocurrió exclamar, como hablando conmigo mismo:

—¡Verdaderamente, resulta inexplicable cómo el ejército italiano a los pocos días de haber hecho fracasar la ofensiva austriaca del Trentino emprendía la afortunada ofensiva del Isonzo!

El capitán sonrió a pesar suyo, con una expresión de orgullo legítimo y como hombre que conoce el revés de las cosas. Inclinándose sobre mí, comenzó a hablar:

— Hay quien explica el alto repentino de la ofensiva austriaca y la inmediata retirada, como consecuencia de la ofensiva rusa. Lo cierto es que los austriacos no pudieron pasar. Fuera de Italia se temió que nos hallásemos los italianos con el agua al cuello. Del cuartel general ruso venían frecuentes telegramas, ofreciéndose, por ayudarnos, a adelantar la ofensiva que tenían preparada. El general Cadorna que estaba tan sereno y dueño de sí mismo como siempre, respondió: «Que la ofensiva rusa no se malogre, por desatarla prematuramente. Por la parte de Italia no hay nada que temer.» ¡Ay, si los austriacos llegan a bajar a la llanura, la que les esperaba! — Y el capitán hace un gesto de fruición abortada y de melancólica resignación. Prosigue: —En cuanto a lo fulminante del contragolpe, en efecto, las cosas se hicieron bien. Un ejército de un millón de hombres, con toda su artillería pesada e impedimenta, pasó por aquí en sólo ocho días, y siempre de noche. Lo que

menos aguardaban los austriacos era vernos asomar en las calles de Gorizia.

ESTA maniobra del general Cadorna me hizo recordar una batalla clásica: la del Metauro.

Clásico es lo que perdura por debajo de los accidentes históricos, es la norma, es el cauce del río.

Histórico no es lo que ha pasado, sino lo que continúa siendo, por haber contribuído a mudar el aspecto del mundo.

Si, en efecto, la nariz de Cleopatra desvió el curso de la historia, fué y es una nariz clásica e histórica.

La batalla del Metauro fué y es una batalla clásica e histórica.

Sin la batalla del Metauro no hubiera habido mundo latino. Por lo tanto, pertenece tanto a la historia de Roma, como a la de Italia, la de España o la de la República Argentina. Sin la batalla del Metauro, en lugar de latinos y arios, seríamos africanos y semitas.

¿Cómo y por qué se ganó la batalla del Metauro?

El Metauro es un riachuelo que desemboca en el Adriático, entre Rímini y Ancona. En las márgenes de este riachuelo se decidió la victoria de Roma sobre Cartago y la hegemonía de Roma sobre el mundo.

En la primavera del año 207, antes de nuestra era, el cartaginés Asdrúbal apareció en la comarca que ahora es el norte de la Lombardía, a la cabeza de un poderoso ejército. Su hermano Anníbal llevaba en Italia once años, al frente de otro ejército hasta entonces invencible. Roma había llegado a un punto de agotamiento que

pronosticaba su próxima destrucción, amenazada de un lado y otro por los dos hermanos cartagineses. En tan apurado trance, los romanos, que no habían perdido la entereza, nombraron como generales consulares a Cayo Claudio Nerón, por insinuación del Senado, y a Marco Livio.

Seis ejércitos romanos se improvisaron tan pronto como hubo noticia del avance de Asdrúbal. Cuantos hombres había en edad de tomar las armas acudieron a luchar contra el invasor.

La suerte decidió que Livio mandase los ejércitos que se habían de oponer a Asdrúbal, y Nerón, los ejércitos contra Anníbal.

La campaña de Nerón, en el Sur, comenzó con escaramuzas indecisas, que se prolongaron durante algún tiempo. En cambio, Asdrúbal, en el Norte, dominaba a las legiones romanas, constriñéndolas a retroceder de continuo. Estaba ya Asdrúbal en Ariminium, no lejos del Metauro. Comprendiendo la conveniencia de obrar de concierto con su hermano, le despachó mensajeros, proponiéndole reunir ambos ejércitos al Sur de la Umbría, y desde allí revolverse a poner cerco a Roma. Los mensajeros recorrieron gran parte de Italia; pero, a la postre, Nerón los capturó, descubriendo así el plan de Asdrúbal.

El sagaz Nerón, que se hallaba en Venusia, penetró lo dificultoso de la coyuntura y lo urgente que era resolverse con celeridad e intrepidez. Destacó una parte pequeña de su ejército para que mantuviese engañado y en jaque a Anníbal, y él, con el resto, secretamente y a la noche, emprendió ruta hacia el Metauro. Prohibía la ley romana que los cónsules movieran sus legiones más allá de los límites de la provincia que les había sido asignada. Nerón comprendió que no tenía minuto que perder, ni podía dilatar la ejecuciónde sus propósitos hasta tanto

que el Senado autorizase su decisión. Envió unos legados, con las cartas tomadas a los mensajeros de Asdrúbal, a fin de que informasen al Senado de que, no admitiendo prórroga el caso, había partido de *motu proprio* a reunirse con Livio, por marchas forzadas.

A la llegada de las nuevas, Roma sintióse sacudida de terror y ansiedad, recelando que Anníbal acabase con los residuos del ejército de Nerón, y que éste no acudiese oportunamente en socorro de Livio.

Nerón entró de noche en el campamento de Livio y entreveró sus hombres con los del otro cónsul. Asdrúbal estaba ajeno a lo sucedido. Nerón quiso presentar batalla al punto. El triunfo coronó su empresa. El ejército de Asdrúbal fué completamente derrotado y el general cartaginés decapitado. Nerón volvióse contra Anníbal. Dentro del campamento de Anníbal cayó la cabeza de Asdrúbal. De esta manera recibió nuevas Anníbal de la derrota y muerte de su hermano. Todo estaba perdido para los cartagineses.

Los historiadores no fijan cuántos días empleó Nerón para ir desde Venusia hasta el Metauro. Sólo dicen que las legiones marcharon sin descansar y que los soldados hacían sus comidas sin romper filas.
Así se ganó la batalla del Metauro. Y así
se ganó la batalla de Gorizia.





RANDEMENTE interesante es un ejército por fuera; la variedad desus equipos, armas y formaciones; el sistema de sus grados y jerarquías; la coordinación, aparentemente espontánea, de sus evoluciones y movimientos. Muy interesante es ver agitarse esta compleja y poderosa máquina, en la vecindad de la linea de combate. Más interesante aun sería verla en acción, presenciar una batalla, si las batallas modernas se pudieran presenciar como se contempla una tragedia en un escenario. Pero, en mi sentir, lo más interesante de todo es la interioridad del mecanismo, el encubierto cúmulo de engranajes y ruedecillas que mantienen, funcionando de continuo, esa máquina formidable. O, dicho con una palabra a la moda: su organización.

Por muy escrupuloso y metódico que un hombre sea en su casa y en su vida, le habrá ocurrido alguna vez que la comida no está a la hora, porque el cocinero ha venido tarde de la compra, o porque ha faltado carbón, o quizás que la cocina se ha obstruído, y aun quedarse sin comida en casa y verse obligado a ir a comer de fonda; le habrá ocurrido alguna vez desesperarse porque el traje que el sastre prometió solemnemente no llegaba, y después de llegar fué menester devolverlo para arreglar las perneras demasiado largas, y todavía, después del primer arreglo, enviarlo porque las perneras habían quedado demasiado cortas; le habrá ocurrido alguna vez que el coche que tiene ordenado para tal hora se le retrasa, y luego perder un tren. Y así, sinnúmero de pe-

queñas peripecias, que burlan todos los cálculos y previsiones, y hasta traen aparejados quebrantos económicos, contrariedades y desdichas.

Pues si tan delicado y difícil es el gobierno de una casa y aun el de uno mismo, ¿qué no será proveer regularmente a las necesidades de una colectividad de varios millones de hombres, como es un ejército de nuestros días?

Por un clavo, se pierde una herradura; por una herradura, se pierde un caballo; por un caballo, se pierde un jinete; por un jinete, se pierde un escuadrón; por un escuadrón, se pierde un regimiento; por un regimiento, se pierde un ejército; por un ejercito, se pierde una batalla; por una batalla, se pierde una nación. Es decir que, en ocasiones, la suerte del mundo cuelga de un clavo.

¿No os ha ocurrido alguna vez no encontrar un clavo en toda la casa? Pues, ¿qué suma de cuidados no se exigirá en la organización de un ejército, para que en el instante crítico no falte ese humilde detalle, que se dijera desdeñable, pero del cual acaso depende el suceso próspero o adverso?

Los servicios que competen a la organización interior de los ejércitos está encomendado, en todos los países, a un cuerpo especial, que en España se denomina Cuerpo de Administración Militar, y en Italia, Intendencia.

El organismo central de la Intendencia del ejército italiano está instalado, en tiempo de guerra, en una ciudad del Véneto, de cuyo nombre no debo acordarme.

Un comandante de administración se ofrece a explicarme, por lo menudo, el funcionamiento orgánico de la Intendencia. Me conduce hasta un antiguo convento, en donde están las oficinas de la Intendencia. Atravesamos un patio, con claustro de arcos en medio punto, y penetramos en un holgado aposento, que debió ser refectorio del convento. A lo largo de las paredes corre un zócalo de nogal, tallado al estilo barroco, con salomónicas columnas, por donde trepan vides de henchidos racimos. La madera está lustrosa, bruñida. El techo, pintado al fresco. En el promedio de la estancia hay una larga mesa, ante la cual nos sentamos. Es la hora de prima tarde. Por fuera de la sombrosa pieza, se siente un día brillante, calmo y grave, como de estío.

El comandante me explica, hasta en sus más fútiles pormenores, cuanto concierne a la organización del ejército. Reproducir aquí su conversación fuera harto engorroso y prolijo. Me limitaré a apuntar ciertas notas someras, que pintan la complicación del mecanismo de un ejército y sugieren su manera de operar.

Comenzando de arriba abajo, la cúspide de la organización militar corresponde al Ministerio de la Guerra, del cual dependen directamente las fábricas y depósitos nacionales para el ejército.

En un escalón inferior está la Intendencia general, cuya misión es de mero engranaje entre el Ministerio de la Guerra y los ejércitos en campaña.

Ya en la zona de guerra, hay un organismo central o Dirección Suprema, que abarca todos los servicios de administración; comisariado, postas, sanidad, municiones y armas. A partir de este punto, la administración se reparte en varios radios semejantes.

Cada mando de ejército posee su organismo administrativo especial, «Intendencia de ejército», y lo mismo cada división.

Por donde se ve que los centros administrativos de las varias divisiones que componen un ejército convergen en la «Intendencia de ejército», y las intendencias de ejército de los varios ejércitos convergen en la Dirección Suprema de la Intendencia, la cual nada tiene que ver con el mando supremo o Estado Mayor central de las tropas en campaña, sino que depende de la Intendencia general, y ésta, a su vez, del Ministerio de la Guerra.

Pongamos un ejemplo práctico. Hoy han necesitado zapatos nuevos cuarenta soldados de un regimiento. El coronel los pide en el depósito de la intendencia correspondiente a la división a que pertenece. En los almacenes del depósito hay una salida de cuarenta pares de zapatos. Para compensar esta baja, el oficial de intendencia a cargo del depósito pide otros tantos pares a los almacenes de la intendencia de ejército. Se repite la misma operación con la dirección suprema, la intendencia general y, por último, el Ministerio de Guerra, el cual repone lo consumido, ordenando nuevos pedidos a las fábricas nacionales, o comprando los géneros por contrata.

Lo que ha pasado con los zapatos pasa con todo. Es la manera de que los depósitos se hallen siempre abastecidos de cuanto sea menester.

Sanidad.—Comencemos en la línea de batalla, allí donde cae el soldado herido. El engranaje o endoso sucesivo de servicios se desarrolla a este compás; ambulancias a mano (camillas), a caballo, en motocicleta y automóvil; por último, en trenes, provistos de sala operatoria. Cada tren sanitario transporta, por término medio, 300 enfermos. A la concatenación de servicios corresponde una concatenación de establecimientos sanitarios; puestos de socorro; hospitalitos de urgencia, con capacidad de 50 lechos (de estos hay 200); ambulancias quirúrgicas, con capacidad de 200 lechos (por ejemplo,

los hospitales Rossi, de que hemos tratado anteriormente); hospitales a retaguardia, y hospitales de reserva. Si el herido está en disposición de resistir el traslado, se le conduce, desde luego, a los hospitales de retaguardia. Si su gravedad no lo consintiese, se le retiene en alguno de los establecimientos intermedios.

El conjunto de los hospitales al servicio del ejército, tiene capacidad para 500.000 lechos. El país cuenta con recursos para aumentar este número, si fuera menester. Hasta ahora, cuando más, llegó a haber 200.000 heridos a un tiempo en los hospitales.

Avituallamiento. — El organismo administrativo de cada división tiene una sección de subsistencias y un almacén de distribución a este efecto. Hay también pequeños almacenes avanzados, próximos a la línea de fuego. Las unidades de división tienen panaderos y carniceros, con sus panaderías, o paneficios, y carnicerías. Extraen el género de los almacenes de distribución por medio de boletines. El depósito central está afecto a la dirección suprema.

Para la fabricación del pan se emplean sistemas varios. Hay hornos fijos, de paredes (invento italiano), para tropas acantonadas de asiento, hornos sobre ruedas y hornos sobre mulas, para los alpinos. Hay calderas-termos, que conservan el rancho caliente durante varias horas.

Los soldados alpinos y de montaña hacen ellos mismos la matanza de reses.

Se matan al día 4.000 bueyes. Además, en los almacenes hay provisión abundante de reserva en lata. Cada soldado lleva consigo dos raciones de víveres de reserva, en lata. Los parques almacenes de cada división, contienen víveres para varios días en todo momento.

Postas. — En la zona de guerra, el servicio postal está asimilado a la organizacion militar.

He aquí un promedio del servicio postal entre el ejército y el país, contando las cartas que reciben y las que envían los soldados; 3.500.000 cartas y postales al día; 350.000 certificados al mes; 400.000 paquetes postales (a los soldados les está prohibido enviar paquetes postales). Cada soldado tiene, por día, una tarjeta postal gratis.

Todas las cartas pasan por la censura, pero no sufren retraso, debido al gran número de censores que hay empleados en este menester.

Desde que comenzó la guerra han pasado por el giro postal 25.000.000 de liras, de ahorros enviados por los soldados a sus familias, y 10.000.000 de liras enviadas por las familias a los soldados.

En el ahorro postal, por medio de libretas, los soldados han impuesto hasta 500.000 liras, y el dinero sacado, mediante talones, monta a 100.000 liras.

Transportes ferroviarios.—Diariamente vuelven del frente a sus casas, con permiso, 20.000 soldados, para retornar en día fijo. No se ha dado el caso de un solo perdido o prófugo.

Por término medio circulan cada quincena en la zona de guerra, 2.500 trenes militares.

Durante la ofensiva austriaca del Trentino, en veintidós días transportó el servicio ferroviario militar 540.000 hombres, 74.000 caballos y mulos, 14.000 carros y vehículos. (En estas cifras no van comprendidas las tropas movilizadas en camión por carretera.) En un solo día se llegaron a transportar 27.000 hombres y 5.000 cuadrúpedos. El número de carruajes ferroviarios empleados fué de 82.000. Adviértase que en ningún momento el servicio civil normal padeció interrupción ni merma.

En un plazo de dos horas desde el aviso, se preparó el transporte de toda una división de caballería, desde un frente al otro.

El máximo de retraso de los trenes, con relación a los horarios prefijados, fué de cincuenta minutos, en alguna rara ocasión de servicio abrumador. El viajero civil puede llegar en coche-cama hasta la misma zona de guerra. Yo atestiguo con mi experiencia personal. Las anteriores notas y cifras expresan mejor que nada lo que es la organización del ejército italiano.





O NO SÉ QUÉ MISteriosa y necesaria relación existe entre la elocuencia y el oficio de barbero; pero ello es que apenas hay uno solo de éstos que no hable por los codos. La diferencia de climas, costumbres y países; la diversidad de lenguajes y prosodias; la distancia histórica y desarrollo progresivo de una a otras edades, son livianos accidentes que nada pueden contra aquella ley fundamental. Cuandoquiera y dondequiera, los barberos son harto elocuentes.

De seguro el lector conoce aquel breve chascarrillo, con que se pretende satirizar la incontinencia oratoria de los barberos:

«Siéntase el parroquiano en el sillón, o mejor, potro de tormento barberil. El barbero se inclina sobre él, sonriendo, como de costumbre, y pregunta:

»—¿Cómo va a ser?

»—Sin hablar—responde el parroquiano, con cara de pocos amigos.»

Digo que, de seguro, el lector conoce este chascarrillo, porque es universalmente conocido. Yo lo he visto reproducido en periódicos ingleses y alemanes, y, además, lo he oído contar muchas veces en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y España.

Pero lo curioso es que este chascarrillo cuenta varios siglos de vida. Aparece ya el dialoguito, exactamente con las mismas palabras, en algunos de nuestros autores clásicos, y hasta creo recordar que Lord Bacon lo pone entre sus aforismos, si bien de esto último no me

atrevo a responder, ni tengo a mano las obras del autor, a fin de evacuar la cita.

Pues bien: no seré yo quien niegue que, por lo común, la facundia barberil resulta una punición aflictiva para el paciente u oyente; pero ha de concedérseme que entre la caterva de rapabarbas farragosos, de vez en vez se tropieza con alguno que es ático y comedido en el decir, o sugestivo y pintoresco en el narrar, o bien que está cargado de experiencia, y viene a ser como repertorio viviente de observaciones, anécdotas y sucedidos.

Tenía yo un barbero que, a tiempo que sometía mi cabeza a prolijas escardaduras y mutilaciones, propias de las artes cosméticas, ora rayéndome las barbas, ora mondándome el cabello, acostumbraba amenizar mi forzada inmovilidad y la consecuente y natural angustia, refiriéndome lances, peripecias y memorias de los años en que había servido al rey. Sus cuentos eran amenos, interesantes y emotivos, como una buena novela.

Decía que el tiempo más feliz de su vida eran los dos años que había sido soldado, y era frecuente que interrumpiese sus manejos y se quedase con la navaja en alto, los ojos en éxtasis y una sonrisa en los labios, rememorando aquella época en que vestía calzones de paño bermellón.

Por haberlo leído en autores de esos que llaman «disolventes», señaladamente ciertos escritores rusos, yo me figuraba siempre el cuartel como algo vejatorio para la dignidad humana: un antro de tormentos, en todo y por todo parejo al presidio. Mi barbero me proporcionó una idea más viva y exacta de la existencia en los cuarteles. Lejos de ser una existencia infernal es, por el contrario, una existencia *paradisíaca.*

¿Paradisíaca?, preguntará algún lector, escandalizado o sorprendido. Sí; paradisíaca en aquella única y corta

medida en que es dado a la flaca naturaleza humana contrahacer o figurarse el paraíso en la tierra. Me explicaré.

Paraíso, en cuanto dicha perfecta, sin sombra ni vislumbre de contrariedad o dolor, no cabe en la vida mortal. Mi barbero no había olvidado ciertas penalidades de sus meses cuartelarios, las cuales, contempladas en la lejanía del tiempo, no le parecían congojosas, ni el recuerdo de ellas le traía agrura al alma, antes bien le movían a una especie de ternura irónica, semejante a la que nos embarga cuando en el archivo de nuestra conciencia comparamos algunos dolores leves de nuestra infancia, que a la sazón reputábamos abrumadores e irreparables, con los verdaderos dolores en que más tarde nos iniciaron el mundo y los hombres, o quizás las mujeres.

Los más gravosos cuidados y las más agudas aflicciones que pesan sobre los hombres y los atormentan provienen de dos problemas de muy difícil solución: el problema económico y el problema sexual. Comparadas con los sobresaltos de la lucha económica, sea la lucha por el pan del cuerpo, sea por la riqueza, que es ocio y, por ende, pan del espíritu, y con las inquietudes que trae aparejadas la pasión de la carne, todas las demás amarguras de la vida son livianas, son efímeras; en suma, son llevaderas. Sólo la imposibilidad de solucionar aquellos dos terribles problemas conduce a un hombre, en su sano juicio, al suicidio. Todos los suicidios conscientes se reducen a suicidios por pasión contrariada o suicidios a causa de ruina económica, o tal vez por deshonra, cuando la deshonra equivale a la ruina económica o a la vergüenza en el amor.

La vida paradisíaca fué vida paradisíaca porque nuestros primeros padres vinieron al mundo con aquellos dos problemas resueltos. Terminó la vida paradisíaca y

comenzó la vida mortal con aquella doble maldición divina que, en puridad, consistió en plantearle al hombre y a la mujer entrambos problemas: «ganarás el pan con el sudor de tu frente» (problema económico), «parirás con dolor» (problema sexual).

Pero la iniciación de la vida trabajosa y doliente consistió en el pecado, en la demasiada sabiduría. Perdióse la vida paradisíaca al perderse la inocencia. Luego la esencia de lo paradisíaco es la inocencia.

Después de comer nuestros primeros padres del fruto del árbol del Bien y del Mal, pecando así contra la obediencia de Dios, echaron de ver que se hallaban desnudos, y se avergonzaron, dice la Biblia. Hasta aquel punto no se habían dado cuenta de su desnudez. Ya no eran inocentes como niños; esto es, ya se les había acabado la vida paradisíaca.

De aquí que lo que en la tierra más se parece a la existencia paradisíaca es la puericia, a causa de la inocencia. En la puericia no existe el problema sexual ni, de ordinario, el problema económico. Por eso la puericia deja de parecerse a la existencia paradisíaca en aquellos casos en que los padres viven en la miseria, o bien que, por encenagarse en el desenfreno, inician prematuramente a los niños en los misterios pecaminosos de la carne.

El hombre no se resignó a abdicar por entero una manera atenuada de existencia paradisíaca, en habiendo pasado la edad de puericia. Para eso era menester dar solución permanente a aquellos dos problemas. Solucionados con carácter permanente el problema económico y el sexual, el hombre se retrae insensiblemente a un a modo de estado de inocencia, y sus actos trascienden no sé qué de infantil, abierto y animado.

La vida conventual constituye, en rigor, un ensayo de existencia paradisíaca, mediante la solución del proble-

ma del sexo, por la castidad, y del económico, por la llamada pobreza. Es una pobreza de calidad paradójica la de monjes, frailes y demás religiosos. Entienden por pobreza la supresión del peculio individual. Pero la adversidad de la pobreza, así como los cuidados de la riqueza, estriban en la zozobra del mañana, sea tocante al mero sustento, sea tocante a los bienes. Zozobra y cuidados desconocidos en la vida conventual y en la vida de niñez.

Lo que más se parece a la vida conventual es la vida cuartelaria El soldado es pobre, como el monje, pero el techo, la cama, el vestido y la comida está seguro que no le han de faltar. Se me objetará que el presidiario está en las mismas condiciones del monje y del soldado. Aparentemente, sí. Pero, en el fondo, cuán distintas. El monje y el soldado gozan de tranquilidad de conciencia, y de libertad relativa, aunque encauzada por la disciplina eclesiástica y militar. Es decir, todo lo contrario del preso. El religioso permanece en el monasterio porque le place; el soldado, por compulsión, mas por corto tiempo, y muchos son los que se reenganchan.

Es evidente que el soldado tiene resuelto el problema económico. Respecto del problema sexual, lo tiene resuelto en la medida de lo posible y por el procedimiento más humano. El mucho y violento ejercicio corporal del soldado apenas si le deja residuos físicos que malgastar en lides de amor. Aseveran los fisiólogos que el amor nace de un exceso o *superávit* de las reservas orgánicas. Por eso los hombres desocupados y haraganes suelen ser lascivos. Un ejemplo típico del amor de soldado es Napoleón. Napoleón era de temperamento ardiente y voluptuoso, como lo demuestran las cartas a su primera mujer, la emperatriz Josefina, e infinitos testimonios de sus contemporáneos. Sin embargo, la ininterrumpida actividad física a que le obligaron sus empresas guerreras le

hizo cambiar de temperamento, a tal punto que llegó a ser, según fama, frío e indiferente con las mujeres.

El amor de soldado, según experiencia de mi barbero, suele ser platónico, romántico y puro; el objeto amoroso se personifica de ordinario en menegildas y cocineras; y las prendas de amor que el soldado recaba casi nunca van más allá de los cigarros o cigarrillos que la amada hurta del dinero de la compra, y, cuando más, algún ósculo volandero y uno que otro pellizco inocente.

Yo no dire que en el cuartel el problema de la relación de los sexos esté solucionado, que es lo que sucede en el monasterio; pero, al menos está atenuado.

El cuartel es una comunidad de hombres solos. El hombre que vive en comunidad con hombres solos, tiene siempre algo de niño, de niño grande. Diríase que el hombre no alcanza su plenitud hasta que vive con la mujer. Por eso, un militar, si está en público con una mujer, se muestra con gestos satisfechos y ostentatorios, y hace alarde como el mozo que tiene novia por primera vez.

Al vivir ahora continuamente entre oficiales y soldados recibo la impresión de que me hallo en un gran monasterio, mezclado con hombres consagrados a una misión religiosa, hombres que parecen grandes niños. La imagen de la muerte está presente en el monasterio; pero la muerte no aterra: antes se acepta con ánimo levantado y bien dispuesto. Tampoco aquí aterra la muerte.

Aquella impresion de vida monástica la hube de apuntar en mis notas, con ocasión de una entrevista con los generales Cadorna y Porro. He anotado luego los casos en que la impresión se robustecía y definía. Esa misma impresión flota en las novelas de Tolstoi que tratan de costumbres militares. Luego he querido ahondar un poco, psicologicamente, en el contenido de esta impresión.



UN ANTES DE mirar de cerca la guerra, ya presumía yo que una batalla no se puede ver ni, por lo tanto, describir del natural. Para demostrármelo a mí mismo y a los lectores por el procedimiento de reducción al absurdo, hube de describir un raro espectáculo a que asistí, y que supe que se trataba de una batalla de verdad porque mo lo aseguraron personas de crédito.

Nada impide que uno imagine una batalla, a todo su talante, y que luego se aplique a escribir conforme los dictados caprichosos de la imaginación. Por ejemplo; la descripción, o más bien pintura, de la batalla de Waterloo, por Víctor Hugo. El cuadro no carece de interés patético, pero el espectador siente que todo aquello está imaginado, y advierte que peca por exceso de exageración, o de exaltación, como se quiera decir.

Al asegurar que las batallas no se pueden ver ni copiar, me refiero, claro está, a las batallas modernas, esto es, desde la invención y perfeccionamiento de las armas de fuego. Las batallas mediovales y las clásicas admitían ser contempladas y abarcadas cabalmente con el mecer de la mirada, debido a que, para que el combate se entablase, era menester que los combatientes se agrupasen cuerpo a cuerpo. El lugar de la acción solía ser campal, llano, descubierto; las fuerzas, formadas densamente y no muchas, si se cotejan con los ejércitos de ahora. Y por último, el espectador podía conservar su ecuanimidad, sin temor de una bala perdida, o de una granada,

mucho más perdida. Por eso las narraciones de los coronistas de la Edad Media, y de algunos historiadores de la Antigua, como Tucídides, Tácito y Julio Cesar, producen fuerte y estimulante impresión de realidad y de belleza. Pero aquellas eran batallas académicas, comparadas con las actuales.

Ya he indicado que, con prioridad a mi visita a los frentes de guerra, la noción de la imposibilidad de ver en su unidad un combate la había adquirido leyendo a Stendhal y a Tolstoi.

Compárese la discripción de Waterloo, por Hugo, y la misma batalla en los primeros capítulos de *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, o la de la batalla de Austerlitz en *Guerra y paz*, de Tolstoi.

La batalla de Waterloo, descrita por Víctor Hugo, está vista en conjunto y en detalles, como si el espectador fuera ubicuo, multiconsciente y omnipresente, o como si tuviera los millones de pupilas que los naturalistas atribuyen a las moscas. Mejor dicho, en la batalla de Waterloo por Víctor Hugo, las cosas pasan como se supone que pasan en el seno de Dios, que ni la hoja del árbol se mueve sin que haga un eco en la conciencia divina. Semejante procedimiento parece excesivo.

En *La Cartuja de Parma*, las cosas suceden de muy diversa manera. El protagonista es un mozo italiano que padece la fascinación de la epopeya napoleónica y anda siempre soñando, enhechizado por las proezas de su ídolo; fascinación sobremanera frecuente en los comienzos del XIX. Sucede que Napoleón se ha evadido de la isla de Elba y ha desembarcado en Francia. Los aliados coordinan sus ejércitos y avanzan contra Napoleón, el cual se adelanta hacia el Norte a presentarles combate. El mozo, que oye todas estas nuevas, encendido de entusiasmo bélico huye de su casa y toma la ruta de Flandes, a fin de alistarse en las huestes de Napoleón. Des-

pués de algunos días de jornada, llega a un paraje que se le figura vecino a la zona de guerra, y hasta recibe extraña sensación de hallarse en la proximidad de grandes y futuros acontecimientos. Cruza de vez en vez con soldados, que van a la deshilada, taciturnos; luego con una cantinera; pasan a distancia galopantes escuadrones; se oyen algunos tiros; se ven algunos muertos. En suma, muchedumbre de pormenores incongruentes y desarticulados entre sí. El mozo inquiere, de cuantos encuentra al paso; pero nadie le responde satisfactoriamente, o bien le enderezan chacotas soldadescas. Al día siguiente el mozo se informa de que ha estado envuelto en la batalla de Waterloo, sin saberlo, y que en aquella batalla el emperador se había perdido para siempre. Contado así, en cuatro rasgos sumarios, como yo lo hago aquí, parece algo artificioso. En Stendhal es la realidad misma.

Así es una batalla, vista por fuera; una sucesión de detalles, algunos quizás salientes, pero los más, dispersos, incoherentes, desconcertantes. En la batalla de Austerlitz, por Tolstoi, hay también la visión externa, ajustada a la misma norma; unos cuantos detalles aislados, pero uno que descuella y es inolvidable: el momento en que la niebla argentina de la mañana comienza a desgarrarse y surge Napoleón en lo encumbrado de una colina, sobre su caballo blanco, y a despecho de la impaciencia de sus soldados, que ven, por la posición que ocupan, que la batalla está ganada, aguarda impasible la ocasión sazonada y plena, y en llegando, que era a las diez de la mañana, comienza a descalzarse pausadamente un guante, señal de comenzar el combate. Pero, en Tolstoi, hay además la visión interior de la guerra. Para esto, el autor concentra todo el interés de la acción en un solo personaje. La visión interior de la guerra es entonces lo que este personaje ve y cómo

lo ve, las realidades que se le ofrecen, las peripecias en que se halla envuelto, las emociones por que pasa, los pensamientos que cruzan por su mente, en resolución, sus acciones y su proceso psicológico. En este sentido, hay tantas batallas, y todas distintas, como combatientes intervienen en ella. Aun suponiendo la situación de dos soldados que luchan par a par en la misma fila y trinchera, la batalla es diferente para cada uno de ellos, así en lo que ejecutan como en lo que les sucede, y sobre todo, es diferente psicológicamente. Considérese el contraste de emociones según un soldado sea soltero, o casado, o viudo, o bien padre de familia o hijo de familia, o bien, si viene del campo, habiendo sido labrador, o viene de la ciudad, en donde vivía como burgués, o bien, que en la vida civil fuera carnicero, o que fuera seminarista, etc., etc.

Pero lo más intenso que alienta en las novelas tolstoianas de asunto militar, es lo atañadero al carácter del soldado profesional. De esto he hablado extensamente en el capítulo anterior.

La nota más conspicua del carácter militar es la limitación, una especie de infantilismo, el cual proviene de la vida de comunidad entre hombres solos. La vida militar, a consecuencia de lo antedicho y acaso también en virtud de su austeridad, tiene algo de vida monástica. En la vida militar, no siendo en campaña, como en la vida monástica hay largas y sosegadas horas de ocio. La erudición, en épocas de turbulencia secular, se hallaba acogida al asilo de los monasterios. Parece natural, también, que los militares empleen sus horas ociosas en el cultivo del espíritu. Sin embargo, antes de acercarme a los oficiales y jefes del ejército italiano, yo creía, inducido por una experiencia asaz copiosa, que la profesión de la milicia rara vez se ve acompañada de la cultura espiritual. Por lo que respecta al ejército italia-

no, mi creencia era errónea. Con cuantos jefes y oficiales he hablado, me mostraron ser hombres doctos y de saber, no solamente en la ciencia militar sino en otras disciplinas, así de las artes como de las letras.

Pero lo que ante todo mueve a la simpatía hacia los militares es su simplicidad infantil. Hasta sus calaveradas, que en ocasiones son ciertamente descomunales y atroces, son las calaveradas ostentosas y espectaculares del mancebo que comienza a echárselas de hombre. Hablo ahora de los militares en general, indistintamente de su nacionalidad.

En varias ocasiones, desde que estoy de visita en el frente italiano, he experimentado la sensación de estar viviendo escenas de un libro tolstoiano.

Acaso el lector recuerde mi primera comida en un albergue provinciano de la ciudad en donde está el Cuartel general. Aquello era Tolstoi.

Quiero referir otro lance, meramente anecdótico. Fué en Monfalcone. El general y los jefes y oficiales de uno de los ejércitos me honraron invitándome a su mesa para almorzar con ellos. Después del almuerzo, salimos todos a vagar unos momentos al aire libre. Yo observé que los oficiales más jóvenes cuchicheaban, cubriéndose la boca con la mano, miraban de reojo al general y reían con disimulo afectado, es decir, como disimulando, pero dejando traslucir al mismo tiempo que deseaban llamar la atención del general. Se echaba de ver que no se trataba de la malignidad de una burla, sino de una alegría sana e ingenua, reprimida un tanto por el respeto al superior, y en el fondo, un anhelo de serle grato a éste. Oíase una frase correr de boca en boca: «la teresiana del capitán», «la teresiana del capitán». Uno de los capitanes estaba descubierto, con la teresiana en la mano y los ojos fijos en el general, como si le quisiese hablar y no osase. A la postre se decidió:

—Mi general: se ha equivocado Usía de teresiana y ha cogido la mía en lugar de la suya.

—Caramba, pues es verdad—respondió el general, después de haberse despojado de la teresiana que llevaba puesta, y se echó a reír.

Como si esta fuera la consigna para reírse abiertamente, todos soltaron el trapo. Dábanle vaya al capitán por el buen agüero de la equivocación, que le había de acarrear el ascenso. Parecía una escena entre escolares, con el maestro bien amado. Y todo era tan puro, tan varonil e infantil al mismo tiempo, que yo estaba encantado en mi corazón.

He aquí otra escena, de orden contradictorio. Después de prolija caminata en automóvil, hemos venido a posar durante la noche a un hotel alpino. En tiempo de paz era un lugar de divertimiento, deporte y elegancia. El Gobierno lo ha requisado y no se admiten sino ciertos huéspedes oficiales, por decirlo así. Llegamos ya cerrada la noche. Penétrase hasta el hotel por una avenida que faldea una ladera. En ambas bandas, macizos de negros árboles, el perfil superior dentado y puntiagudo, como la espesura de un cementerio. El guijo de la avenida cruje bajo los neumáticos del coche. Ya estamos en el gran patio del hotel. Hay un silencio de naturaleza. No se oye sino el rumor de agua en la noche.

El hotel es un vasto edificio. Está alhajado y ornamentado con riqueza profusa y un gusto cosmopolita, como conviene a los menesteres mundanales en que cumplía antes de la guerra. El gerente me informa que los alojados apenas llegan a una docena, todos ellos señores oficiales del ejército y además dos señoras (cosa rara). Cuando entro en el comedor, está vacío. Los huéspedes han hecho ya su refección. Acabada la comida subo al salón. Está decorado en blanco y oro. Hay innumerables mesillas, con tapetes blancos, estampados de dibujos

geométricos en rojo y azul, al estilo tudesco. Algunos muebles son de madera curvada, hechos en Viena. En un ángulo está el piano. De otra parte hay varias mesas de billar, con cubierta de satén, color granate. Junto el piano se apiña un pequeño grupo de personas. Cuatro oficiales, con sus uniformes cenicientos, y en el cuello de la guerrera flánulas bermellón y naranja. Luego, dos hembras, dos *signorinas*. Sé que la una es rusa, la otra yanqui. Sé también que son las amantes de sendos oficiales. La rusa lleva, sobre el tocado, un gorro de cuartel, que cae al sesgo hasta la frente. La yanqui va vestida de seda rosa, sombrero haldudo color rosa, muy descotada y grandes y esponjosas pieles de zorro blanco. Los oficiales y las muchachas fuman sin cesar y beben copitas de benedictino. Ahora, la rusa se ha sentado al piano y toca trozos sentimentales de óperas italianas, que los demás tararean. Ahora se pone en pie, alcanza un estuche que está sobre el piano, se acerca a una mesa verde y derrama sobre el tablero la fichas de nácar—carmín, amarillo canario, perlinas—del estuche. Rodean la mesa y comienzan a jugar al poker, fumando siempre. Y a todo esto apenas si han hablado. Hay como un silencio mortal de naturaleza y se oye el rumor de agua en la noche: ¿Que todo esto carece de importancia? Quizás. Pero a mí me ha causado honda emoción.





EVÁNTOME cuando despunta la primera luz del día; un albor denso, perlino y humoso. Entre los ambages de este vaho matutinal, disimúlanse las cosas que me rodean. Se oye el ruido de agua rodando sobre rocas, como rumor rezagado de la noche. Antes de partir, exploro rápidamente el lugar en donde me encuentro. Es un gran establecimiento alpino de aguas medicinales, con aspecto de Casino cosmopolita. Se llama «Vena de Oro». A lo largo de un muro corre una inscripción, de letras tamañas de medio metro y en latín, que, traducida, dice así: «Nada curará lo que Vena de Oro no cure.» Guillermo Ferrero, que se ha derretido entre la niebla, explorando por su cuenta, me llama a voces, anunciándome que me mostrará algo sobremanera gracioso. Andando a la ventura, doy con él. Me muestra un pequeño monumento, y me hace leer su lápida epigráfica, la cual reza de esta manera: «Estos son los vasos en donde bebieron el Rey Humberto y la Reina Margarita, en su visita a Vena de Oro.» Debajo de la lápida hay una puertecilla de hierro, entreabierta. Ferrero me aconseja que la abra, y se ríe maliciosamente. No sin cierta inquietud me decido a abrirla. Hay un receptáculo vacío. Por más que investigo, no hallo nada de particular. Ferrero rompe a reír y me pregunta si busco los vasos. Resulta que lo gracioso es que no están los vasos, a pesar de la lápida que asegura que los hay. A Ferrero, historiador del Imperio romano, habituado a descifrar lápidas e inscripciones antiguas, se le figura de seguro que

la epigrafía es una cosa muy seria; que cuando los hombres se resuelven a afirmar algo, grabando sus palabras en piedra o bronce, es porque están ciertos de lo que afirman, y que, por último, ya desde las tablas de Moisés, las inscripciones tienen carácter de verdad absoluta. Por eso, ante la falta de formalidad de esta inscripción, Ferrero se ríe, como nos reímos de lo absurdo e inverosímil. Tal es la explicación que he encontrado a la hilaridad de Ferrero. Ferrero tiene alma de niño. Excusado es advertir que, para ser un gran historiador, se necesita, ante todo, alma de niño. Sólo el alma pueril posee el don de revestir de plasticidad imaginada y vivir como de presente las cosas muertas o que no se han visto, y esto es la Historia.

La chanza de Ferrero ha afinado mi espíritu en un tono de alegre simplicidad, de infantil candor. Y así, cuando salimos de jornada, bien que el automóvil corra que el diablo se lo lleva, yo desearía que corriera más, porque llevo alas en el corazón. También la Naturaleza ha vuelto a su simplicidad y candor infantiles, como si estuviera recién creada. Los vallecicos montañeses duermen aún, respirando una neblina virginal, sonrosada y luminosa, como el alentar de un niño en sueños. No parece sino que el fragor de nuestro automóvil los va despertando, uno a uno, a los afanes del día. Las ventanitas de las viviendas se van abriendo perezosamente, como párpados. La torre de la iglesia es al modo de un brazo que se despereza. La niebla se va disipando, y en el aire sutil vuelan palomas y son de campanas. Un campesino aguija sus bueyes. Un leñador hachea un abeto. Y uno siente el deseo desmesurado de ser paloma, de ser campana, de aguijar los bueyes, de ser leñador, de ser y hacer todo o que se ve hacer, como en los años anhelantes de la infancia.

Nos hallamos sumidos en un oleaje de montes ingen-

tes, que con crestas digitadas, como manos, palpan la carne azul y sedeña del cielo. Cada monte adquiere una individualidad, un carácter, una fisonomía, una reminiscencia antropomórfica. Indudablemente, cada uno posee un nombre bautismal de remoto abolengo, una vida y una historia centenarias. Por armoniosa asociación de ideas pienso en Gabriel D'Annunzio, gran poeta, que es decir también alma de niño. No será temerario indicar que entre Ferrero y D'Annunzio, esos dos niños admirables, han llevado de la mano a Italia a la guerra, esa sublime niñada salvadora. Uno dió la emoción y el entusiasmo; otro la idea y claridad de conciencia.

A la memoria me vienen ahora versos de D'Annunzio, frases colmadas de sentido, como todos los vocablos casados poéticamente. He aquí algunas palabras del poeta: «Todo gesto, apacible o rudo, me sirvió de ejemplo. Envidio al hombre que erige un templo, al que aguija un toro, al que extrae de la antigua fuerza del agua la nueva fuerza.» Precisamente en este instante tenemos a nuestro lado al río Cismón, embalsado artificiosamente, a fin de aprovechar su fuerza latente y antigua, trasformándola en energía eléctrica. Italia carece de yacimientos de carbón de piedra; pero en la vertiente meridional de los Alpes posee un minero inagotable de hulla blanca. Nadie le acusará de no saber agradecer los favores del cielo. Tengo entendido que Italia es la primera nación del mundo en la industria hidroeléctrica. Envidiemos a este pueblo que ha extraído la fuerza nueva de la fuerza antigua del agua. Y no olvidemos que Volta, el descubridor de la electricidad, era italiano y, si no estoy equivocado, alpino.

Deseo reproducir otras palabras del poeta, que coordinan maravillosamente con el panorama y con el estado de mi ánimo. Dicen: «Un amor indecible de los montes está en mi pecho. Deseo reconocer estos rostros desnu-

dos y llamarlos por su nombre. Cada luz, cada sombra, cada hendedura, cada aspereza, me parecen signo de un dios, huella de un héroe, fatiga de un hombre, esfuerzo de un monstruo.»

Se pensaría que todos estos montes, tan en nuestra presencia y, sin embargo, tan desconocidos, tan extraños, tan misteriosos, tan abruptos, son impracticables. No se concibe cómo se pueda abrir en ellos una carretera por donde subir hasta la propincuidad de sus cimas. Pero ello es que nuestro automóvil sube y sube por una carretera, roja como herida recién abierta, carretera encubierta bajo bosques de abetos.

Esta carretera es flamante; la ha tendido en el último año la ingeniería militar italiana y, como todas su semejantes, está trillada a todas horas con el tráfago de los servicios del Ejército. El trazado estradal de la guerra italiana es obra que pasma, señaladamente la parte realizada en lo más encumbrado y arisco de los Alpes. D'Annunzio pregunta en uno de sus poemas que por qué el poder humano no será también ilimitado como lo es el deseo. Desde el ápice de estos montes, endiosados e inaccesibles todavía hace un año, tenemos que responder que el poder humano es también ilimitado.





OR UN ERROR de perspectiva, que proviene de que cada cual, necesariamente y a pesar suyo, se considera clavado en el centro del infinito, adonde convergen todos los radios de la realidad, acontece, a veces, que se deshacen de momento las relaciones, así de las cosas como de los sucesos, y el universo atraviesa un breve período de graciosa absurdidad, durante el cual lo ingente se empequeñece y lo enano se agiganta, las causas baladíes arrastran a la zaga enormes acontecimientos, y las causas descomunales engendran efectos miserables, como los montes que parieron desmedrado ratoncillo. Y todo porque estamos, cada uno de por sí, en el centro del universo, y no podemos representarnos el mundo sino conforme a nuestra perspectiva individual. De esta perspectiva antropocéntrica puede llegarse, por exaltación, a la sublimidad lírica. Tal es el caso de D'Annunzio y, sobre todo, de Walt Whitman. Un famoso escritor inglés, Juan Addington Symonds, autor de un admirable volumen crítico sobre Walt Whitman, escribe, en los comienzos de su estudio, que «hablar acerca de este poeta es como hablar del universo». Bien es verdad que este poeta considera que él mismo es todo el universo, o, por mejor decir, que todo el universo se compone de un cúmulo de actividades teleológicas, cuyo fin último es uno mismo; porque entiéndase que Walt Whitman habla por sí y por todos los hombres, y cuando habla de sí propio, se refiere al hombre, a cada hombre. Oigámosle algo de lo que dice ser:

«Yo soy la cúspide de todas las cosas realizadas y la génesis de las que se han de realizar.»

«Allá, en lejanas profundidades, veo la disforme primera Nada. Y sé que ya estaba yo allí.»

«Invisible siempre, aguardé dormido, a través de la niebla letárgica.»

«Inmensas han sido las preparaciones hasta mí.»

«Los siglos condujeron mi cuna, remando y remando como alegres remeros.»

«Las estrellas se mantienen inmóviles en sus órbitas para hacerme sitio en el mundo.»

«La primera nebulosa se solidificó en forma de orbe, para sostener mi embrión.»

«Los alongados y hondos estratos se alinearon luego para hacer pavimento a mi embrión.»

«Vastos vegetales le dieron sustento.»

«Saurios monstruosos lo transportaron en sus bocas y lo depositaron cuidadosamente», etc., etc.

No cabe duda de que Walt Whitman es sublime. Aunque con aspecto desapoderado y selvático, las ideas que expresa son ideas raíces del alma humana, si bien de ordinario dormitan disimuladas entre «la niebla letárgica» de la subconsciencia.

Sin llegar a aquel arrebato y enajenación, propio de la poesía lírica, el antropocentrismo nos domeña cauta y habitualmente, y de tiempo en tiempo se nos impone sin ningún disimulo y con cierto aire de graciosa absurdidad, como hemos dicho ya más arriba. Se nos figura entonces que el mundo ha sido creado en una manera de función anciliaria, para servirnos, y que las ocurrencias pretéritas estaban predestinadas en derechura a nuestro provecho. No lo podemos remediar. Alguno ha vituperado al gran pintor Sorolla esta frase: «El sol existe para que yo lo pinte.» No acierto a discernir jactancia ni alarde en la frase. Reputo tan natural que a Sorolla

le parezca que el sol existe para que él lo pinte como que a Diógenes le pareciese que el sol existía para que le rehogase la tripa. Y, además, el sol existe porque queremos y cuando queremos. Un dedo nuestro, el más desvalido y superfluo, el meñique, tapa con su pequeñez la grandeza solar, si lo colocamos cerca de los ojos. Y si no queremos siquiera molestarnos en levantar la mano, cerramos los párpados, y el sol deja de existir. Existen las cosas cuando queremos que existan, cuando sobre ellas proyectamos nuestra vida; es decir, que sólo existen con relación a nosotros. Si les volvemos la espalda, dejan de existir. Lo propio ha de entenderse de la historia. Un amigo mío me decía: «Nunca, hasta ahora, había comprendido el sentido ni la necesidad del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, a pesar de habernos proporcionado la cochinilla, como decía Voltaire, y los cacahuets. Ahora comprendo claramente que me era imprescindible que Colón descubriera América; esto es, que la descubrió para mí.» Y lo decía porque se iba a casar con una mujer americana.

Consideremos el acto simplicísimo y multimilenario de comerse una manzana. ¿Cómo disputar que yo no existo para la manzana, sino que, por el contrario, la manzana existe para mí? Luego también el manzano que dió el fruto; luego también la simiente del manzano, y así, por ascendencia directa, llego al paraíso terrenal; luego, desde que hay historia, todo lo que en el mundo ha sucedido, la divina Providencia lo ha dispuesto tal y como pasó, y no de otra manera, a fin de que yo pueda comer esta manzana en este instante. Como se ve, hay en el mundo cierta humorística desproporción entre las causas y los efectos, entre los medios y los fines.

Todo lo anterior se me ha ocurrido en automóvil. No hay generador de ideas como el automóvil, cuando no se va guiando el volante. Quizás en ocasiones las ideas

salen incoherentes; pero la culpa es de los baches de la carretera. Voy recorriendo, arriba y abajo, a diestro y siniestro, las mil y una sinuosidades de los Alpes. Jamás se me ha ofrecido, antes de la guerra, ni se me ofrecerá después de la guerra, ni era posible que sin la guerra se me ofreciese, ocasión como esta de conocer los Alpes en todos sus enredijos, anfractuosidades, vetas, resaltos y rendijas. Digo que no hubiera sido posible sin la guerra, porque los Alpes han cambiado no poco, en algunas zonas, a consecuencia de ella; hay sinnúmero de caminos que antes no había, precisamente aquellos que llevan a los parajes más estratégicos para el combate o la observación del panorama, y, en fin, que la mudanza ha sido de tal suerte, que ha desaparecido, volado por una mina, algún monte, por ejemplo, uno bautizado el Castelletto, episodio que narraré oportunamente. Además, una cosa es conocer los Alpes en tiempo de paz y otra conocerlos en tiempo de guerra, hormigueados y pululados por un ejército de operaciones. ¿Y oír un cañonazo, de los de grueso calibre, con sus interminables multiplicaciones y retumbos de fabulosa musicalidad? Para describir las emociones con que esta sinfonía suspende el alma, se necesitaría ser una especie de predestinado y poseer la aptitud genial; ser un Homero, un Dante, un Shakespeare, acaso un Beethoven. Pero no deja de ser otra manera de predestinación, a falta de los medios de expresión, haber tenido la suerte de atravesar por esas emociones. Por donde, dejándome dominar gratamente de aquella arrogancia inofensiva y humorística de antropocentrismo, me siento inclinado a figurarme que Italia ha entrado en la guerra, y, con antelación, ha estallado el conflicto europeo, y hasta que se ha inventado la polvora, con el fin, trascendente e incógnito para los demás hombres, de que yo contemplase la tragedia y viniese a pasar unos días a los Alpes.

Cualquiera diría que me las doy de Nerón, acaparando en mi particular beneficio un espectáculo tan costoso de dolor, sangre y muerte. Pero, aunque tengo para mí que todos llevamos dentro un Neroncito en mantillas, ahora no se trata de neronismo. Es que la guerra, lo mismo que todas las sustancias, ideas y actos elementales: la luz, el aire, el agua, el fuego, la risa, el odio, la felicidad, el amor, son lo que los romanos denominaron *res nullius,* cosas de nadie, por ende para todos, y cada cual ostenta derechos sobre ellas, como si hubieran sido creadas con destino a él únicamente. Sospecho que cuantos han estado en la guerra, ya como actores, ya como mirones, se han hecho la ilusión, en el rigor de un trance o en la cresta de una emoción, de ser ellos los protagonistas. Asiéndose fuertemente con las potencias del alma al espectáculo de la guerra, se extrae beneficioso zumo espiritual, así como la poderosa Roma, en su infancia, se nutrió mamando de las hirsutas ubres de una bestia lobuna. ¡Yo le debo a la guerra tantas revelaciones!... En este sentido he llegado a decir poco ha, afectando el tono de chanza, que me parece como que hay guerra para que yo la contemple. Estas palabras no acarrean responsabilidad moral ninguna ni son afines del neronismo. El ser aquel para quien se han hecho las cosas y el ser aquel que las hace, son dos términos contrapuestos. De un lado está el sastre, que hace el traje para el parroquiano; y de otro, el parroquiano para quien el sastre hace el traje. Los dos términos se confunden por excepción. Juan Palomo hacía las cosas por sí y para sí. Nerón era un Juan Palomo de naturaleza monstruosa. Claro está que en esta guerra, si bien las responsabilidades son harto complejas, soterradas y difusas, hay alguna responsabilidad más concreta y manifiesta. Hay un Nerón actual, delirantemente vano, sandio y temerario, un demoníaco Juan Palomo del mal y de la

desolación, el cual bien puede ser un hombre solo, quizá una institución, acaso todo un pueblo. La historia dictará la ardua sentencia, y no la historia del futuro remoto, sino la historia del futuro próximo, y nosotros la hemos de oír, sonando en nuestras orejas mortales, no de otra suerte que el cañón entre estas moles formidables, con multiplicaciones y retumbos que nos harán temblar las carnes y el corazón, aterrados y apiadados juntamente.

Y el automóvil sigue rodando, tan pronto cerca de los picachos como de las hondonadas, tan pronto a través de un campamento como en un vallecico eclógico, en donde no hay vestigios ni presunciones de guerra.

He aquí los Alpes, mar embravecido
de olas alzando el lomo enorme y rudo,
que al pronto quedó empedernido,
descoyuntado y mortalmente mudo.
El lomo se ha trocado en piedra dura,
donde raras quimeras talle
de la fantasía el cincel.
Trocóse la amargura
del abismo en dulzor de valle,
donde crecen rosal y laurel.
La ola, tumultuosa e hinchada,
está rígida, callada y quieta.
Flota en el valle luz dorada,
que hace unas sombras violeta.

Horas de ocio supremo. Instantes
infinitos. No hay hoy ni ayer.
Y los árboles crecen gigantes,
pues no tienen nada que hacer.
En la roca se escucha el rodar
eterno, el eterno fluir
del agua, con roncas cadencias.

Está ronca de tanto hablar,
y nada tiene que decir;
acaso dice impertinencias.
Una moza de rojo pelo
pastorea el rojo ganado.
El humo se pierde en el cielo.
El mozo se fué de soldado.

Volved los ojos a las altaneras
cumbres, de piedra dura y nieve fría,
donde talla raras quimeras
con su cincel la fantasía.
Allí una cabeza de anciano,
que está envuelta en vedijas azuladas.
Lleva una pipa en una mano
y sopla el humo a bocanadas.
Y más allá, una anciana, enhiesta.
Brujo contorno en el zafir.
Tiene entrapajada la testa,
con gorro blanco de dormir.
Y, una tras de otra, legión de montañas,
seres apocalípticos e ingentes,
que desdeñan, con muecas hurañas,
a los hombres, microscópicos entes.
Entes ridículos y vanidosos
que aspiran á tiranizar la tierra.
¡Cómo se burlan los colosos
de nuestra minúscula guerra!

Brota el fogonazo rojo,
y luego tenue aliento, que al punto se disipa.
Una granada hace saltar un ojo
de aquel vejete de la pipa.

El estampido mueve ecos lejanos.
Ruge el vejete. ¡Gran avilantez!
¿Son estos, por ventura, entes humanos
o han vuelto los titanes otra vez?

¡Ay! Zagala del cabello bermejo,
que apacientas los bueyes bermejos;
zagala del bermejo zagalejo,
cuyo zagal anda tan lejos:
¿no aciertas a entender este estruendo?
¡Vaya por Dios! Yo tampoco lo entiendo.

En definitiva: la ideación de diez horas de automóvil.





UANDO HABLÉ la primera vez con el general Porro, entre las cosas curiosas que me mostró este insigne estratega, recuerdo dos fotografías de los Alpes dolomíticos, las dos tomadas desde el mismo punto, y, sin embargo, en una de ellas faltaba una montaña, ¿Por obra de la niebla, o de la luz o de algún espejismo o fenómeno óptico? No, sino por obra del ejército italiano, que la había volado y hecho desaparecer; la había escamoteado, como un ilusionista escamotea una bola de billar. Este acto tan natural y tan sobrenatural de suprimir en un segundo toda una señora montaña, se conoce en los gloriosos anales de la guerra alpina italiana con el nombre de operación del «Castelletto»; así, en diminutivo, como si se tratase de un castillete de naipes. Luego nos motejarán a los latinos de exagerados e hiperbólicos.

El general Porro me había dicho:

—Ya visitará usted el Castelletto.

Y heme aquí en automóvil, camino de los Alpes dolomíticos, a fin de visitar las ruinas y el hueco que dejó el famoso castillejo. Es de madrugada. Ya estoy escuchando al lector que impetra de mi magnanimidad que le ahorre la descripción circunstanciada de los parajes que vamos recorriendo. El lector ansía que lleguemos cuanto antes al punto de destino. Yo también. Pero el automóvil, aunque corre que se las pela, va más despacio que el deseo. ¿Qué hacer, en tanto estamos de camino? Dormir sería lo mejor; pero ¡cualquiera duerme en

automóvil! Es el principal inconveniente de este admirable artefacto. En el automóvil no se puede dormir ni leer. No hay sino mirar en torno, examinar el paisaje y abandonarse a esa especie de ideación rápida, cortada y un tanto incongruente, peculiar de las jornadas en automóvil. Cada medio de locomoción induce a un género específico de ideación y consecuentemente da un color o sentido diverso de la vida. Aunque siempre ha habido personas inquietas y trashumantes que viajaban de un país a otro, los viajes, como organización regular y orden de actividad general, al alcance de todo el mundo, no arraigan hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX. Antes de esta época viajaban los potentados, personas reales y embajadores, con gran escolta de gente armada; etapas frecuentes y sin fin de enojosidades; viajaban también los ejércitos, con pesada parsimonia y retardataria impedimenta, y, sobre todo, viajaban los vagamundos y pícaros, sin nada a cuestas, o cuando más, con misérrimo hatillo. A fines del XVIII se trazan la mayor parte de las vías de comunicación que actualmente perduran en Europa, y se implanta de una manera periódica y frecuente el servicio postal. A principios del XIX los correos dejan de ser un negocio privado y pasan a los Gobiernos. Precisamente el nombre de *Postas*, que aun empleamos en su adjetivo derivado (ingleses y franceses conservan el sustantivo *Postas)*, viene de los postes que en las carreteras indicaban las etapas de relevo para el ganado de los coches-correos o, como entonces se dijo, sillas de postas. Con la silla de postas, y sus sucedáneos, la galera y la diligencia, los viajes dejan de ser privilegio exclusivo de magnates y de pícaros y se convierte en un placer democrático e igualitario en el cual todos participan. Hasta ahora los medios de locomoción se han desarrollado en tres eras: la era de la silla de postas, o del romanticismo; la era del ferrocarril, o del

naturalismo (en 1874 se constituye la *Unión postal universal)*, y la era del automóvil, o del modernismo. Lo que caracteriza esta nuestra era del automóvil es el contraste, la incoherencia, el furioso individualismo. Es claro: se trata de un viaje en que no se puede leer ni dormir, y que, al mismo tiempo, es bárbaramente estimulante, dinámico, algo arriesgado siempre e incompatible con el ensueño perezoso. Musset dice en una de sus poesías que una vida sin amor es como una batalla sin charanga o un viaje sin un libro. Él quería dar a entender que aquellas tres cosas, sin su aditamento correspondiente, eran tristes, dolorosas y pesadas. Pero no hay tal. La acción, el puro dinamismo, sustituye todo lo demás, con ventaja. Las vidas más útiles para la humanidad, más colmadas y serenas, han sido vidas sin amor, sin el amor sexual, que es a lo que alude Musset. En la guerra de hoy en día ya no se toca la charanga. Viajamos en automóvil, sin libros. El automóvil favorece el ensoberbecimiento individual, la incoherencia y la anarquía. Probablemente, el medio de locomoción de mañana será el aeroplano o dirigible, merced al cual el viajero alcanzará una síntesis suprema, viajará a plomo sobre las cosas, al modo como se lee un libro, e irá pasando de una en otra comarca como se vuelven las páginas del libro.

Y a propósito de la navegación aérea, sorprende que haya tardado tanto tiempo en descubrirse. Todo consistía en darse cuenta de que el aire es una cosa material, como el agua, donde nadamos, y la tierra, donde pisamos. El filósofo Kant, explicando la naturaleza de las categorías de la razón, las cuales parecen otras tantas trabas o limitaciones en la libre operación del discurso, no obstante que merced a ellas discurrimos, sírvese de una metáfora, ya clásica: la de una paloma que se figurase que sin la pesadez del aire y la resistencia que al batir contra él hallan sus alas, volaría más rápidamente,

cuando es lo cierto que vuela porque se apoya en el aire.

Según corre, dijérase que alado, el automóvil, el aire me tropieza en el rostro, a ramalazos, en coágulos. Me da la sensación de cosa visible y tangible, y de que sólo depende de mi arbitrio lanzarme al espacio y dejarme flotando, en suspensión, sobre las ondas y pliegues del aire, como en la superficie del mar. Verdaderamente es inexplicable cómo el hombre se ha distraído tantos siglos en domeñar el aire dócil.

Y a todo esto, han transcurrido insensiblemente unas horas de viaje. Henos aquí que desembocamos en anchuroso valle, revestido de praderas verdegay, y arbolillos esparcidos aquí y acullá, de perfil tan sencillo y hojuelas tan simétricas que parecen trazados por las manos de un niño. Al frente, y cerrando el valle, se alza la tierra escabrosamente, hirsuta, con aborrascado boscaje, y allí donde el boscaje concluye se erigen tres formidables, descomunales moles de piedra desnuda, rugosa, quebrada, cortante, color gris de plata con visos sonrosados en los resaltes, velaturas azulinas en la sombra y blancos tachones de nieve resplandeciente a trechos. Son las tres Tofanas dolomíticas. En el regazo del valle, descansa el pueblo de Cortina, de pulcras casitas, desgranadas entre verde felpa.

Atravesamos Cortina. Algunos tejados están hundidos; algunos muros, agujereados por la artillería. Discurren los habitantes por las calles, con esa beatitud de la gente de montaña. El automóvil sigue, cuesta arriba, faldeando la base boscosa donde se asientan las Tofanas, a lo largo de la calzada dolomítica, atracción universal que fué, para los amantes del turismo. Es una carretera como de cinco metros de banda a banda. De uno de los lados sube el monte a pico, y cae a pico del otro lado. De esta parte, la carretera tiene un pretil, a la

manera de barandal, y es toda ella como un balcón que domina uno de los panoramas más hermosos del mundo. A veces surge de la espesura una poderosa y calva roca, como cerrando el paso a la carretera; ábrese entonces un túnel, y la carretera pasa por debajo, como si tal cosa.

Ya hemos llegado a un campamento de alpinos. Nos recibe el comandante del destacamento, con la oficialidad. Pasamos a un barracón de madera, en donde nos agasajan con hervoroso café y algún licor ardiente y reconfortante, que mitigue un tanto el frío de estas alturas.

Recios mulos están apercibidos en fila, a la entrada del barracón. Cabalgamos en ellos y tomamos rumbo al Castelletto.

A poco de cabalgar, emergemos fuera de la umbrátil espesura de los bosques de abetos y nos hallamos en la raíz misma de donde arranca la tercera Tofana. El suelo es deleznable, movedizo, de grava, guija y arena, tendido en empinado declive, con el desgaste y aluvión que las lluvias traen rodados de la rocosa cumbre. Adviértense vagas veredas en zig-zag, abiertas por las reatas de acémilas que suben y bajan de continuo.

Un alpino, que conduce mi mula del diestro, me va individualizando peregrinos pormenores, para mí anónimos. Yo voy siguiendo sus indicaciones con mis prismáticos.

—¿Ve usted aquella línea de puntos negros, muy cerca de la misma cima, sobre la nieve?

—Se dijera una hilera de insectos.

—Pues es un covoy de acémilas.

—Pero ¿cómo no se caen? Desde aquí parecen puntos pintados sobre una pared blanca, perpendicular.

—Para ser perpendicular le falta poco; pero también en las paredes hay rendijas, y los mulos van andando sobre esas rendijas.

—¡Pues vaya un gusto! Porque digo yo que allí nada tendrán que hacer.

—¿Que no? ¿Ve usted en lo más alto, que la roca se abre en una grieta?

—Ya veo la grieta.

—¿Ve usted al lado de la grieta unas manchas oscuras? Pues allí hay una barraca de alpinos, y hay cañones de grueso calibre, que usted no puede ver porque están bien disimulados.

El soldado me explica cómo los han subido. Pero yo, que estoy desde abajo contemplando este valladar, alto de cerca de mil metros, no acierto a darle crédito.

—Amigo mío —le digo, sin apartar los prismáticos del punto en donde él asegura que hay artillería gruesa—, tú eres de seguro un hombre veraz, pero yo soy un hombre escéptico, y no te creo.

En esto ¡zas! dispara uno de los cañones de la cumbre. El estrépito que mete delata su grosor nada común. El alpino, sin prestar atención al episodio, continúa sus indicaciones informativas. Uno de los flancos del monte está hendido por profunda hendedura, que viene desde la cresta hasta el pie, y a medida que desciende abre penumbrosa barranca. Escucho quejumbroso estridor sobre mi cabeza. Alzo los ojos y descubro dos vagonetas que corren a encontrarse, se cruzan, y siguen en dirección opuesta. Es un tranvía aéreo (el alpino lo llama una *teleférica*, a la griega): arranca poco más abajo de donde está la mencionada grieta y termina allá lejos, en un collado, a la otra margen del valle.

En la teleférica se envían las municiones de la artillería y las vituallas cuando la nieve del invierno impide subir en mulo.

La montaña se eleva a nuestro lado en absoluta y perfecta perpendicularidad. Caminamos, arrimados con el hombro a la montaña, sobre estrecha faja o relieve de

piedra, al modo de cornisa. El mulo continúa impávido. Por algo una tía abuela mía llamaba a los mulos «animales que no se confiesan», como si los demás animales se confesasen. Y ahora recuerdo haber leído en la *Vida y milagros de San Antonio patavino,* o de Padua, que, conduciendo este santo la hostia consagrada, un mulo que halló al paso se arrodilló, en signo de veneración. En los trances difíciles, como es éste en que ahora estoy, brotan extrañas asociaciones de recuerdos e ideas.

Vuelve a oírse sobre nuestras cabezas desconcertante rumor. Caen en mi sombrero, hombros y manos, arenas y pedrezuelas. No hay sino decidirse y mirar. Un hombre desciende por el aire, apoyando los pies en la pared o montaña. El hombre cuelga de una cuerda, que o bien es elástica, o bien el hombre se la va sacando de dentro a medida que la necesita, como hacen las arañas cuando se descuelgan del techo. Y en verdad que con sus largos pies e inquietos brazos destacando sobre el cielo azul parece un arañón; pero no es sino un intrépido soldado alpino. Vaya, que estamos en el país de las maravillas, a 3.000 metros sobre el nivel de los sucesos y de los hombres de todos los días.

—Allí estaba el Castelletto—dice mi espolique.

Yo obedezco la imperativa indicación de su dedo índice, y no veo nada.

—¿Dónde?—pregunto.

—Allí.

—Allí es el vacío.

—Por eso precisamente.

—Amigo mío, has dicho una verdad como un templo. Para señalar el sitio que ocupaba un diente, entre otros dientes, no hay más remedio que indicar una muesca, un hueco, un vacío.

El soldado alpino se ríe, con respetuosa sobriedad. Luego, añade:

—Pero no tan vacío. Repare bien sobre la tierra.

—Exacto. El diente desaparecido deja un hueco o muesca entre los demás dientes, y una cavidad, oquedad o álveo, en la encía. Allí veo el álveo de lo que fué el Castelletto, un cráter más que mediano.

—Eso es. Así le dicen; un cráter.

Me aplico a estudiar con mis gemelos el lugar en donde fué el Castelletto y ya no es. Juzgo las antedichas metáforas odontológicas las más justas para sugerir al lector la topografía del desaparecido Castelletto.

Efectivamente, una ringla de montañas, encadenadas y en cordillera, son al modo de una quijada geológica, y sus cimas, terribles incisivos, caninos y molares, que hacen presa en las tiernas carnes de la atmósfera y la sujetan por que no se escape en el alocado rodar de la tierra.

A continuación de las tres Tofanas, que son dientes agudísimos y más que feroces, estaba el Castelletto, un diente más chico, pero, de todas suertes, todo un caballero diente, y, sobre todo, que, engastado en el pico del águila austriaca (porque los picos de este águila bicípite son dentados), hacía todavía más daño que sus voluminosos compañeros, las tres Tofanas.

Los italianos minaron el Castelletto, y luego lo volaron, como se describirá más adelante. Ya se supone que la masa de piedra no se gasificó, sino que, rota la tenacidad rocosa y deshecha en gran parte la estructura de la montaña, voló toda la cumbre en millones de añicos, y al caer, nuevamente acumulóse el material sobre el cuerpo inferior e intacto, en forma de topera, o embudo, o álveo. Como si dijéramos que cayó el diente, dejando un vacío, y quedó la encía con su álveo. Pero, como quiera que la encía está encima de la quijada y pertenece a la quijada, huelga añadir que eso que permanece está a una altura regular y el escalar las

ruinas del Castelletto hasta el tope supone no flojo riesgo.

¿Quién me iba a decir a mí, no ha mucho, cuando veía aquel osado alpino, humano arácnido, descolgarse sobre el abismo insondable, suspendido de una maroma que, por recia que sea, siempre resultará sutilísimo hilo o hebra para las afiladas tijeras de la Parca, quién me iba a decir a mí, repito, que yo había de verme muy pronto en tan arriscado empeño y postura tan airosa, pues más airosa que flotar en el aire ya no hay? Sí, Señor, y ello fué como sigue:

Llegamos al extremo límite en donde concluye la tercera Tofana. Aquí se hace un pequeño rellano. Como moluscos adheridos a la roca, destacan casuchas de madera, vivienda de soldados alpinos. Hemos descabalgado. Desde aquí hay, sobre poco más o menos, tanta distancia hasta la cima de la montaña como hasta la raíz. Estamos todavía en el torso de la cordillera, esto es, en la quijada. Para elevarnos al nivel de la encía nos falta un trecho, y un trecho mucho más largo, claro está, para encaramarnos en el corte de los dientes, empresa esta última que no entra en mis designios ni ambiciones. La base de lo que fué el Castelletto sigue la rasante de la encía, por decirlo así. Como a cosa de veinte metros sobre nosotros, apoyándose en la ladera de la Tofana, se inicia una montaña, que, apenas comienza a alzarse, se queda truncada. Esta es la base del Castelletto. Las tres Tofanas, aunque de pergenio irregular, arbitrario y como aleatorio, se advierte que se erigen en roca viva, compactas e íntegras, y que son así porque así las hizo Dios. Lo que ha quedado del Castelletto, poderoso hacinamiento de escombros y desmoronadas rocas, muestra bien a las claras el reciente cataclismo.

Desde el rellano parte una escala de madera, casi a plomo, la cual va a sumirse en un negro y temeroso boquete, abierto, a considerable altura, en el costado de la

montaña. Como mis guías comienzan a ascender por esta escala, dando por sentado que yo les he de seguir, allá voy yo. Si miro debajo de mí, mis ojos penetran en la profundidad sombría sin llegar cabalmente al fondo. Esquivo esta alucinante visión, dirigiendo mis ojos al cabo superior de la escala, tan diferente de la de Jacob, y veo el negro y temeroso boquete, cada vez más próximo, que amenaza tragarme. Me he dejado tragar. Ya estoy en el umbral del boquete. Unos soldados nos alumbran con lámparas de minero. Continuamos ascendiendo, en el seno de las tinieblas, por escalones labrados en la roca, mucilaginosos y resbaladizos. Agua filtrada corre en sutiles sábanas por las paredes de la galería, y al reflejarse en ella la luz de las lámparas pone cambiantes e irisaciones viscosos. Los acompañantes, con suasoria afabilidad, me aconsejan que no camine encorvado, por no descrismarme contra el techo. Les obedezco, y, si me descuido y olvido por un instante la advertencia, el mismo techo me la corrobora groseramente, dándome un golpe en el colodrillo, con que al punto agacho la cabeza. Así continuamos durante diez minutos, sube que te subirás, dentro de este feo y húmedo intestino de la roca, como el florentino y el mantuano en las galerías infernales. La galería termina en otro agujero, que sale a otro costado de la montaña, allí donde la tercera Tofana se suturaba con el Castelletto. La galería, antes de la explosión, continuaba en las entrañas del Castelletto, hasta el centro mismo, en donde fué cavada la cámara de la mina que debía estallar y volar la cúspide del monte. Después de la conflagración, al desgajarse en un gran trecho el Castelletto de la Tofana, quedó en esta última, al aire, el boquete de la galería.

Y ahora estoy en el boquete de salida de la galería, bebiendo la luz con los ojos. ¡Bendita luz, matriz de todas las cosas!

Como a tiro de piedra del boquete, se alzan los restos del Castelletto, y del uno al otro sirve de comunicación y acceso una especie de paredilla, extremadamente angosta, levantada, sobre algunos contrafuertes de los dos montes, con pedruscos y saquitos dę arena. Este paso está al descubierto y bajo el fuego de los austriacos. Vamos pasando uno a uno, con intervalos y corriendo. Me toca la vez y avanzo sobre la miserable paredilla, que tiembla bajo mis pies, como perlática; a un lado y otro el abismo. Y, al final, para montar sobre el lomo del desquiciado Castelletto, no hay otro sistema sino subir por la cuerda.

—Es muy sencillo—me dice el oficial.—Se avanza con las manos por la cuerda y se busca apoyo con los pies en las rendijas de la roca. Así.

Y comienza a subir, con gentil desparpajo. Cuando él está arriba, empuño la maroma y comienzo a ejecutar mis primeros ejercicios alpinos, con no mala fortuna, dicho sea sin falsa modestia. Y heme aquí ya en calidad de arácnido racional y esportivo. A media ascensión oigo que el oficial me hace un advertimiento:

— Lo esencial es no mirar hacia abajo.

— Por de contado — respondo yo —. Me son profundamente antipáticos los animales y las personas de vista baja. *¡Excelsior!* Siempre hacia arriba.

Y ya estoy en lo más alto. Me laten las sienes. El corazón brinca cohibido en el pecho. Siento un cúmulo de energía que exige ser empleada dignamente. Me entra la tentación de sentar plaza como soldado raso alpino.

El Castelletto está ahora convertido en un fortín italiano, con numerosos medios ofensivos. Antes fué un fortín austriaco, que se dijera inexpugnable. Su posición orográfica es del más alto valor estratégico, porque enfila en varias direcciones los valles, cortándolos

por la mitad e imposibilitando las comunicaciones y aprovisionamiento del adversario.

Los italianos habían intentado por cuatro veces tomar la posición del Castelletto, después de larga y concienzuda preparación de artillería. Sus esfuerzos fracasaron, dada la naturaleza del fuerte, invulnerable a la táctica acostumbrada. Llegó un punto en que el coronel al mando del grupo alpino, que debía asaltar el Castelletto, concibió la idea de minar la posición. Los tenientes Malvezzi y Tissi estudiaron y perfeccionaron el plan, y luego, el mismo Malvezzi con el teniente Cadorin, habiendo Tissi sido herido, dirigieron las obras de zapa. Estudio y trazado del plan, con los obligados trabajos topográficos de mesuración, cálculos trigonométricos, intersecciones sucesivas hasta obtener los puntos fijos de dirección, distancia y cota, y otras mil operaciones científicas y delicadas, con aparatos de precisión, difíciles de manejar; a todo esto hubieron de dar cabo Malvezzi y Tissi en condiciones portentosas, increíbles, descolgándose por la maroma sobre la posición austriaca, midiéndola y diseñándola en todas direcciones, en la vecindad inmediata del enemigo, entre balas que no llegaron, de milagro, a hacer blanco en ellos.

Los trabajos se desarrollaron en dos etapas.

Etapa preparatoria.—Comenzó el 3 de enero de 1916. Consistió en acomodar alojamiento para tropas y oficiales y un centro mecánico con que realizar la perforación de la mina. Para ello hubo necesidad de remover 660 metros cúbicos de roca. El resultado fué aquel rellano, poblado de barracas, ya descrito, en donde dejamos las cabalgaduras. Los austriacos se hallaban entre cincuenta y ciento cincuenta metros de distancia durante aquella etapa.

Etapa de perforación.—Comenzó el 2 de abril del mismo año, rompiendo la galería por aquel boquete por

donde yo penetré. Los trabajos consistieron en la perforación de un sistema de galerías, que iban desde un costado de la tercera Tofana, atravesándola, hasta el corazón del Castelletto; en total, 507 metros de longitud y tres grandes cámaras subterráneas. Se excavaron 2.200 metros cúbicos de roca en esta segunda etapa,

Para la explosión fué usada únicamente gelatina al 92 por 100 de nitroglicerina. La carga fué de 35 toneladas.

Los austriacos no ignoraban el plan italiano, si bien no es de presumir que abarcaran sus magnas proporciones. Con todo, aplicáronse a frustrarlo, contraminando, a fin de destruir la obra de los italianos. El trabajo de contrazapa no llegó con oportunidad.

El teniente Malvezzi describe, en un sucinto fascículo, la operación del Castelletto. Es una monografía técnica, sobria, expresiva y clara, en donde no hay un solo adjetivo sentimental ni un solo gesto vanidoso. El de esta guerra es un nuevo linaje de heroísmo. El fascículo termina con estas palabras: «La mina estalló el 11 de julio, a las 3,30. Respondió perfectamente, así respecto a los cálculos hechos de antemano, como a los efectos prácticos, en todo y por todo a lo que esperábamos.» No cabe más grande humildad ni más humilde grandeza.





OMENZARÉ ESTE capítulo recordándole al lector un chascarrillo baturro que probablemente conocerá.

Un baturro le dice a otro:

— Anoche estuve en el teatro.

— ¿Y qué función has visto?

— Pues te diré lo que pasaba. Primero levantaban una cortina roja, luego salían unas personas, hombres y mujeres, que decían cosas muy chistosas, vamos, que el público se reía mucho, pero yo no me enteraba. Por último, bajaban la cortina roja.

El segundo baturro, después de arrascarse la cabezota y pensarlo bien, dice:

— Subían una cortina roja... Salían hombres y mujeres... Y bajaban una cortina roja... ¡Tate! Pues es la misma función que yo vi.

Al espectador en la guerra le sucede lo propio que a los baturros. Yo no añadiré, como el clásico: «y el que dijere lo contrario, miente». No. El que dijere lo contrario tiene una imaginación muy plástica y fecunda.

Cada raza y cada religión han imaginado el paraíso y el infierno a su modo y manera. De la propia suerte, el espectador de la guerra, dejando acaso de lado lo que ve, por poco interesante, se imagina a su talante lo que no ve.

A mí, por el contrario, cuanto veo me parece interesante. Y en cuanto a lo que no veo, esto es, la guerra propiamente dicha, la batalla, la lucha, considero que a mí y a los demás espectadores nos sucede lo que a los baturros en el teatro.

Después de haber presenciado una batalla en el frente del Isonzo, me he hallado presente en otra batalla del frente de montañas, en la Carnia. El escenario ha cambiado; sin embargo, la función me parece la misma. Podría sintetizar lo acaecido, parafraseando al baturro: primero, hacían mucho ruido; luego, levantaban mucho humo, y, por último, hacían mucho ruido. En resolución, que no he conseguido ver nada.

A eso de las diez de la mañana, detiénese nuestro automóvil junto a un grupo de barracas.

Hemos llegado a un campamento de tropas de montaña, cerca de 3.000 metros sobre el nivel del mar. Nuestros pies hollan la cándida nieve. Nos recibe un oficial enfundado en opulenta pelliza blanca de piel de carnero. Hace un frío penetrante. Se oye un disparo de cañón. El aire apenas gravita sobre los pulmones, y es como si la vida anhelase escaparse en un hálito. Se necesita, ante todo, un corazón perfectamente sano para poder vivir en la sublime candidez de estos montes. El sol no calienta y, sin embargo, deslumbra. Se echa de menos el tercer párpado de las águilas con que poder mirarlo tan de cerca. Tal es la guerra alpina: lucha de águilas. Las clásicas águilas romanas contra las góticas águilas de rapiña. Pero, a la postre, el clasicismo siempre ha triunfado. Cambiados los primeros saludos y presentaciones, dijo el oficial de la opulenta pelliza:

— ¿No escuchan ustedes? En X... hay danza, y danza muy animada. Si ustedes quieren, podemos presenciar algo. Es cosa de andar unos veinte minutos, hasta un punto desde donde se domina el lugar de la acción.

— Pues andando — respondimos nosotros.

Y echamos a andar en hilera, por trochas montaraces y veredas de roca, zapateando recio para calentar los pies. Atravesamos espesuras, gargantas y escobios, y fuimos a desembocar en la ladera de un monte, tendida

en declive manso y salpicada de verdes manchones, a manera de pradezuelos. En uno de estos felpudos de hierba nos sentamos a mirar.

La ladera resbalaba hasta difuminarse en insondable cañada, en donde veíamos flotar pesadamente unos como posos cenicientos. La cañada retorcíase, buscando con sus brazos alcanzar otras cañadas, y éstas, a su vez, a otras, que se entreanudaban como red, y todas estaban arrebozadas en neblina. Flotaban sobre la neblina un alcor, un montículo, una colina, como islotes, cada vez más altos y poderosos, y ya, por último, alzábanse fronteras las eminentes montañas, que arriba cerraban en semicírculo el horizonte. El cielo se había anubarrado. Una montaña, de color negro cárdeno, escondía sus sienes entre nubes. En aquella montaña estaban los austriacos. A simple vista alcanzábamos a distinguir sus atrincheramientos y alambradas, sobre la arista de una de las estribaciones, y poco más abajo, cogiendo al sesgo la línea de trincheras austriacas y resguardándose en un repliegue oblicuo del monte, las alambradas y atrincheramientos italianos. Retumbaba continuamente el cañón. Hendía el aire el chasquido de la fusilería. De las trincheras austriacas surtían a cada paso subitáneas y enormes pelotas de humo níveo: era el bufido de las granadas italianas que allí iban a dar. Algunas se las veía caer en la misma línea de las trincheras, dejando una rotura después de disipado el humo.

— ¡Bravo! — exclamaba alguno de mis acompañantes.

¿Desde dónde tiraban los cañones? No sabré decirlo. Yo no veía cañón ninguno, como tampoco veía ningún soldado.

Pasó algún tiempo. Las granadas italianas alargaron su parábola e iban a caer a más distancia. Era indicio de que la infantería italiana avanzaba. Yo reconcentraba mi atención y mantenía fijos mis prismáticos en el

dramático paraje. ¿Qué veía? Escarpes agrios de piedra desnuda. ¿Cómo podían avanzar los soldados por aquellos vericuetos? No sabré decirlo.

La artillería austriaca, que hasta entonces había permanecido inactiva, rompió a hablar. Aunque nosotros no nos habíamos metido con ella, nos enviaron una granada, que vino a dar en abusiva e indecorosa propincuidad de donde estábamos.

El oficial de la pelliza abundosa, dijo:

— Nos quieren dar entender que ya hemos visto bastante. Conque en marcha, de vuelta.

Al día siguiente supe que había presenciado una acción importante, en que los italianos habían tomado posiciones, prisioneros y botín en proporción nada escasa.

En el recuerdo se me figura que mi ladera y la otra de los austriacos estaban tan próximas que arrojando una piedra se hubiera podido descalabrar a uno. Figuraciones.

Pues con ocasión de estas figuraciones, que no son mías solamente, sino de muchos otros que siguen, de lejos y a través de los periódicos, la guerra de Italia, quiero, porque lo considero de justicia, esclarecer y rectificar algunos juicios desfavorables sobre la lentitud en el avance de los ejércitos de Cadorna.

Algunos espíritus descontentadizos y otros ligeros, que toman como términos de comparación objetos heterogéneos, suponen que la campaña italiana no ha sido muy afortunada, porque el ejército no ha avanzado mucho. Este reparo carece de fundamento y es susceptible de muchas refutaciones. En primer lugar, el objetivo de una guerra, el *único,* es imponer la propia voluntad al adversario en el momento de la paz. Para esto no hay otro medio que llegar a ser evidentemente más fuerte que el adversario. Digo evidentemente, porque la superioridad ha de ser de tal índole, que el adversa-

rio la reconozca, mal que le pese. Todas las operaciones violentas de la guerra tienen un carácter circunstancial y episódico de finalidad militar, y además un carácter permanente de finalidad política. La finalidad militar consiste en ir disminuyendo, desorganizando, invalidando el ejército adversario; o lo que es lo mismo: ir privando al Estado enemigo de la fuerza necesaria con que sostener sus pretensiones y convertir en actos los designios de su voluntad. La finalidad política consiste en formular la paz a medida del deseo. Una guerra en que ambas finalidades no están reguladas en todo punto conforme a su natural jerarquía, o sea, supeditada la militar a la política, es una guerra ciega, y aun cuando parezca que hay vencedor, en puridad no lo hay, ya que la aparente victoria no rinde su adecuado provecho. Quizás el grave error de Alemania y sus aliadas ha sido entablar una guerra ciega, exclusivamente militar, sin objetivo político concreto, ya que el prurito de hegemonía y la comezón de dominar por entero el haz de la tierra es una finalidad por disforme demasiado vaga. Y así sucedió que los alemanes obtuvieron victorias que no eran tales victorias, puesto que de nada les aprovecharon, y se dió el caso peregrino de que a título de vencedor ofreciese Alemania la paz, sin osar proponer condiciones; pero el vencedor no ofrece la paz, sino que la impone, y el que la ofrece o la pide es el vencido, el que por carecer de poderío carece de voluntad activa.

La guerra italiana reventó y creció de continuo orientada en derechura hacia un evidente y resplandeciente objetivo político, como revienta el brote de la planta y crece buscando la luz del sol. A nadie se le oculta que la finalidad política de la guerra italiana es la reincorporación a la materna unidad patria de las regiones irredentas: Trentino e Istria. Mientras Italia se vaya acercando, mediante la guerra, a la consecución de este

ideal, la guerra es afortunada y las operaciones están bien regidas. Acaso, por un esfuerzo febril, desesperado y copioso en efusión de sangre, los ejércitos italianos hubieran podido llegar, en un postrero y débil aliento, a poner pie desde luego en Trento y Trieste. Pero si con esto, en lugar de corroer e invalidar el ejército austriaco, lo que habían hecho era consumir las fuerzas propias, la conquista hubiera sido precaria, y si se iniciasen las negociaciones de paz en Europa, siendo más poderosas las armas de Austria que las de Italia, indudablemente los soldados italianos se hubieran visto constreñidos a renunciar lo ganado, volviéndose a la metrópoli con la amargura de un triunfo desastroso dentro del corazón.

Lo que antecede es una hipótesis. La realidad, tal cual yo la interpreto, es que, si ahora mismo las naciones beligerantes acordasen suspender las hostilidades y parlamentar, Italia, dado el balance actual de las fuerzas que luchan, impondría fatalmente su voluntal política, porque en la balanza y cómputo de las armas su ejército gravita mucho más que el austriaco.

Volvamos al reparo de que los italianos han avanzado poco. Hasta ahora lo habíamos refutado relativamente, considerando los progresos militares como medio violento para llegar a un fin pacífico y político.

Ahora deseamos considerar el avance en sí mismo, en su carácter únicamente militar. Y decimos que el progreso de las armas italianas ha sido prodigioso y mucho más afortunado de lo que era de presumir, dadas las condiciones del terreno en donde combaten y la organización, número, preparación, posición y riqueza de material del enemigo.

Los que menosprecian el éxito de la campaña italiana, proceden de ligero, comparando entre sí lo heterogéneo. Por lo pronto, quienes han avanzado, a pesar de tener

todas las circunstancias en contra, son los italianos, y no los austriacos. Luego el éxito es de los italianos y no de los austriacos. A esto replican los descontentadizos: «Sí; pero compárese el mínimo avance italiano con las marchas triunfales de los germanos en Francia y Rusia.» Olvidan que una cosa es avanzar en llano, a favor de una superioridad imponente de la artillería, y otra avanzar en riscosas montañas, estando las dos artillerías equilibradas. Pero los descontentadizos añaden que también avanzaron los germanos a través de los montes de Transilvania. También, empleando formidable falange artillera contra un ejército inerme, como lo era el rumano a la sazón. Y el descontentadizo cierra la polémica diciendo: «No hay sino mirar al mapa.»

Pero el mapa señala la distancia lineal, que puede ser la verdadera en terreno raso. Y la distancia de un punto a otro en país de montañas, por ejemplo, en el frente cárnico, no es distancia en línea recta, sino distancia en profundidad.

Según el mapa, Suiza tiene de área 41.324 kilómetros cuadrados. Pero de superficie es probable que tenga dos o tres veces más. El área se obtiene por cálculo, multicando dos dimensiones: la longitud por la latitud. Este cálculo del área sería aplicable a la s u p e r f i c i e si la superficie estuviera estirada, si fuera un plano. Puede ocurrir en un país montuoso, como Suiza o como mi tierra, Asturias, que en el área de una zona de diez kilómetros cuadrados en el mapa, el registro de la propiedad territorial acuse la existencia de propiedades por quince o veinte kilómetros cuadrados de terreno.

Por si el lector no alcanza cabalmente lo que quiero dar a entender, lo esclareceré concretamente, volviendo sobre aquellas figuraciones de que he hablado más arriba. He referido que, después de haber presenciado la acción de guerra en las montañas, representándomela en

el recuerdo, se me figuraba que los austriacos estaban apartados de mí como a tiro de piedra. Pongamos tiro de fusil en lugar de tiro de piedra. Ello es que, desde la ladera en donde yo me hallaba hasta la posición frontera que ellos ocupaban, había aparentemente poca distancia lineal. Fijemos arbitrariamente esta distancia en un tiro de fusil: dos kilómetros. Pues bien: para salvar esta distancia lineal de dos kilómetros, los italianos, que antes habían estado en donde yo estaba, hubieron de recorrer una distancia superficial mucho mayor, a causa de la profundidad y repliegues del terreno. Hubieron de descender del monte a la profundidad de la cañada; escalar el primer alcor, y volver a descenderlo; luego ganar la colina y bajar por la vertiente opuesta, y luego una montañuela, y vuelta a descender, y, por último, arremeter cuesta arriba por la montaña formidable y escarpadísima, frontera de la primitiva posición. Añádase a esto las infinitas penalidades de avanzar peleando siempre en la peor y más desventajosa disposición, de abajo arriba, en que el valor intrínseco de la unidad hombre se reduce en nueve décimas partes, correlativamente al que pelea en lo alto; es decir, que un hombre arriba cuenta, por lo menos, como diez abajo.

Cuando se habla de distancias y avances en la guerra de montañas, téngase siempre en cuenta que una superficie estirada no es lo mismo que una superficie arrugada.

¿Sabéis la extensión superficial del cerebro y cerebelo humanos? Os vais a asustar los que antes de ahora no lo supierais. Por si mis palabras sonasen a descabellada hipérbole, traduciré el testimonio de un hombre de ciencia, especialista en la materia: «La superficie del forro del cerebro está calculada, en cifras redondas, en 2.000 centímetros cuadrados (20 metros cuadrados), y la del cerebelo en 800 centímetros

cuadrados (8 metros). Si alcanzan esta extensión dentro del espacio relativamente pequeño de la caja craneana, proviene de que la superficie del cerebro no es lisa, sino que forma rendijas y repliegues innumerables y a menudo muy profundos.» *(Psichologie*, von Hermann Ebbinghzas, profesor de la universidad de Halle.)

Lo propio diremos del frente italiano de montañas. Donde el mapa define un avance lineal de veinte kilómetros, ha habido acaso un avance efectivo de más de cien kilómetros.





ONTEMPLO UNO de los campos de batalla del Trentino, cuando aun conservan emoción directa y patética las huellas del estrago y la sangre de las víctimas se evapora densamente en un vaho acre, y el aire se estremece al recuerdo de los estampidos, los clamores y los lamentos. Como los mármoles conmemorativos señalan en los muros el máximo nivel que alcanzó la crecida de las aguas en alguna inundación calamitosa, o los desmenuzados restos del naufragio muestran con sus sinuosidades hasta dónde llegaron sobre la playa las olas de la tormenta, así en esta hondonada campal del valle está marcado el último límite, hasta donde se hinchó la marejada austriaca, con una línea divisoria que separa dos mundos distintos, el mundo de la paz, de la hermosura, de la dicha, y el mundo de la guerra, del horror y del dolor. Del lado de allá de la línea divisoria, hacia Austria; el suelo removido, la hierba arrasada, los árboles mutilados, cascos de granada, granadas sin estallar, fusiles rotos y fusiles incólumes, astillas, alambres, trozos de hierro, trozos de badana, trozos de paño, capacetes hendidos, y cadáveres, cadáveres sin fin de uno y otro bando. Del lado de acá; los prados verdes, lustrosos, la tierra pulcra e intacta, los árboles cubiertos de follaje y vacas que pacen mansamente de los prados. El cielo está entoldado, azulenco, cenizoso y carmíneo. Silba el aire entre los altos riscos. Algunos grajos vuelan graznando y se abaten gozosos sobre la heroica carroña.

¡Enorme ara funeraria, propiciatorio sacrificio, sacro osario, monumento de la itálica braveza! La muerte ha vuelto a dar vida a las antiguas glorias patrias, por fabulosas ya çasi olvidadas, y nuevamente el hombre siente que, al pronunciar el divino nombre de Italia, su boca es como un instrumento que suena transido por un soplo de inmortalidad.

La luz que envuelve la huesa de los héroes y todo el ámbito del valle en torno, es verdosa e intensa, como traslúcida esmeralda o bruñido laurel. Luz amarga y dulce al propio tiempo, de renunciamiento y de esperanza, de tumba y de corona triunfal.

Sentado en un calvo pedrusco, con el codo en la rodilla y la barba en la palma de la mano, sin apartar los ojos del fúnebre campo de batalla, creo ver ante mí la imagen del triste Leopardi, y oir su voz lamentosa:

O Patria mia, vedo la mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l' erme
Torri degli avi nostri,
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro il ferro ond' eran carchi
I nostri padri antichi.

Y la sombra del doliente vate trema a impulsos del entusiasmo, y sus entrañas se colman de secas lágrimas espirituales, lágrimas de orgullo y amor, contemplando la gloria presente, el lauro y el hierro bajo cuya pesadumbre han sucumbido los hijos y nietos de los ilustres padres y abuelos antiguos.

Vuelven a sonar en mi alma los versos del poeta afligido, lacerados trenos que reciben áspero lenitivo con el bálsamo amargo del laurel heroico, nacido en este campo de batalla y alimentado con sangre italiana copiosamente.

Formosissima donna!
Piange, che ben hai donde, Italia mia,
Le genti a vincer nata
E nella fausta sorte e nella ria.
. . . .
Chi di te parla o scrive,
Che, rimembrando il tuo passato vanto,
Non dica; già fu grande, or non è quella.
... Dov' è la forza antica,
Dove l' armi e il valore e la constanza?

¡Llora, Italia, llora el duelo de tus hijos sacrificados; llora también de gozo, porque tu gente sigue siendo la gente nacida para la victoria! ¡Quién de ti habla o escribe, dice, remembrando tu pasado: fué grande y es grande! ¡La fuerza, las armas, el valor y la constancia presentes son eco agigantado de la fuerza, las armas, la constancia y el valor antiguos!

Disipada la sombra poética de Leopardi, toman mis imaginaciones distinto rumbo.

Imagino el instante crítico de la batalla del Trentino de esta manera. Cadorna y Porro atraían al ejército austriaco hacia la llanura vicentina, en donde tenían apostado numeroso ejército de fresco que tomase por sorpresa a los austriacos. Los austriacos descendían insensiblemente por un paraje abierto a propósito, como cauce de torrente, ayudados del terreno y atraídos por la socaliña de la retirada del centro italiano. Las alas italianas se sustentaban rígidas, extendidas e inmóviles en su primera posición. Pero como en la campaña italiana han estado en toda ocasión perfectamente coordinadas la finalidad militar y la finalidad política, sucedió que llegó un punto en que Italia, el pueblo civil italiano, la colectividad política, no acertó a interpretar rectamente aquel constante retroceder del centro, y la

zozobra invadió el ánimo público. Oyeron Cardona y Porro palpitar azorado el corazón de Italia, y abdicando futuros planes promisores, dijeron en seco: «De aquí no pasan ya», y opusieron a la onda austriaca un muro de carne viva que es el muro que ahora veo, de carne muerta. Y no pasaron. Esto es simplemente una explicación que yo me forjo. La historia íntima de la guerra descubrirá lo que ahora permanece arcano.

Mi pensamiento se trasporta a otro orden de ideas.

«Nuestro — escribía Mazzini —, si hay tierra italiana que propiamente sea italiana, es el Trentino. Mas si vosotros, italinos, fueseis incapaces de sentir el vínculo nacional que os une con aquellas millas cuadradas de tierra que yacen allende los Alpes y con sus habitantes, de los cuales tantos han muerto por la causa de Italia, no olvidéis al menos que el Trentino es una de las puertas de Italia, no olvidéis que montes, ríos, valles de aquellos Prealpes, hasta el lago de Garda, forman un vasto campo atrincherado por la naturaleza y llave de la cuenca del Po, y que para estar seguros es menester tenerlo en nuestras manos. El Trentino es una cuña hundida entre la Lombardía y el Véneto, y no permite sino una zona restringida de comunicaciones entre aquellas dos alas del ejército nacional.» (Citado por Ferrero, *La Guerra Europea*. Este notable libro lo he estado leyendo en Vicenza.)

El Trentino es una de las puertas de Italia. Por esta puerta han penetrado buena parte de las invasiones bárbaras. La historia se repite, y algunas veces tan servilmente, que no parece sino que los sucesos de hogaño son réplica mecánica de los de antaño.

Voy a trasladar aquí algunas líneas de un historiador famoso, y dígaseme si lo que hacen los alemanes de ahora no es del mismo estilo de lo que hacían siglos ha, salvando la diferencia de lugar, que entonces fué en Lom

bardía y ahora es en Bélgica, Francia, Rusia, Servia y Rumania.

«Federico Barbarroja entró en Italia con un poderoso ejército alemán por el valle de Trento, en octubre de 1154.» Como ahora; por algo el Trentino es una puerta abierta sobre Italia. «Las ciudades feudatarias reconocían al paso del emperador que le debían en sus jornadas los pechos y subsidios designados con las palabras feudales *foderum, parata, mansionaticum* (forraje, bastimento y alojamiento); pero habiendo los alemanes, a causa de las lluvias y el mal tiempo, empleado dos días en jornadas que los milaneses calculaban como jornadas de un día, las provisiones de viaje no fueron suficientes. Los alemanes vengáronse en los infelices habitantes, saqueando y quemando aquellas poblaciones en donde no había apercibidos bastimentos suficientes. El ejército alemán perdía toda disciplina así que tocaba las riquezas del comercio y de las artes. Por dondequiera que pasaba el emperador dejaba tras de sí la desolación y el estrago. La línea de su avance era un trazo de fuego. Las villas de Rosata, Trecala y Galiata, y las ciudades de Chieri, Asti, Tortona y Espoleto, fueron pasto de las llamas. Con lo cual demostraba, tanto su barbarie, como su impotencia.» Esto sucedió en la primera invasión de Italia por Barbarroja. Perdió estérilmente el ejército en aquella primera expedición. En su segunda expedición, en que puso cerco a Cremona y Milán, condújose con crueldad más exacerbada aún. «El emperador quiso aterrar a los sitiados de Cremona con el espectáculo de atroces castigos. Ordenó que parte de los rehenes fuesen ahorcados delante de las murallas de la ciudad. Algunos de estos rehenes, que eran hijos de las familias más nobles, hizo que los atasen a una especie de torre o reparo móvil, el cual avanzaba por delante de la columna de ataque, de suerte que los sitiados no podían

defenderse sin herir o matar a sus propios hijos. Un grito de horror resonó sobre la muralla de Cremona. Los infortunados padres rogaban de sus conciudadanos que les diesen la muerte, por no presenciar la agonía de los suyos, y, al mismo tiempo, alentaban con gritos a sus hijos para que no temiesen dar la vida por la patria. Y la batalla no se interrumpió. La torre movible fué rechazada, no sin que nueve de los jóvenes rehenes que la cubrían con su cuerpo hubieran perdido la vida.» *(Historia de las Repúblicas italianas,* por Sismondi.) Basta con lo copiado. A pesar de todo, Federico Barbarroja fué un emperador muy decorativo, muy admirado, venerado hasta la idolatría por sus súbditos. De él escribe otro historiador: «Era notablemente instruído e inteligente. Su retentiva, notable. Hablaba con elocuencia la lengua maternal, pero medianamente el latín. Gustaba de las ciencias y de las artes y era aficionado a la lectura de cronicones. Sacrificaba sus preferencias personales al mayor realce de la dignidad imperial. Fué un gran político y ha quedado en la historia como el tipo de los emperadores alemanes de la Edad Media.»

Acaso por esto, el kaiser actual declaró en un discurso sonado, como todos los suyos, que Barbarroja era algo así como su Penate mayor, que deseaba imitarle en todo, y empuñando su espada (la de Barbarroja, que se conserva en no sé cuál de las catedrales germánicas), dijo que la hacía suya.

Y aquí, en el campo de batalla del Trentino, ante el hacinamiento de víctimas, siéntese que la espada de Barbarroja ha pasado brillando como un relámpago, y que Barbarroja se ha retirado como las otras veces, con el abatido orgullo arrastrando sobre charcos sangrientos.



A ESPECIAL POsición geográfica de Venecia, que a cambio de la ventaja de una hermosura sin par, incurre en el inconveniente de ser sobremanera vulnerable a los ataques aéreos; la importancia militar de la ciudad y la magnificencia de sus monumentos y caudal sinnúmero de sus tesoros artísticos, que los austriacos, después de haberlos perdido, miran con ojos codiciosos y rencorosos; todas estas circunstancias hicieron que en los primeros meses de la guerra acudieran allí incontables espías, buscando nidal disimulado y campo propicio de maniobras.

El gobierno los fué ahuyentando poco a poco. Venecia es ahora una ciudad casi inaccesible para el viajero. Hasta a los propios italianos de otras regiones se les concede difícilmente que penetren en Venecia. A los extranjeros es casi imposible que se les permita visitar la ciudad, como no sean militares de las naciones aliadas, en misión oficial.

Y yo deseaba ardientemente volver a Venecia, contrastar la Venecia luctuosa de tiempo de guerra, a lo que yo imaginaba, con la Venecia amorosa de tiempo de paz, que yo recordaba.

¡Venecia! ¡Venecia! El solo nombre enciende el alma y la hinche de un apetito vehemente por la cosa representada en la palabra. Venecia no es ya una faceta del alma italiana, ni es una ciudad únicamente; es más que eso: es un concepto, una emoción, una imagen universal. Así como cuando decimos «Rosa» se nos representa

en el espíritu el arquetipo por excelencia de las rosas más bellas que hemos visto, con una emoción compleja de color, forma y perfume, que viene a ser el alma de la rosa, así también al decir «Venecia» nos deslumbra una imagen interior y nos embarga una emoción dulce y triste, como si estuviéramos desterrados de ella. Porque ¿quién no ha visto muchas veces cuadros y panoramas de Venecia? ¿Quién no ha soñado alguna vez haber vivido en Venecia? La mayor parte de los nombres de ciudades en donde no hemos estado son o nombres muertos o nombres deficientes y truncados; o no nos dicen nada, o suscitan ora el concepto, ora la imagen aisladamente, pero no la trinidad consustanciada de concepto, imagen y emoción. Venecia es esencialmente emoción, y emoción universal; por eso encaja en todas las lenguas y en todas suena como con la prosodia nativa y no como un términó exótico o importado. Seguramente no hay Lírica en ningún pueblo del mundo en donde no aparezca con frecuencia la palabra Venecia. Lo cual no sucede con el nombre de Berlín, o el de Munich, o el de Burdeos, o el de Manchester, etc., etc.

Hace pocos días fuí invitado por el gobernador de uno de los departamentos de Italia a un banquete en el palacio de la Prefectura. Asistieron también oficiales de alta gradación y algunas damas distinguidas. El día anterior los aviones austriacos habían bombardeado Venecia, por dicha sin consecuencias graves. Naturalmente, durante la comida se tocó este tema de los ataques aéreos y la defensa eficaz de Venecia. Las damas se mostraban noblemente iracundas, como matronas antiguas. Una de ellas sostuvo que los austriacos no tenían derecho a bombardear Venecia, porque esta ciudad, más que tesoro italiano, es patrimonio de la humanidad entera, y concluyó: «Italia es la celadora de este patrimonio, que pertenece a las demás naciones tanto como

a Italia.» Todos asintieron. Alguien insinuó la posibilidad de que San Marcos fuera destruído. La gobernadora, que era muy letrada y majestuosa, compuso un gesto de horror trágico. La cosa no era para menos. Me acordé de San Marcos, de las horas que había pasado sentado en un poyo del atrio, leyendo a Ruskin, entre aleteo y arrullo de palomas, aquellas palomas de Venecia, aceradas y sutiles como venablos. Y mi corazón deseó llorar, como niño acongojado por un dolor que no alcanza a comprender del todo. ¿No volvería yo a ver San Marcos? Entonces fué cuando me atreví, a sabiendas de lo imposible de mi antojo, a confiarle a un oficial amigo mi voluntad de ir a Venecia. «Siquiera—dije entre mí—para ver San Marcos por última vez.» El oficial tomó por su cuenta el solicitar permiso en el Cuartel General, y el permiso me fué al punto concedido.

Ya voy en el tren, camino de Venecia. La ordenanza mantiene las cortinillas cerradas. En el interior apenas si hay luz; una ampollita morada se abre desde la techumbre de cuando en cuando, como el ojo vagamente fulgurante de esas alimañas medrosas que pueblan la noche. El tren está casi vacío. Me inclino en un ángulo del coche, entorno los ojos, ahondo con ardimiento en el rincón en donde se guardan las visiones dormidas del pasado y voy desarrollando los recuerdos de mi Venecia, como un tramoyista que levanta, uno tras otro, pintados telones desde el telar. La pintura está brillante y fresca todavía, y la ilusión es como de presente.

Veo mi llegada a Venecia, por primera vez. Era prima noche. Detúvose el tren en una estación, con un gran cobertizo de cristales, como todas las estaciones vulgares. Lo mismo podía ser estación de Venecia que de Chicago. Pero en el andén discurrían algunas muchachas, con mantón de crespón de seda negra, ceñido al cuerpo espigado y cimbreño. Tenían aire y traza de

menestralas madrileñas, aunque más aventajadas de estatura y de movimientos más posados. Las madrileñas taconean, las venecianas se deslizan. Las venecianas pudieran conducir en la cabeza un ánfora colmada, sin derramarse. A las madrileñas les conviene mejor el ágil tirso de las bacantes en la mano. Las muchachas venecianas, de oscuro atavío, rostro grave y movimientos serenos y majestuosos, predisponen el ánimo y le revelan las posibilidades dulciamargas de un amor voluptuoso, reconcentrado y melancólico: son liras de ébano.

Pero apenas se sale de la estación, ya se está en el país de lo maravilloso. Es el tránsito violento de la vida cotidiana al éxtasis. La salida de la estación cae sobre el gran canal.

El cielo era de un azul asiático, plano y bruñido como un vidrio. Posaban los grandes palacios marmóreos sobre la superficie de las aguas a la manera de grandes masas, ingrávidas e inmateriales, de sombra violeta y gris plateado, de cuyas entrañas florecían, como rosas amarillas y rojas, las ventanas iluminadas. El reflejo de las luces caía en el agua, tejiendo tembloroso tul de doradas líneas y fugitivas.

Luego las góndolas... Las góndolas no son cual uno se las imagina. Casi todos los que, no habiendo visto góndolas, escriben fantasías sobre Venecia, dicen «la góndola azul», o «la góndola carmesí»; en fin, góndolas de todos los colores. Pero las góndolas son invariablemente negras, un negro mate, de ataúd de pobre.

Al pie del muelle de la estación, estaban atracadas, en diversas hiladas, muchas góndolas. Sí, eso parecían, por el pergenio y el negror: ataúdes flotantes que chapoteaban y cabeceaban. Encaramados sobre ellas, los gondoleros lanzaban gritos guturales, como pajarracos funerarios, que de esta suerte ofrecen sus servicios al huésped que llega.

Contemplando con más atención las góndolas, las similitudes que evocan sufren algunas metamorfosis. La prora se eleva y prolonga, como las clásicas trirremes que aun vemos en las columnas rostrales, prolongación que semeja la manija de una vihuela o de un laúd, con sus clavijas. En conjunto, el perfil de la prora se parece también a un cisne negro. Pero si se abarca toda la masa de la góndola, sugiere en ocasiones la figura de un saurio antediluviano que va nadando, con el cuello y la cola, enjutos y largos, erguidos al aire.

Pero la correspondencia de la góndola con el ataúd, tácita o expresa, persevera en el alma. En esto estriba la sensibilidad romántica con que Venecia ha herido a todos los grandes artistas. La universalidad de la emoción de Venecia se debe al romanticismo.

En la interpretación municipal o urbana, una góndola no es sino un *fiacre*, un coche de punto. Pero espiritualmente es algo más que eso. De toda Europa, y aun de otros continentes, los recién casados, cuyos medios de fortuna lo consienten, van a Venecia a pasear en góndola su amor. Si la góndola no fuera sino un coche de punto, los enamorados pudientes no se molestarían en ir tan lejos, sobre todo dada la natural impaciente del amor novicio que está gustando sus primeros deleites. Coches de punto los hay hasta en las poblaciones de tercera. Y sin embargo, a los enamorados rurales o de poco dinero, que van a una población a pasar la luna de miel, no se les ocurre meterse en los coches de punto, aunque sería más propio que la góndola, por ser más reservado, ya que el cochero nada puede ver, en tanto el gondolero está en pie, como un vigía, detrás de los pasajeros. Las manos enlazadas, acaso algún beso, discretamente espaciado, por no encalabrinar ni irritar al gondolero; tales son todas las expansiones amorosas que la góndola admite. Pero es que en un

solo beso o en un discreto enlace de manos está todo el amor.

La góndola cumple esa misión espiritual; es un estuche del amor. Por otra parte, una góndola es trasunto de un ataúd, que a su vez es estuche de la muerte. Así, la góndola establece un consorcio entre el amor y la muerte. El amor es lo que se ve, lo que se siente, lo que pone en el alma embriaguez y olvido; pero la muerte, aunque silenciosa, está allí, con sus latentes insinuaciones, y sobre ella, sobre frágiles tablas de ataúd, se sustenta el amor.

Y ¿qué es el romanticismo, en lo sentimental, sino el consorcio del amor y la muerte? El amor romántico es doloroso. Es doloroso, por desaforado. Tiene dos polos. Traspasa todo límite de orden y equilibrio. Es pasión desordenada. Y la enormidad del amor romántico viene de que está fermentado con levadura de muerte. El otro polo es, cuando este desaforado amor se halla reconcentrado, recogido en sí mismo, como con un gran terror ante el misterio de la vida, que no es sino terror disimulado del misterio de la muerte, y entonces es el amor melancólico, el amor de la góndola y del claro de luna, el amor que ahoga y que hace suspirar.

La música romántica ha modulado su grito más angustioso en la ópera *Tristán e Isolda*, de Wagner. La música de esta ópera está embebida en el pesimismo filosófico-romántico de Shopenhauer, y su doctrina sobre el amor. Tristán e Isolda son impelidos por una necesidad imperiosa: la muerte por amor. En esta tragedia musical, el filtro del amor y el filtro de la muerte se mezclan en el mismo cáliz. De Tristán e Isolda, escribe Nietzsche: «Quieren, por medio de la muerte, libertarse de todo obstáculo y ficción. La imaginada vecindad de la muerte les sobrecoge el alma, conduciéndoles a una breve ebriedad llena de terror, como si verdaderamente se ha-

llasen ya más allá de la luz del día, del engaño y de la vida.»

Wagner compuso esta ópera estando en Venecia. Penetró el profundo sentido de su tragedia, según él mismo refiere, recodado en la ventana de un palacio veneciano, a la noche, dejando que el espíritu se le derritiese en las sombras del gran canal, y al retraerse a la conciencia fué como si en lugar de recuperar su propio espíritu se le hubiese infundido el alma recóndita de Venecia.





AMBIÉN VENECIA fué escenario y fué la góndola estuche del gran amor de mi vida. Era en circunstancias nada risueñas; en vísperas de una larga y cruel separación. A pesar de todo, ese dardo misterioso con que, según pasamos, nos va hiriendo el alma de las cosas, al salir disparado del alma de Venecia hasta mi alma, no me dejó la negra herida, sino la herida roja; no me inoculó el espíritu con el germen del pesimismo, sino que puso en él un signo doloroso de exaltación, a manera de estigma estimulante, optimista.

Dolorosa exaltación, virtud del mejor linaje, cuyo divino oficio y bien logrado beneficio es la transfiguración del tormento en gozo, y el tránsito de la agitación a la calma. No hay alegría ni hay sosiego de verdad sino aquellos que han nacido de la tristeza tormentosa, y en ella se apoyan, al modo como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas sombrías del revuelto caos, allá en la iniciación genesíaca.

Rehuir el pesimismo y el romanticismo, no, sino superarlos, manteniéndolos siempre en su función subordinada, profunda y escondida de cimientos en donde se asienta el jovial y clásico edificio del espíritu. No hay edificio que dure sin cimientos, y sin cimientos apenas se alza de la tierra. Cuanto más hondos los cimientos, más firme el edificio y más alto. Pero los cimientos han de permanecer hundidos en la ceguedad de la tierra. Si los cimientos salen al aire, el edificio se derrumba. Guardan los cimientos, como la parte elevada y descubierta

del edificio, sus cámaras, estancias y galerías: todas son moradas del alma. Pero las unas están bañadas en la luz del cielo, y en ellas se vive, en tanto las otras se hallan preñadas de tiniebla, y no se desciende allí sino de tarde en tarde, alumbrándose con un farolillo, que es como la voluntad alerta y despierta de la conciencia, y ¡ay! si por desventura el farolillo se apaga y el alma queda encerrada en sus celdas subterráneas. Bien están los cimientos y bodegas, pero como cimientos y bodegas. Guárdase el vino en las bodegas, y, dormido en la silenciosa quietud, el tiempo lo va haciendo generoso y confortativo. Pues así como el morador de la casa baja a la bodega a sacar el vino que luego se ha de beber en la mesa, con que se agasaja y festeja a los huéspedes, así también el alma saca de su pesimismo y romanticismo, que es la parte oscura y baja de su ser, el zumo alegre para los convites espirituales con que acoge a las otras almas y con ellas se comunica.

El optimismo descansa sobre el pesimismo, y de él se alimenta, como la flor del estiércol. El clasicismo se erige con los materiales del romanticismo, pulimentados y dispuestos en un equilibrio permanente. Pesimismo y romanticismo son ciegos, tristes y confusos. Optimismo y clasicismo son normas ordenadas y aquietantes. Que nuestro designio apunte al hito de lo clásico. Inquietemos a los demás, porque después se aquieten, que sin la inquietud primera no hay quietud que satisfaga ni persevere.

¿No fué esto Venecia para mí en mi primer viaje?

Venecia, ciudad inverosímil, ciudad en apariencia sin cimientos, sin lógica, sin raíces en la realidad de la tierra, como los sueños malsanos de la fantasía enfebrecida. Yace la ciudad sobre aguas estancadas, oleaginosas e iridescentes de laguna, a la manera de enorme loto

aurialbo, flor de los búdicos nirvanas. Ciudad en apariencia de sueño. Amor de ensueño, resbalando con la levidad de la góndola. Ciudad y amor que amenazan desleírse en el aire, como se derrite la voz del gondolero. Y luego, aquel maravilloso silencio de Venecia. ¡Claro; las calles son líquidas y los coches de punto no tienen ruedas...!

¿Dónde mayor serenidad que en Venecia? ¿Dónde mayor plenitud y goce más íntimo? El sueño no se disipa, sino que se impone más y más como realidad, se cristaliza, y lejos de ser la esencia de lo fugitivo, es la esencia de lo eterno, es un diamante incorruptible que se incorporará a nuestra alma y perdurará en el recuerdo tan lejos como vaya nuestra vida. Y es que el cimentar en el agua ha de ser mucho más penoso que cimentar en tierra firme. Venecia parece ciudad sin cimientos, pero es la ciudad con los cimientos más sólidos. Terrible es el pesimismo y desolador el romanticismo que se esconden en lo recóndito del alma veneciana. Pero pesimismo y romanticismo se hunden en el agua cenagosa. En el ápice del alma veneciana se abre la más pura emoción de serenidad, deleite y armonía.

Así es la Venecia anterior a la guerra, que llevo conmigo al volver a esta Venecia de ahora, bajo la guerra.

Como he dicho, llegué a Venecia por primera vez a prima noche, a la hora de la comida vespertina. Viajaba yo en la adorable compañía de algunas damas, una de ellas dilecta de mi corazón, y de otro amigo, hidalgo español, que actualmente está peleando como voluntario en el ejército francés, don Agustín Heredia, carísimo camarada, más bien hermano. Era en la primavera de 1912. Venecia celebraba la inauguración del nuevo *Campanile.* Embarcados en la góndola, avanzábamos suavemente, sobre las aguas perezosas y pasivas, que se abrían

con blandura para recibirnos. En todas las ciudades se penetra con choque, con estruendo, con violencia, con cierta rara desazón. Hay en ellas un fondo de hostilidad hacia el que llega, o, por lo menos, el recibimiento del viajero se verifica con rudeza, aunque sean ciudades voraces, de esas que se tragan a todo el mundo. Es la masticación que precede a la asimilación. En Venecia no se experimenta este choque previo y hostil en la traza de las mandíbulas de la ciudad. La ciudad abre sus brazos y desnuda su pecho para acogernos, como María en los cuadros de la Anunciación. A poco de abandonar el muelle de la estación, la góndola se desvió del gran canal, tomando el derrotero de canalillos de atajo. ¡Qué callado y místico recogimiento! Dijérase que sólo nosotros habitábamos en Venecia, que la ciudad era toda nuestra.

En las ciudades adonde va mucha gente en romería hay siempre cierto protocolo riguroso que obliga a asistir a unos parajes y espectáculos, antes que a ninguna otra parte. En Venecia era la «serenata» en el canal de San Marcos. Apenas comidos, con extremada diligencia embarcamos nuevamente en la góndola, desde el mismo hotel, que daba al gran Canal, y fuimos a ver en qué consistía aquella famosa serenata.

En el canal de San Marcos, frente a la plazoleta del Palacio de los Duques, bastante aguas adentro, estaban fondeados unos gabarrones, que hacían como de tablados flotantes, con paramentos de papel e iluminación de farolillos a la veneciana. En el tablado había músicos y cantantes, que ejecutaban canciones populares y trozos de óperas italianas. A entrambos lados de los gabarrones, atracaban alineadas las góndolas, tripuladas sobre todo por inglesas y norteamericanas melancólicas y por ingleses enjutos, de perfil aguileño y hermético, como benignas esfinges, recostados sobre los riñones,

casi en decúbito. Las góndolas chapoteaban y entrechocaban sordamente. No lejos se columbraba la plazoleta de San Marcos, iluminada, y la ebullición de la muchedumbre.

Todo era un poco artificioso, un poco teatral. Y, sin embargo, había en el fondo una vibración veraz, trascendente, que le poseía a uno con angustia deleitosa. Era la voz de un pueblo que extrae voluptuosidad de la melancolía y en ella se complace, disimulando la pena con semblante de divertimiento; era el espíritu del republicanismo antiguo, obligado a encubrirse so capa de frivolidad festiva, cuando la tiranía austriaca; era el sentimiento de donde salieron las mascaradas clásicas, era la serenidad sobreponiéndose al tormento, Goldoni y Silvio Pellico; era el optimismo embozando el pesimismo, el clasicismo irguiéndose sobre el romanticismo.

Tantas emociones de mi Venecia añeja se me agolpan ahora en el espíritu que sería vano intento expresarlas. Innumerables, todas diversas y todas cantan algo de común, como el coro del teatro griego; todas cantan un breve versículo: «serenidad, fortaleza, esperanza». ¿Por qué Venecia me adoctrinó en estos sentimientos, que no en otros? Acaso haya influído en ello mi particular estado de ánimo entonces, razones históricas, de mi privativa historia, que no es ocasión esta para declararlas.

Si recuerdo a Venecia nocturna, más todavía recuerdo a Venecia de día, el sol de Venecia, que se siente gravitar cariciosa y opulentamente sobre los hombros y las espaldas, como vestidura, al modo de las ducales capas de brocado, majestuosas. Venecia, a la luz del día, es toda oro, toda miel, junto al verde esmeraldino de las aguas. Es como un fruto henchido de dulce plenitud, entre umbrátil frescura de boscaje. Y

para mí fué fruto de sapiencia. Aun creo discernir en
mi paladar el regusto fragante de aquel fruto.
El tren penetra en la estación de Venecia.
Ahora es otoño. Entonces era pri-
mavera. Entonces había paz
y bullicio en Venecia.
Ahora hay guerra
y luto.





UN RESIDE EN MI lengua el sabor de fruto maduro, y en mis oídos el son de músicas de antaño, cuando echo pie en el andén de la estación. Las pocas luces que hay están enfundadas en cristal morado. Las figuras van y vienen, como sombras incorpóreas, en el fuliginoso recinto. Poco a poco, los ojos se avezan a la penumbra.

Del cuartel general han telegrafiado mi llegada. Un sargento me conduce a una oficina militar, en donde ultimamos rápidamente ciertos requerimientos, y me facilitan alguna información útil. Yo hubiera querido hospedarme en el mismo hotel de hace cuatro años; pero el hotel está cerrado al presente. Casi todos los hoteles están cerrados. Naturalmente. Los mismos empleados de la oficina militar me indican el Royal Danieli.

Acompañado del sargento y de un mozo de cuerda, *fachino*, que dicen los italianos, o *faquín*, como leemos en algunos autores españoles antiguos, me dirijo a la salida de la estación. ¡Cuánta mudanza!

Del lado de allá de la puerta no se ve sino cóncava y muerta tiniebla, en lugar de aquella visión luminosa y cristalina que se ofreció a mis ojos la primera vez que vine. Al poner el pie en el umbral, recio ramalazo de aire me azota, y un puñado de gotas de lluvia me cae en el rostro, con fuerza. La oscuridad es mate, densa; tan absoluta, que dos guías, conocedores del terreno y de la distancia, me toman cada uno de un lado, dictándome los pasos que he de dar. Yo voy como con los ojos cerrados.

— ¡Mis bártulos! — suspiro, temiendo que mi bagaje, en el cual hay algún botín y reliquias tomadas a los austriacos en el campo de batalla, se haya disuelto en el abismo de sombra.

— No hay cuidado — asegura la voz del fiel faquín, tan a mi zaga que, al hablar, me calienta la nuca su aliento.

Una menuda luz rojiza hace signo cabalísticos, como rubí cortando un vidrio opaço y negro. Yo no sé si está cerca o está lejos, porque, faltándome visibles objetos de relación, carezco de perspectiva, ni sé si es una canoa o un aeroplano, o un fuego fatuo o un ánima en pena. Hasta que la luz se aviva, despide un halo tenue, y en su vecindad se atisba una nariz, levemente perfilada, un mostacho y el chispear de unos ojos: era un cigarro que se está fumando alguien que anda a mi lado. De pronto me ponen en vilo; luego me depositan sobre un suelo deleznable, inseguro y movedizo. Me han metido en una góndola. Llueve, si Dios tiene agua. Sopla el viento, malhumorado, y gira y se rebulle con aletazos secos y nerviosos. Uno de los gondoleros me guarda al cobijo de una toldilla, y me cubre las piernas con una lona encerada. La góndola desatraca del muelle. Ya vamos navegando.

Las tirantes telas de la toldilla laten sonoramente al viento. De vez en vez se insufla una bocanada de aire o penetra furiosa una granizada de lluvia. Ya no el silencio maravilloso, el estupor hospitalario de las místicas anunciaciones, con que ha tiempo penetramos en Venecia. Ahora, una sinfonía bárbara que componen silbando culebreantes rachas. ¿Existe todavía Venecia? Dijérase que el huracán la ha barrido. Me asomo a mirar. Mis ojos se esfuerzan vanamente en descubrir formas, masas, perfiles, signos de vida. Una como desolación bíblica pesa sobre mi alma. Ante mis ojos se

extiende, en profundidades insondables, la tenebrosa nada, de un negro bituminoso, pregenesíaco. Acaso resbala un fugitivo cabrilleo fosforescente sobre la crasa epidermis de las aguas. Y vuelve el negror obtuso e implacable. ¿Dónde está la Venecia clásica, luminosa, musical y optimista? Nada se ve de ella; disipóse con el sol. Sólo queda el poso pesimista, el ciego romanticismo, la Venecia informe, atormentada sombra de amor, que Wagner adivinó levantándose como un aliento negro y envenenado desde las heces cenagosas de la laguna.

Se oye una trepidación jadeante y acuciada. Una canoa-automóvil cruza rasando con nuestra góndola. No nos ha pasado por ojo milagrosamente. Las aguas se revuelven como en una comezón creadora. La góndola permanece largo rato golpeteando las espesas ondas con su barriga chata; el vientre chato en las efigies de la muerte que nos han legado los artistas medioevales.

Los gondoleros entablan conversación conmigo. Me preguntan de dónde vengo. Al saber que acabo de estar en el frente de batalla, solicitan mi opinión sobre la guerra, pero sin mucho ardimiento. Por el estoicismo y por la áspera prosodia véneta, parecen hombres de Castilla.

— Aquí creemos que la guerra va para largo — dice uno de ellos.

— Sí; va para largo — corroboro yo, añadiendo, en la sinceridad de mi corazón: — pero está ganada.

— ¡Ah! Eso desde luego — afirman a un tiempo los dos gondoleros, dando una remada más enérgica y rotunda, hija sin duda del convencimiento.

Por mi parte, pido particularidades de la vida veneciana. Contestan que los austriacos vienen en aviones a bombardear la ciudad todas las noches nubladas. «Son muy corajudos esos austriacos», comenta uno irónica-

mente. Y el otro agrega: «Hoy es noche de austriacos.» Por fortuna no suelen atinar con el blanco. Han causado daños, si bien no muy importantes (1). En cuanto a las victimas de la población civil, no se sabe a punto fijo el número; pero es cierto que han matado alguna gente. Lo peor de todo es que ya no hay forasteros. Venecia se arruina. Hay miseria.

— Miseria relativa — aclara uno de los gondoleros—. No se gana dinero como antes, pero sobrellevamos las escaseces. Lo esencial es que ganaremos la guerra.

Llegamos al hotel. Está instalado en un antiguo palacio veneciano. Hay un gran *hall* central, semejante a los patios andaluces, que en puridad no son sino trasunto de las viviendas del Oriente, lo mismo que los *cortiles* venecianos. El menaje del hotel es lujoso y de buen gusto. Hay gran copia de objetos artísticos, cuadros, esculturas, porcelanas, muebles y tapices. La luz del *hall* es discreta. Dos ingleses y dos señoras juegan al *bridge*. Son las únicas personas que veo, aparte de la servidumbre.

A tiempo que hago mi refección, converso con el camarero. Me previene que, en caso de bombardeo, está todo dispuesto y en su punto para la seguridad de los huéspedes. Hay un vigilante nocturno permanente, que, a la primera señal de los vigías militares, despierta a los huéspedes, los cuales descienden a refugiarse en los sótanos. — Eso, si lo tienen a bien — aclara el camarero —; porque hay a quien le gusta salir a ver el bombardeo. Pocas veces han caído bombas en las casas; pero cuando caen, le advierto a usted que es casi una juerga. Todo el mundo se echa a la calle, y con la impaciencia

(1) Una de las obras de arte que han destruído es el techo de Tiépolo, en los Scalzi, que representaba a los ángeles transportando la casa de la Virgen desde Nazaret a Loreto.

y la prisa, muchas mujeres se presentan en camisón o poco menos. Personas muertas por las bombas ha habido algunas, muy pocas. Los más son ahogados, porque, como no se ve nada, se caen al agua, y no hay manera de socorrerlos. Si sale usted, tenga cuidado y cómprese una lamparita eléctrica, por ver dónde pisa.

¿Que si salgo? Ya lo creo. Apenas concluyo de comer.

El hotel está situado en la Rivera de los Eslavos. Contiguo al hotel hay un gran café-cinematógrafo. Llueve torrencialmente. La noche está tan oscura que es imposible distinguir la propia mano a un palmo de la propia nariz. Apenas avanzo un paso, tanteando en las losas del suelo con la contera de mi bastón, como un ciego, cuando doy contra una silla de hierro, que cae con estrépito. Otro paso, y esta vez un encontronazo con una persona. A cada nuevo avance, nuevo choque; ora con sillas de hierro, ora con personas. Escucho repulsas no muy corteses y *chistsss...* prolongados. Caminaba con todas mis potencias reconcentradas en lo más extremo de mi apéndice tentacular, o sea bastón; pero los choques, las repulsas y el *chist*, me han sacado de mí mismo. Hago un alto. Una onda de música ahogada, como a la sordina, me envuelve. Es un vals vienés, tan triste, tan triste en la noche... Al cabo doy en el quid de lo que sucede. En el café-cinematógrafo hay función. Bien por falta de recursos, bien por falta de sitio, hay un buen golpe de gente que escucha desde fuera la música, a pie firme, bajo la lluvia. ¿Cómo iban a vivir sin música los venecianos? Las sillas con que he tropezado pertenecen a la terraza del café.

Cautelosamente me desgloso del grupo y continúo andando hacia la plaza de San Marcos, que está a pocos metros. La plaza tiene porches a entrambas bandas, y hay en ellos varios cafés, y en los cerrados cafés, or-

questas. Dentro de los porches brillan tímidas luces violáceas, que consienten andar con mayor soltura. Voy derecho a un despacho de tabaco que de antiguo conozco, y allí merco una lamparilla eléctrica de bolsillo. Al salir, me detengo unos instantes a escuchar.

Todo el aire es una enorme vibración musical. Se adivinan las sólidas moles de los edificios, y dentro de ellas incontables orquestas que tocan, tocan, exasperadamente. La música agrieta los muros en donde la quieren apresar, se derrama en la noche, se amalgama con la sombra. Y la negra carne de esta noche infinita y de esta ciudad recóndita, lleva dentro de sí un corazón sonoro que suspira con arrebatado anhelo por ascender desde los profundos subterráneos del alma hasta las claras y aplacientes moradas. Y la emoción es tanta, que me ha provocado el llanto.

He permanecido dos días en Venecia. Al día siguiente de mi llegada, el cielo amaneció esmaltado y brillante, un cielo veneciano. He recorrido la ciudad. Durante el día, obsérvase la misma animación y descuidado bullicio que antes de la guerra. San Marcos, el Palacio de los Duques, y otros monumentos, han sido protegidos con ingeniosos artificios. Los cuadros, joyas y esculturas han sido puestos a buen recaudo. A pesar de todo, Venecia corre peligro. Dos días antes de mi llegada había caído una bomba a tres metros escasos de la portada de San Marcos. No era bomba explosiva, sino incendiaria. No hizo otro destrozo que un ligero desconchado en las losas de mármol del pavimento.

Al caer de la tarde he venido a sentarme, como en otros días, frente al canal de San Marcos. Los aviones italianos trazaban grandes órbitas en el cielo auriverdoso. Y era la misma Venecia de siempre, clásica y optimista, la Venecia de oro y miel, con plenitud de fruto, el mejor logrado en un ópimo otoño, toda serenidad y fortaleza.

Una de estas tardes, leía yo, en un periódico de Venecia, un artículo firmado por Carneluti. En él se comenta la zozobra congojosa que muestra Italia y el mundo entero ante la posible destrucción de las bellezas artísticas de Venecia, y el dolor y piedad con que la zozobra va aparejada. El articulista, asumiendo el pensamiento de todos los venecianos, rechaza esos sentimientos pusilánimes de piedad. Los venecianos no piden piedad de los demás italianos ni de los demás hombres, porque lejos de lamentar su destino celebran que la potencialidad militar enemiga se despilfarre en fines excéntricos a la guerra, los cuales no pueden conducir a la gran victoria. Y Carneluti pronuncia esta invectiva, dirigida a los austriacos: «¡Golpead, perros; golpead sobre la belleza inerme! Más vale que muera una doncella que no un soldado. Más vale que destruyáis una casa que no una trinchera. Más vale que acabéis con uno de nuestros monumentos que no con uno de nuestros cañones.» Palabras dignas de un héroe de Plutarco. Aun vive en la Italia de hoy la sublimidad antigua.





L MISMO DÍA DE mi llegada al Cuartel General, en mi primera excursión hacia la zona de guerra, recuerdo que nuestro automóvil y otro que en sentido contrario venía, cruzáronse sutiles, silbantes y acerados, como dos espadas en un simulacro. En el instante preciso de la conjunción, el comandante que nos acompañaba enderezó de súbito el tronco, llevóse la mano a la teresiana y exclamó, con fervor y acatamiento:

—¡Su Majestad!

Cuando volví el rostro, ya no alcancé a ver sino una cándida y polvorosa nube, que flotaba entre el cielo y la tierra.

Después, raro fué el día que no crucé con el automóvil de Su Majestad el rey de Italia. En ocasiones, más de una vez en la jornada. Y siempre como una nube o un ánima que busca el comercio de los hombres mortales. Cuando, en la epopeya homérica, los dioses descienden a mezclarse en las contiendas de los héroes, toman para sí apariencia de nube.

Diríase que el rey de Italia está en todas partes en donde sus hijos combaten, trabajan o piensan, omnipresente. Pero está como hombre, antes que como rey o gobernante. Jamás su mano se entrometió a pulsar, por vanidad ni por antojo, el gobernalle del Estado, o quiso saber a lo que sabe ser rey autócrata, afirmándose amo del pueblo. Es el primer ciudadano solamente, norma impecable del perfecto rey constitucional, esto es, de la ciudadanía.

En Aquileia, el eruditísimo Dom Constantino, según me brindaba con un cúmulo de sabias noticias, hacía de tiempo en tiempo una salvedad:

—El conocimiento de esta circunstancia, poco conocida, se lo debo a Su Majestad, cuya erudición arqueológica (o histórica, o artística) es en verdad pasmosa. Viene por aquí con frecuencia. Precisamente ayer estuvo.

El comandante de un destacamento de alpinos, me decía:

— Las observaciones más sagaces sobre la guerra de montañas las he leído en Mazzini o las he escuchado de labios de Su Majestad. Viene por aquí con frecuencia.

El médico mayor de un hospital me mostraba ciertos perfeccionamientos de la instalación, sobremanera ingeniosos y prácticos, sugeridos por el rey de Italia.

Por dondequiera se hace sentir su presencia, tácita y activa.

Recordáis cómo es Víctor Manuel. ¿Quién no lo ha visto alguna vez en efigies? Grave y cogitabundo de rostro, como quien lleva detrás de las cejas los cuidados y anhelos de un gran pueblo; como Catón, de ademanes muy parco y de indumento, nada ostentoso; de cuerpo y miembros extremadamente pequeños, como Octavio Augusto; tan pequeño que cabe dentro de un corazón. Y todos los italianos lo llevan dentro del corazón.

Víctor Manuel, así por su figura física como por su persona moral, intelectual y política, es un símbolo de la realeza moderna, de la realeza única y perdurable. Un símbolo, como todos los símbolos, sobrio en la forma sensible, y enorme en la significación.

Se llama Víctor y luego Manuel. Lleva un primer nombre romano, que es como un auspicio glorioso para su reinado, y un nombre hebreo, el nombre de los nombres, pues Manuel vale tanto como Jesús; uno y otro, los apelativos romano y cristiano por excelencia. De esta suer-

te en su persona se abrazan las dos grandes tradiciones itálicas, la de la Roma imperial y la de la Roma cristiana.

Luego, la reina de Italia se llama Elena, nombre dulce a la lengua y halagüeño a la imaginación. Viene la reina de tierras que fueron Grecia. Su nombre es griego. La reina de Italia es como una visión de gracia que surge al punto allí en donde hay un llanto o un quebranto; es la Caridad, que gracia, en latín, se corresponde con Caridad, en griego.

Y así, en la casa real italiana, se reúne todo lo que constituye la belleza y la grandeza de la vida, como inscripto en un triángulo mágico, cuyos vértices llevan sendas inscripciones: Grecia, Roma, Nazaret.



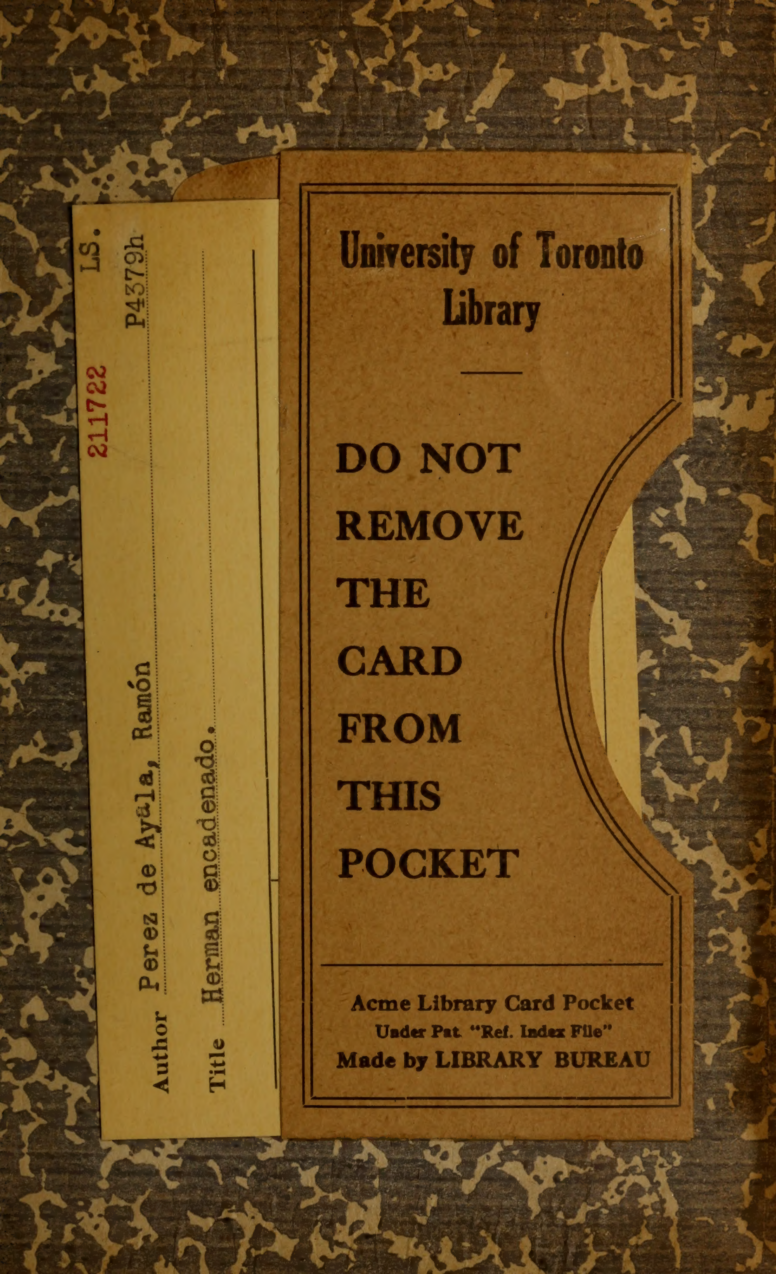
ADDENDA ET CORRIGENDA

En la impresión de este libro se han deslizado algunas erratas que no corregimos aquí confiando que el lector las subsanará fácilmente. También se han traspapelado dos cuartillas. Debían haber ido en la página 115, después de la línea 15 y antes de la 16, que comienza: «La guerra debe proponerse, etc., etc.» He aquí las dos cuartillas involuntariamente preteridas:

«Educados en las normas caballerescas de la lucha de hombre contra hombre, los capitanes italianos del Renacimiento vituperaron como horrible crimen contra la humanidad la introducción de las armas de fuego en la guerra. Pablo Vitalli hizo arrancar los ojos y cortar las manos a los primeros arcabuceros que tomó prisioneros, porque le parecía una cobardía matar a distancia, y acción villana que un caballero fuera herido o muerto a mansalva por un bajo y vulgar peón. (Citado por Burcknardt.)

»De esta misma opinión era Don Quijote, cuando exclamaba: «Estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos; porque, aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto en la tierra.»




211722
LS.
P4379h
Author Perez de Ayala, Ramón
Title Herman encadenado.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

